TAN RÁPIDO COMO QUIERAS

FLOR ZIMMERMAN



Montena

TAN RÁPIDO COMO QUIERAS

FLOR ZIMMERMAN

montena

A todos los que se la juegan para cumplir sus sueños, por imposibles que parezcan.
Si estás dudando, esta es la señal.

Esta es una obra de ficción.
Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Vuelta de formación

Jamás había estado tan entusiasmada por escribir sobre los trucos *antiage* de las celebridades de Hollywood como esa semana. Desde que la aerolínea AeroEuropa empezó a patrocinar el portal de noticias para el que trabajaba, se desató una guerra por los clics entre los redactores. Era un secreto a voces que, a los que generasen las notas más leídas, les darían pasajes para realizar coberturas internacionales.

En un principio, en *InfoAhora*, era colaboradora externa. Gracias a mi buen rendimiento, me habían dejado fija para escribir sobre Tendencias y *Lifestyle*. Mi motivación para soportarlo era la promesa de que, si hacía las cosas bien, me darían el pase a Turismo cuando se abriera una vacante.

La oportunidad de conocer Europa me llenaba de ilusión. Tenía que ganar ese pasaje. Había tantos festivales, exposiciones y conferencias interesantes para cubrir en el viejo continente que mi sumario imaginario ya pasaba las tres carillas.

—¿Quién está para hacerle una guardia a Pity? —preguntó Dolores, mi editora, cuando estábamos terminando la reunión de equipo—. Se rumorea que sale con su compañera de elenco y queremos la primicia.

—Yo la hago —me ofrecí.

—¿Estás segura? Mirá que no te podés mover de su casa hasta que no vengas con la foto.

—Contá con eso —le dije, lista para el desafío.

Pity era un exparticipante de un *reality show* devenido en pésimo actor. Pocas cosas me importaban menos que los chimentos, pero sabía que tenía muchas chances de hacer un contenido viral y anotarme algunos puntos.

Pasé tres largos días encerrada con Mike, el fotógrafo, en los cuatro metros cuadrados de su auto, comiendo comida chatarra. Sentí claustrofobia, frustración, vergüenza de mí misma y olores que no sabía que mi cuerpo era capaz de producir. Mi único consuelo era que Mike era la persona más divertida que conocía y me levantaba el ánimo cada vez que atinaba a dar la causa por perdida.

El esfuerzo valió la pena. Fuimos buscando cobre y nos encontramos con oro. Pity no estaba saliendo con una actriz, ¡sino con el director de la película!

—¡Lo sabía! —exclamó Mike cuando lo descubrimos—. Ojo de loca, no se equivoca.

La noticia fue una explosión, se volvió la más cliqueada del mes. Perdón, Pity. Y mil disculpas

a PityFans Oficial y Angelitas de Pity, por romperles el corazón. Ya lo dijo Maquiavelo: el fin justifica los medios.

—No puedo creer que le hayas arruinado la vida a ese pobre hombre —me reprochó Tomi, mi novio, cuando le conté mi hazaña *paparazzi*.

—Le hice un favor —me defendí mientras preparaba la cena—. Le di un montón de prensa. Se hizo famoso por estar dentro de una casa con cámaras filmando las 24 horas. No creo que le moleste mostrar con quién se acuesta.

—Ser famoso no te quita el derecho a tener una vida privada. Además, el director está casado y tiene dos hijos. Destruiste una familia —me dijo con tono solemne.

Lo miré con el ceño fruncido y me serví una copa de vino.

—Para vos es fácil hablar porque trabajás con tu papá. Las puertas se te abrieron solas, Tomi. Yo recién estoy arrancando.

—Yo jamás haría un pacto con el diablo. Tenés 25 años, ya sos una adulta responsable de sus acciones. ¿Realmente querés terminar encasillándote como una chimentera? El ambiente es chico. Te vas a quemar.

Tomé un trago y respiré hondo. Mi novio era cinco años más grande, por lo que contaba con mayor recorrido profesional, además de más apoyo. Era contador y trabajaba en la empresa de su padre. Sumado a eso, había forjado una carrera de periodista en una revista de Economía.

—Estoy haciendo lo mejor que puedo con las oportunidades que voy encontrando, Tomás.

Se acercó a mí, me miró fijo a los ojos y me pellizcó la nariz como si fuese un perrito.

—No te vendas por tan poco, mi amor. Confiá en tu talento. Cuando menos lo esperes, las cosas se te van a dar. Te lo prometo.

Sonreí con desgano y bajé la mirada. Quise cambiar de tema.

—Hablando de notas, leí tu columna de hoy. Excelente como siempre.

—Sí, me parece que quedó bien. Es difícil explicar la diferencia entre el bimonetarismo y la competencia de monedas para la gente común. Los economistas siempre estamos en un planeta aparte, ¿viste?

—Quedó clarísima. Tenés un don.

—No sé si tomarte de parámetro porque vos sos muy inteligente, pero gracias, hermosa.

En la grilla de salida

—¡Silencio, por favor! —gritó Dolores mientras prendían el proyector y empezaban a compartir números del último mes—. Quiero felicitar a todo el equipo porque, por tercer mes consecutivo, ¡somos el portal de noticias más visitado de toda la región! —La redacción estalló en aplausos—. Esto no habría sido posible sin el esfuerzo de cada uno de ustedes.

Miré a mis compañeros y sonreímos con orgullo, esperando que llegara el momento del *ranking* interno.

—Ahora quiero darles un especial reconocimiento a los redactores que más clics al enlace recibieron —continuó—. Como les prometimos, el que ocupe el primer lugar en el *ranking*, va a recibir un pasaje de AeroEuropa para realizar una cobertura internacional.

Los aplausos fueron mucho más contundentes esta vez, aunque enseguida las sonrisas empezaron a disolverse en una atmósfera de nervios y tensión. Que al portal le fuera bien era para celebrar, pero una cobertura internacional… era un salto profesional que todos estábamos deseando.

En el tercer puesto, figuraba Mariana Estévez. Aplausos para ella y un peluche del portal de regalo. Segundo puesto, Juan Figueroa. Si bien escribiendo era un desastre, tenía buen olfato para elegir títulos con gancho. Aplausos para él y un vaso térmico de regalo.

—Y ahora el primer lugar indiscutido: la nota más leída no solo en el mes, sino en lo que va del año.

El silencio fue rotundo. Empecé a sentir que mi estómago iba a salirse de lugar. Sabía que tenía chances, pero la nota de Martina Campolongo sobre el escándalo de los cachorritos de labrador había sido un furor durante una semana entera.

—Y la nota ganadora es… ¡¡“El inesperado amor de Pity”, por Victoria Hache!!

La redacción estalló en gritos y aplausos. Me quedé paralizada, no solo por haber ganado sino por la alegría de mis compañeros, sobre todo de Mike, que me ahogó en un abrazo y agitó al grupo para que empezaran a saltar a mi alrededor. Crucé una mirada incómoda con Martina Campolongo, que se acercó a saludarme con un gesto robótico y lleno de resentimiento.

—¡Felicidades, Vicky! —dijo Dolores, abriéndose paso entre los redactores—. ¡Te vas a París! Andá preparando el sumario con las notas que vas a hacer. —Me guiñó un ojo antes de abrazarme.

—Despreocupate, lo tengo listo en la cabeza —le dije al oído con una sonrisa que me hizo

doler las mejillas. Jamás había salido del país y hacerlo para escribir sobre viajes y eventos culturales ¡en París! era cumplir un sueño. Si sabía aprovechar la oportunidad, mi carrera podía cambiar para siempre.

—Y dado que esta nota no podría haber sido posible sin un fotógrafo a la altura… —Dolores mantuvo un poco el suspenso, ante la mirada ansiosa de todos—. Mike, ¡te vas a Venecia!

Un grito grupal colmó la sala y Mike quedó en el centro de un abrazo grupal. Nos agarramos de las manos y las levantamos como si fuéramos campeones olímpicos.

Camino a casa repasé las notas que iba a escribir durante esa semana en la ciudad del amor:

- Los secretos mejor guardados de Montmartre.
- Qué hacer una tarde en París.
- Callecitas parisinas para perderse.
- Los más votados del Primer festival de cortos vanguardistas de terror.
- Arte y aromas de Fragonard.
- Barrio Marais: cultura, historia y moda en el corazón de París.
- Los diez imperdibles del Louvre.

Armé la valija como suspendida en un sueño, sintiendo que nada de lo que llevara conmigo importaba en realidad. ¿Qué más daban cinco remeras manga corta o seis pares de medias si viajaba con tantos sueños a cuestas?

El día llegó más rápido de lo que imaginé. Me despedí de Tomi en su casa y pedí un taxi para ir al aeropuerto. Unos minutos después, la aplicación me avisó que Roberto, cuatro estrellas y media, patente terminada en 695, estaba afuera. Subí al vehículo y bajé la ventanilla para que el aire de mi barrio me diera unas caricias de despedida.

Yo:
Amigas, ¡ya estoy camino al aeropuerto!

Cande:
¡¡¡No puedo creer que te vas a París!!!

Pau:
¡¡¡Felicitaciones!!! ¡Pasala hermoso! Te lo merecés por todo el trabajo duro que estás haciendo.

Sol:
¡¡¡Buen viaje, Vicccccc!!! Te queremooooooos

Yo:
Gracias, las amo, les aviso al aterrizar. *Au revoir!*

Busqué mis auriculares y puse un disco de Édith Piaf. Me miré en el espejo retrovisor y me acomodé la boina roja que había elegido para estrenar esa noche. En doce horas estaría pisando la ciudad más romántica del mundo y me sentía lista. Me daba pena no poder compartir esa experiencia con Tomi. Era la luna de miel soñada. Además, él contaba con más experiencia que yo y me habría dado mucha seguridad que me acompañara. A la vez, algo en la situación de estar sola tan lejos de casa me llenaba de adrenalina.

Estaba soñando despierta cuando sentí que mi teléfono vibraba. Tenía cuatro llamadas perdidas de mi editora. La llamé.

—Vicky, hubo un cambio de planes.

—Dolo, ¿qué pasó? Estoy por llegar al aeropuerto, no me asustes.

—No te preocupes, son buenas noticias. Tu viaje sigue en pie pero cambió el destino. Vas a ir a Italia.

—¿Italia? ¿Y por qué el cambio? —pregunté tironeando de la boina hasta quitármela.

—¿Sabés algo de automovilismo?

Mi estómago se encogió.

—Nada —respondí fijando la mirada en el carril rápido de la autopista, mientras un cosquilleo subía por mi cuello hasta mi mandíbula.

—Bueno, un piloto de Fórmula 1, Mateo Smith, se lesionó la muñeca en un entrenamiento y decidieron que lo reemplace un piloto debutante, Guido Brunelli. La semana pasada corrió por primera vez en Países Bajos y fue sensacional. El mundo del automovilismo está revolucionado y el carisma de Brunelli traspasa las fronteras. Se va a convertir en una estrella mundial, está clarísimo.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso? —pregunté cada vez más tensa.

—Vas a ser nuestra corresponsal para cubrir las próximas carreras.

Una fuerte punzada me dolió en el pecho. Mi corazón se aceleró como un tambor. De pronto, sentí que me ahogaba. Bajé más la ventanilla y busqué el golpe del aire fresco pero era insuficiente. Se me nubló la vista mientras Dolores seguía explicando cosas incomprensibles.

—No, por favor… —alcancé a decir haciendo un esfuerzo sobrehumano para recuperar la voz.

—Dale, Vicky, no seas tan rígida. Te estoy dando la oportunidad de tu carrera. Confiamos muchísimo en vos. Un buen periodista puede escribir sobre cualquier cosa, y vos tenés muchísimo talento.

—Lo que sea menos eso —supliqué, conteniendo las lágrimas—. Pedime lo que quieras, excepto automovilismo. No sé nada sobre el tema, no me siento cómoda escribiendo sobre eso. No puedo.

—No hay nadie mejor que vos para este encargo. Es una decisión tomada. Fin de la conversación. Te mandé por *e-mail* el *ticket.* Ahora te tengo que dejar. Hablamos cuando aterrices. Buen viaje. ¡Lo vas a hacer perfecto!

Luces rojas encendidas

El vuelo se hizo interminable. Tuve náuseas durante horas, fue completamente imposible dormir, no podía parar de pensar en aquello en lo que durante tanto tiempo había intentado tapar. La tripulante de cabina se me acercó en varias oportunidades para preguntarme si estaba bien. Respondí que sí. ¿Qué iba a contestar? ¿Que no tenía ganas de ir a Italia? ¿Que mi jefa me había premiado con un viaje gratis y no soportaba la presión? ¿Que hay heridas que no cicatrizan nunca?

Al aterrizar, me encontré con un señor que sostenía un cartel con mi nombre.

—*Vittoria, sono Antonio, la persona incaricata di accompagnarti all'hotel dei giornalisti.*

Asentí y nos pusimos en marcha. El hotel de prensa estaba ubicado en Monza, al norte de Italia. La ciudad era encantadora. Un balance perfecto entre historia y modernidad. Daban ganas de recorrer cada una de sus calles empedradas y perderse por sus rincones. Era un lugar tan grande como acogedor.

Al llegar, dejé mis cosas en la habitación y bajé al *lobby* a tomar un café y comer algo. Tenía que ir paso a paso, quizás no fuese tan grave. La vida siempre se las ingenia para obligarnos a enfrentar nuestros demonios.

Mientras me acomodaba en una mesa junto al ventanal, vi un tumulto de gente que se desplazaba detrás de una melena de pelo ondulado color caramelo. Me incliné hacia la mujer de la mesa de al lado, que tipeaba a una velocidad extrema en su computadora.

—Buen día. ¿Hablás español? —la interrumpí.

—Claro, guapa. ¿En qué puedo ayudarte? —dijo.

—¿Quién es la persona que acaba de pasar y que está generando esa revolución?

Estiró el cuello y sonrió de costado.

—El mismísimo Guido Brunelli.

Volví a mirar hacia la multitud que se agolpaba cerca de los ascensores.

—¿Los pilotos se hospedan en este mismo hotel?

—No. Está de paso. Seguramente vino a liarse con alguien.

La miré un poco sorprendida.

—¿No se supone que los pilotos tienen que estar concentrados?

La mujer se echó a reír con una ternura maternal.

—¿Concentrados? Ese chaval es un donjuán. —Miró mi acreditación de prensa y agregó—: Y

ten cuidado porque las reporteras son su debilidad. De todos modos, ¿quién puede juzgarlo? Si yo fuera un soltero irresistible de 23 años, haría lo mismo. —Me tendió la mano—. Soy Ana, editora de *Motor en V*.

—Victoria, de *InfoAhora*. Escribo sobre Tendencias y *Lifestyle*. Es mi primera vez, no sé nada de automovilismo —dije suplicando ayuda.

—No te preocupes, aprenderás enseguida. Aquí tienes mi tarjeta, por cualquier cosa que necesites.

Terminando mi café, pensé que un chimento podría ser una buena forma de romper el hielo, así que me escabullí por los pasillos, intentando honrar el talento por el que había terminado en ese lugar. Ya lo había hecho con Pity, y después de todo había sido esa primicia la que me permitió ganar el pasaje a Italia. Le pregunté a una de las personas que lo había seguido hasta el ascensor en qué piso había bajado y hacia allí me dirigí. Al parecer el muchacho era rápido en la pista pero se tomaba su tiempo para otras cosas, porque estuve esperando en el pasillo un buen rato. Cuando al fin salió, pretendí cruzarlo por casualidad.

—Guido, qué sorpresa, mucho gusto. Soy periodista. ¿Podré coordinar una nota con vos para el jueves? —pregunté sin mirarlo mientras le tendía la mano en un gesto automático e intentaba leer disimuladamente el número de habitación de la que había salido—. Perdoname que me tome el atrevimiento de pedírtela a vos directamente, pero le escribí a tu mánager y no me responde.

—¿Cómo dijiste que es tu nombre? —me preguntó el piloto y por primera vez lo observé con atención. Su mirada me escrudiñaba con curiosidad y de pronto las palabras se enredaron en mi boca. Nuestras manos seguían unidas, sacudiéndose en el aire como dos hojas sueltas.

—Victoria Hache —dije y la electricidad que me transmitió su piel me hizo soltarlo de golpe y dar un paso atrás.

—¿Nos conocemos? —preguntó entrecerrando los ojos y analizando mis facciones—. Tu cara me resulta familiar.

—Nop —respondí mirando al piso, intentando disimular lo nerviosa que me había puesto su voz, era grave y aterciopelada, y transmitía una seguridad absoluta—. Primera vez que nos cruzamos.

—Victoria, lindo nombre, es un gran augurio para la carrera del domingo. —Lo miré y sonreí contra mi voluntad—. Hagamos un trato: te doy la entrevista el jueves con una condición. Si en el GP de Monza termino entre los primeros diez lugares, vamos a tomar algo para festejar.

Me tomó por sorpresa. Miré la pantalla de mi celular para hacerme la desinteresada y respondí con tono indiferente.

—Te agradezco la invitación, pero no permuto entrevistas por citas. ¿Tu representante sigue siendo Marianne? En todo caso combino con ella algún horario para el jueves.

Como un regalo del cielo, en ese momento sonó mi teléfono. Miré la pantalla para ver quién era: “Amorcito llamando”. Mi expresión hizo que Brunelli sonriera triunfal antes de darse media

vuelta e irse sin despedidas, caminando lento con las manos en los bolsillos, dejando una estela de su delicioso perfume flotando en el aire. Letal.

—Tomi —atendí mientras miraba al piloto alejarse.

—Vicky, menos mal que te escucho, me tenías preocupado.

—Tengo mala señal. Recién engancho el wifi del hotel.

—¿Viajaste bien?

—Bárbaro. Me mareé un poquito, pero nada del otro mundo.

—Me alegro. Te mandé para que veas cuando puedas los sillones que nos quiere regalar papá.

Revoleé los ojos.

—Ya nos compró el departamento. ¿Es necesario que lo amueble? Podemos ocuparnos nosotros.

—Está contento, es su manera de demostrarlo. Cuando tengas un rato lo mirás y me das tu opinión. Su favorito es el blanco.

—¿Y el tuyo?

—A mí me da igual. Decidan ustedes.

Largada

Llegó el jueves y con él mi primer *Media Day*, el día en el que los pilotos de las escuderías daban entrevistas y hacían relaciones públicas. Entonces pude dimensionar lo que pasaba con Guido Brunelli. Era una estrella, la novedad del campeonato. Capturaba todas las miradas. Su incorporación a la escudería Harris había tomado por sorpresa a la prensa especializada. Pero lo que más sorprendía era su encanto.

Brunelli tenía una cara pícara y seductora, enmarcada por su cabello dorado, que parecía azarosamente peinado por el viento. Su mirada era juguetona y muy segura. Observaba todo con mucha atención, como si quisiera comerse el mundo. Sus rasgos eran muy atractivos, sus cejas eran gruesas y tupidas, su nariz era respingada y sus labios, carnosos. Hablaba con mucha soltura y sonreía sin parar. De alguna manera, ese poder de seducción me sirvió para controlar los nervios que me producía estar finalmente ahí.

Durante la rueda de preguntas, se mostró simpático, humilde y transparente. Eso le aportó una atmósfera de frescura a un ambiente en el que los egos eran moneda corriente.

—*Are you nervous about your debut?* —indagó un corresponsal inglés.

—Claro que estoy nervioso. Como para no estarlo. Desde que me convocaron para participar de la Fórmula 1, siento que estoy en un sueño.

Tomando coraje de algún lugar misterioso, me anoté para hacer una pregunta. La había preparado el día anterior, estudiando en mi habitación. Cuando llegó mi turno, me puse visiblemente nerviosa.

—¿Tienen armado el plan de carrera o esperarán a la prueba de mañana? —pregunté con la voz trabada. Brunelli me miró y cuando sonrió supe que me había reconocido. Tomó aire para responder sin quitarme los ojos de encima, pero Joe Brown, su compañero de escudería, tomó el micrófono y se adelantó.

—No esperarás que devele nuestra estrategia delante de nuestros adversarios, ¿no? —Hubo algunas risas a mi alrededor y me puse roja como un tomate; Brunelli lo miró con una mueca de fastidio—. Lo que tenés que saber es que Guido tiene que tratar de no chocar el auto y yo, de sumar puntos. *Next question.*

¿Era un estúpido o yo acababa de preguntar una estupidez? En solo dos días, había pasado de ser la más cliqueada a una completa inútil. Mi teléfono vibró y vi que tenía un mensaje de Dolores. Al terminar la rueda de prensa, me fui a un costado a escuchar el audio.

—*Acabo de ver la transmisión de la rueda con periodistas. ¿Solo una declaración de Brown? A nadie le interesa lo que diga* —me reprochó—. *Necesitamos sí o sí una exclusiva con Brunelli.*

Me senté en un rincón para tratar de calmarme. Todavía tenía las mejillas calientes de bronca e incomodidad. Me distraje repasando la tabla que me había hecho con los nombres de las escuderías y los apellidos de los dos pilotos de cada una.

Black Blood	**Johnson / Moretti**
Elysium	**Nagourney / Leroy**
MacKenzie	**Müller / Klein**
Harris	**Brown / Brunelli**
Nova Spectrum	**Sánchez / Davis**
Stellar Racing	**Weinstein / Ivanov**
Astra	**Yoshida / Roberts**
Phoenix	**Lee / Anderson**
Alpha Dynamics	**Chaiwong / Silva**
Nebula Motorsports	**Cohen / Gruber**

—¿No hubo suerte con el *rookie*? —me preguntó una voz femenina. Subí la mirada y encontré a Ana, la periodista española del día anterior.

—Esto no es para mí —respondí sintiendo pena de mí misma—. Tengo demasiado que aprender y muy poco tiempo para hacerlo. ¿A vos cómo te fue hoy? ¿Conseguiste alguna exclusiva?

—Sí, aunque no es una nota precisamente. Mr. Liam me invitó a la fiesta exclusiva postcarrera que van a hacer el lunes. Es en un barco. —Levantó las cejas y sonrió como si estuviese planeando una travesura.

Me puse de pie y guardé mi cuaderno en la cartera.

—Suena divertido. ¿Y ese tal quién es? ¿Piloto? ¿Mecánico? ¿Prensa?

—Nadie lo sabe, aunque siempre tiene fotos con personajes influyentes. Ve pensando qué vas a ponerte.

—Ana, es muy considerado de tu parte, pero vine a trabajar —dije mientras sentía la vibración de los mensajes de Dolores que seguían llegando a mi teléfono—. Además yo soy muy tranquila, me gusta dormirme temprano, un aburrimiento total. Seguro encontrás a una compañera más divertida para ir con vos.

—No quiero escuchar tus excusas. Tienes cuatro días para conseguir un vestido bien guay.

Curva cerrada

Mike:
¡Vicky! Disculpá que no te pude contestar antes, justo estoy camino al aeropuerto.
¡Unos nervios!

Yo:
¿Nervios de viajar a Venecia? Estás loco. Mirame a mí.

Mike:
Vicky, vas a estar bien. ¡Estás en Italia! Sé que no es lo que tenías planeado… Pero viste cómo es este trabajo.

Yo:
Sí, ya sé, lo que pasa es que esto es demasiado, realmente no sé lo que estoy haciendo. Cuando piso el circuito se me revuelve todo.

Mike:
Me imagino. ¡Pero ya estás ahí, a ponerle el pecho a la situación, vos podés! Te tengo que dejar, te aviso cuando llegue. *Arrivederci!*

Pasé la noche en vela estudiando y pensando cómo darle a Dolores lo que me pedía y cómo no volver a hacer un papelón al día siguiente, cuando fueran las primeras prácticas. Los viernes, los pilotos tenían dos sesiones de entrenamiento de una hora cada una. Esto se hacía para que conocieran la pista, de cara a la clasificación del sábado. También los ingenieros hacían estudios y mediciones en las que evaluaban el rendimiento y realizaban los últimos ajustes para dejar el auto a punto.

Me había escrito un listado de preguntas que parecían inteligentes. Sin embargo, esa mañana, ni bien puse un pie en el *paddock*, comencé a sentirme mal. Al principio fue un cosquilleo en el estómago. Pero pronto ese cosquilleo fue subiendo y se convirtió en un zumbido entrecortado en mis oídos. No podía pensar con claridad, la mandíbula se me tensionó, me sentía ahogada. Nunca había imaginado que llegaría a estar en un lugar así. La presión de pronto era demasiada.

No tuve más opción que alejarme un poco. Caminé por fuera del circuito y me senté en un banco a la sombra para aclarar mi mente. Quizás esa era una prueba que tenía que superar. No podía vivir escapando de mis miedos. Habían confiado en mí para estar ahí, y yo sabía que podía hacerlo bien.

Saqué mi celular y le mandé un mensaje a la mánager de Brunelli. Después, llamé a Tomi. Necesitaba escuchar su voz.

—Hola, amor, ¿pasó algo? —atendió entre bostezos.

—Te desperté. Perdón. Todavía no me acostumbro a la diferencia horaria —dije mirando a lo lejos, hacia uno de los estacionamientos.

—No pasa nada, me tranquiliza escucharte, ayer casi ni hablamos. Te extraño. ¿Cómo te está yendo?

—Bien, pero estoy un poco nerviosa, son muchas cosas.

—Me imagino… ¿Cuándo volvés?

—En teoría en una semana. Depende de cómo vaya todo. Buenísima tu columna de ayer.

—¿La leíste? Me di cuenta de que repetí cuatro veces la palabra “preocupación”. Soy un tarado.

—Ni me había percatado. Me pareció muy interesante.

—¿Y dónde estás ahora?

—Estoy esperando que empiecen las prácticas. Falta un rato todavía.

—¿Por qué no aprovechás para recorrer un poco la ciudad?

Eso hice. Me despedí de Tomi y decidí dejarme llevar por la magia del lugar, en busca de un poco de claridad mental. Di algunas vueltas sin rumbo y terminé en la Catedral de Milán. Era imposible no rendirse ante su fachada gótica de mármol, que albergaba tantos secretos. Al pasar, escuché a una guía comentando que en una de las bóvedas estaba guardado uno de los clavos que se usaron para la crucifixión de Cristo. Seguí caminando y me maravillé con la *Legge nuova*, obra en la que, según dicen, se inspiraron para crear la *Estatua de la libertad*. Me animé a tomar apuntes de todo lo que veía para armar un artículo que nadie me había pedido. Me di cuenta de cuánto necesitaba un momento de conexión conmigo misma. Nada malo podía ocurrir en un lugar tan hermoso.

Pero enseguida recordé los mensajes de Dolores reclamándome una nota jugosa y volví a sentir esa ansiedad horrible. “Pensá, Victoria, pensá. ¿Qué podés extraer de tus contados encuentros con Brunelli? ¿Qué podrías decir que nadie más haya escrito aún?”. Averiguar con quién se había reunido en el hotel el día de mi llegada parecía demasiado complicado. Además Tomás tenía razón, no me convenía seguir alimentando la imagen de periodista de chimentos. En ese instante, un detalle se me vino a la mente o, más bien, a la nariz: su perfume. Era amaderado y con toques cítricos. Una mezcla de calidez y espíritu aventurero que solo podía pertenecer a una persona inquieta y apasionada.

Caminé hasta toparme con una perfumería. Le inventé a la vendedora una historia. Le dije que buscaba un aroma para mi novio y que había olido un perfume que me parecía ideal. Ella, muy servicial, me acercó algunas muestras. Probé tantas en tan poco tiempo que ya dudaba de mis propias percepciones.

—Creo que no es ninguno de estos, lo siento.

—Tal vez sea una fragancia personalizada. Acá es muy común entre la gente distinguida —sugirió la vendedora en un español esforzado.

—Interesante. ¿Y dónde podría encontrar a alguien que haga fragancias personalizadas?

—Aquí a dos cuadras atiende Alessio Ferraresi. Es uno de los más conocidos de la zona. Puedes ir a consultarle.

Sin dudarlo, me dirigí al local de Ferraresi. Tenía un par de horas para enviarle algo a Dolores o estaría en problemas. Me hice pasar por una celebridad internacional mientras deslizaba preguntas sobre su profesión. Una entrevista encubierta que me permitió conseguir toda la información que necesitaba, excepto el listado de sus clientes. Me dijo que no podía revelarlo por temas de confidencialidad. ¿Sería el autor del perfume de Brunelli? Elegí creer que sí.

Velocità, la fragancia que cautiva al mundo del motor

Por Victoria Hache, enviada especial en Monza

En el mundo de las carreras de Fórmula 1, se respira una combinación de combustibles, neumáticos quemados, aceite y transpiración. Sin embargo, hay un nuevo elemento que está cautivando a Monza: el perfume de Guido Brunelli.

La joven promesa de Harris no pasó desapercibida entre la platea femenina por su aroma tan característico. Un hombre tan especial necesita un perfume único. Por eso, Brunelli no dudó en consultar a un reconocido perfumista milanés, que prefirió reservar su identidad.

“Una consultoría conmigo consta de tres encuentros. En ellos, ahondo en los gustos de mis clientes y trato de capturar la esencia de su personalidad”, explicó A. F. “El costo de seis frascos exclusivos es de 6.000 euros. En caso de que desee que se guarde la fórmula, hay un extra de 250 euros”, agregó.

Guido Brunelli no solo ostenta un enorme talento al volante. También fue beneficiado con una belleza sin igual. En Velocità encontró el accesorio perfecto. La fragancia, combinación de maderas, refleja su masculinidad y fortaleza. Asimismo, los cítricos le aportan elegancia. “Lo terminé con una pizca de pimienta, porque es un conductor pícaro y arriesgado”, confesó el alquimista.

Apenas terminé de escribir el artículo, crucé los dedos y apreté enviar. Minutos después, tenía en mi casilla la respuesta de Dolores. Decía una sola palabra que bastaba para dejarme dormir tranquila: “Publicable”. Respiré aliviada. Sabía que con esa nota había ganado tiempo, pero no mucho. Tenía que conseguir la entrevista exclusiva con el *rookie* lo antes posible.

Bloqueo de neumáticos

Al día siguiente, le pedí a Ana que fuéramos juntas al autódromo a ver la clasificación. Al llegar a la sala de prensa, me encontré con algunos de los periodistas que se habían reído de mí en la rueda del jueves. Intenté pasar desapercibida mientras Ana saludaba a los más veteranos. Se notaba que era una periodista experimentada y me sentí protegida a su lado.

Antes de acomodarnos en los sillones frente al monitor, Ana se sirvió un café y yo aproveché para comer algo.

—*Es la segunda carrera de Guido Brunelli, el* rookie *de 23 años, piloto de reserva de Harris que llegó como reemplazo de Mateo Smith, que sufrió una fractura de muñeca hace dos semanas y estará ausente por el resto de la temporada. El debut de Brunelli en el circuito de Zandvoort fue muy sólido. Todos los ojos están puestos sobre él. ¿Soportará Brunelli la presión de las próximas carreras? Por lo pronto, tiene que ir a lo seguro: no chocar el auto. Si además logra quedar entre los primeros quince sería extraordinario* —se escuchó la voz del comentarista.

El aire se empezó a agitar con periodistas que iban y venían de un lugar a otro. Algunos mandaban mensajes, otros tomaban notas en sus computadoras o conversaban, listos para el comienzo de la clasificación. Dejé mi almuerzo a un costado y preparé mi cuaderno. Dolores me mandó un mensaje pero decidí no escucharlo por el momento.

Un tablero con los nombres de los pilotos se desplegó del lado izquierdo de la pantalla mientras la cámara aérea captaba el ingreso de los autos a la pista. El contador comenzó a correr: los pilotos tenían dieciocho minutos para mostrar su destreza y marcar sus mejores tiempos. Los peores cinco quedarían últimos en la grilla de partida del domingo.

—*La temperatura podría complicar los frenos* —intervino el comentarista—, *el frenado es clave. Si bien Monza no es el circuito más físico, la curva uno es la más violenta de todo el calendario. Allí reciben más de 5 g de fuerza en el cuello.*

No alcanzaba a dimensionar cuánto serían 5 g de fuerza, imaginaba que era mucho más de lo que cualquiera podría soportar. Involuntariamente, me llevé una mano al cuello, imaginando el tirón.

—*Elysium demostró que con la pista caliente puede funcionar. Black Blood está atrasado, MacKenzie está a la expectativa. Recordemos que Brunelli tuvo el noveno tiempo en la práctica libre de hoy a la mañana, inmediatamente después de su compañero Joe Brown, que es un hombre muy experimentado en la Fórmula 1.*

—Tiene que asegurarse un buen tiempo en el primer intento si quiere largar en una buena posición mañana —susurró Ana mientras los primeros números comenzaban a aparecer en la tabla.

—Alastair Johnson, actual campeón del mundo, ha empezado la vuelta.

Vi en la pantalla BRU y entendí que Guido iba octavo, pero todavía faltaban diez minutos y las posiciones aún no eran definitivas.

—El norteamericano Weinstein fue a boxes a cambiar los neumáticos. ¿Cuál será su estrategia? ¿Esperarán hasta el final para tener una pista en mejor estado como hicieron la clasificación pasada?

Los lugares en la tabla empezaron a moverse más rápido de lo que podía comprender. Vi que el nombre de Brunelli iba descendiendo hasta llegar al número 13.

—Está cerca de la zona de peligro. Si baja dos puestos más, su posición en la carrera va a ser pésima mañana —dijo Ana y tomó un trago de su café.

—El tráfico está complicando la curva tres. Quedan cuatro minutos y los pilotos quieren mostrar lo mejor que tienen. Como era de esperar, Johnson, Nagourney y Müller ocupan las primeras posiciones. El equipo Nova Spectrum está luchando después de los inconvenientes que tuvo durante las últimas dos carreras.

—¡Uhhh! —gritó un periodista desde el fondo del salón al ver que el auto de Brunelli derrapaba por la pista, levantando piedras y polvo a su paso.

—¿Esto lo puede perjudicar? —pregunté en voz alta, mientras mi celular no paraba de vibrar.

—Sí. Si te sales de la pista, pierdes la vuelta. Tendría que volver a intentarlo, pero ya no tiene suficiente potencia en el motor —explicó Ana.

—Al final este *rookie* no era para tanto —dijo alguien por lo bajo.

En un abrir y cerrar de ojos, el contador llegó a cero y vi que Guido quedaba en el puesto 17. Miré a Ana con nerviosismo.

—Quedar en el puesto 17 es muchísimo mejor que salir último… —me respondió palmeándome la rodilla y se levantó.

En eso, divisé a lo lejos a Marianne, la mánager de Guido, que no había respondido ninguno de mis mensajes. Me acerqué a ella enseguida. No podía perderme la chance de tenerla cara a cara. Mi teléfono volvió a sonar. Esta vez, eran llamados de Tomás. Los ignoré.

—Marianne, gusto en conocerte. Soy Victoria Hache, del portal de noticias *InfoAhora*. Te estuve escribiendo para concertar una entrevista con Brunelli. ¿Pudiste ver mis mensajes?

Me miró de arriba abajo.

—Mañana después de la carrera. Tienes tres minutos —dijo con sequedad y se alejó taconeando.

Revisé la pantalla de mi teléfono. Tenía quince mensajes escritos de Dolores y veinte de Tomás. Me había enviado un montón de fotos con cosas que había comprado para el

departamento. De repente, la presión volvió a nublar mi cabeza.

80 km/h

Gran performance de la joven promesa de Harris

Guido Brunelli quedó 11° en su segunda carrera en la Fórmula 1 en el Gran Premio de Italia

Por Victoria Hache, enviada especial en Monza

Luego de quedar ubicado en el puesto 17 de la parrilla de largada por su desempeño en la clasificación del sábado, Guido Brunelli hizo una carrera excepcional este domingo y terminó 11°. El piloto de apenas 23 años, fue elegido por la escudería Harris para finalizar el calendario luego de que Mateo Smith se fracturara la muñeca izquierda justo antes del Gran Premio de Países Bajos. Para su segunda carrera, se especulaba con los últimos puestos, dada la posición de largada, pero Brunelli sorprendió con sus sobrepasos en rectas y su buena gestión de neumáticos. El joven finalizó en la onceava posición, luego de avanzar seis lugares durante la carrera. Quedó inmediatamente después de su compañero de equipo Joe Brown, en el puesto 10.

El ganador del GP de Monza fue ni más ni menos que Black Blood de la mano del escocés Alastair Johnson. Nagourney y Müller completaron el podio. Tras el buen rendimiento en Países Bajos e Italia, Brunelli deberá afrontar los distintos retos que le presentarán las ocho carreras restantes de la Fórmula 1. La semana próxima, el circuito callejero de Bakú (Azerbaiyán) será el protagonista. La pista es conocida por ser extremadamente física y desafiante. De ahora en adelante, su desempeño será de suma importancia para ganar un asiento permanente de cara al futuro...

Empecé a escribir mi artículo apenas terminó la carrera del domingo, mientras en la pantalla de la sala de prensa se veía a Brunelli acercándose a la tribuna colmada que gritaba su nombre. ¡Guido! ¡Guido! ¡Guido! Los fanáticos se colgaban del alambrado para conseguir un autógrafo o una foto con él. La efervescencia era absoluta.

Sin embargo, lo que más me conmovió fue la alegría de su familia, que no paraba de llorar. Esas lágrimas debían ser el desahogo de sus dudas, tal vez incluso remordimientos, por haberle permitido desde tan pequeño coquetear todos los días con la muerte. Esa emoción reflejaba también felicidad y orgullo por el hombre en el que Guido se había convertido.

Me acerqué a Marianne, lista para aprovechar mis tres minutos con la estrella del momento. Me puso cuarta en la fila y empecé a repasar mis notas.

—Guido, ella es la señorita Hache, de *InfoAhora* —le dijo Marianne cuando llegó mi turno. Y, dirigiéndose a mí, agregó: —Sé breve.

—Felicitaciones por la carrera. Tengo una pregunta para hacerte —comencé.

—Note di colonia V, de Acqua di Parma —me interrumpió el *rookie*. Lo miré desorientada—. Es el nombre del perfume que estuve usando estos días. Lo compré de oferta en el *free shop* viniendo para acá. —Me puse violeta y una sonrisa de dientes perfectos iluminó su cara—. La verdad que sos muy divertida. No sé quién será ese tal A. F. pero me encantaría conocerlo. Si es que existe.

—¡Claro! —balbuceé mientras recuperaba la compostura—. Cuando quieras te lo presento. Se llama Alessio Ferraresi y es uno de los perfumistas más destacados de Italia. Él podría crear para vos la fragancia ganadora.

—No gané todavía —me dijo con los ojos fijos en los míos.

—Para mí ya ganaste —dije y me arrepentí al instante. ¿"Para mí ya ganaste"? ¿Por qué había dicho eso? Él levantó las cejas un poco sorprendido y me despedí como si fuera una colegiala en apuros. Caminé por el pasillo mortificada. ¿Qué había sido eso? Los nervios, la falta de experiencia, su voz, su mirada, el olor de su transpiración, que era aún más sexy que el de su perfume. Todo eso junto me había envuelto en una bruma de sensaciones muy peligrosas, sensaciones que ni siquiera podía poner en palabras para mí misma.

Vuelta rápida

El lunes era un día de descanso y pensé que podía ser una buena oportunidad para retomar mi paseo por la ciudad. Estaba en el *lobby* del hotel desayunando cuando Ana apareció y se sumó a mi mesa.

—¿Conseguiste vestido para hoy?

—¿Qué pasa hoy?

—Chica, ¿tantas invitaciones exclusivas recibes en tu día a día?

—Ah, la fiesta en el barco. ¿Te enojás si no voy?

—Joder, tía, que no puedes estar todo el día trabajando. En algún momento tienes que disfrutar. Además esto te puede servir para conseguir contactos.

Terminé mi taza de café y la miré con los ojos entrecerrados. No sé si fue la necesidad de liberar tensiones después de los días que había pasado, la seguridad que ella me transmitía o una intuición de que algo interesante podía ocurrir en esa fiesta, pero de pronto decidí aceptar.

—Bueno, vamos. ¿Por qué no? Lo único es que no tengo nada para ponerme. ¿Tendrás ropa para prestarme?

—Por supuesto, cariño.

El vestido de lentejuelas negras me pareció un exceso pero Ana insistió en que me quedaba bien. Ella optó por un vestido corto de seda blanca que dejaba ver sus piernas eternas, aún más acentuadas por los *stilettos* a tono.

—¿Le gustará a Mr. Liam este *look*? —me consultó—. ¿Qué opinas? Es un hombre muy refinado.

—Estás irresistible.

—Tú te ves monísima también. ¿Y te gusta algún piloto?

—Tengo novio. No estoy mirando eso. Solo voy para acompañarte.

—A mí también me esperan en España, pero con mi pareja acordamos que, a más de 400 kilómetros, no es infidelidad. Cariño, nuestro trabajo no es compatible con la monogamia. Vamos a divertirnos.

Arriba del yate vi un *glamour* que no creí que existiera más allá de las películas. Flotábamos sobre la opulencia. Los mozos lucían impolutos conjuntos satinados y guantes blancos. Ostras frescas, huevo relleno con caviar, *sushi* y terrina de *foie gras* de pato eran solo algunas de las opciones con las que desfilaban. El DJ llevaba un abrigo de piel a pesar del calor, y anteojos de

sol espejados, aunque era de noche.

Ana se detuvo a conversar con un grupo de periodistas y decidí circular. Noté sobre mí la mirada penetrante de un joven vestido de traje y zapatillas. Ostentaba gruesas cadenas de oro y un diminuto bigote y fumaba un habano. Me quedé observándolo un instante, preguntándome quién era y si nos conocíamos. Al cabo de un rato, se me acercó.

—No seas tímida —soltó—. Si quieres una foto conmigo no tienes más que pedírmela.

Para no herirlo, saqué mi teléfono y nos tomamos una selfi. Me palmeó la espalda.

—Ahí tienes, que la disfrutes.

Cuando me proponía llegar hasta la barra, me crucé con Máximo Magnífico, un empresario que tenía tantas causas penales como euros en su cuenta bancaria. No entendía cómo seguía en libertad. Al rato llegó la *influencer* Glitterati, acompañada por su estilista y su *filmmaker* personal. Era una de mis mayores referentes del mundo de la moda, no podía creerlo. En persona me pareció mucho más delgada que en redes. Cuando vi que, luego de filmarse probando la comida, la escupía, entendí el motivo.

Me vibró el teléfono. Un mensaje de audio de Tomás.

—*Amor, ¿no te gustó la columna sobre la inflación en los Estados Unidos? No me escribiste nada.*

Me metí en el baño para responder.

—Se me pasó leerla, Tomi, perdoname. Los días acá son una locura. No paro un minuto.

Su respuesta no tardó en llegar.

—*Uy, pobrecita. ¿Seguís escribiendo o ya estás acostada? Si tenés un rato te llamo y me contás.*

—Estoy terminando un artículo. Igual, en tres días estoy de vuelta. Ya falta poquito. No sabés lo que te extraño.

—*Yo más. Papá te manda saludos.*

Cerré la conversación con un *sticker* de ositos que lanzaban rayos de arcoíris por las patitas y volví a la fiesta. Me resultaba surrealista estar rodeada de tantas personalidades del mundo del espectáculo, la política y el deporte. Alcancé una copa de champagne de una de las bandejas justo cuando una máquina lanzapapeles hacía volar por los aires billetes de un dólar. Me esforcé por contener la tentación de tirarme al suelo a recoger el dinero. Los millonarios sí que eran raros.

Mientras empezaba a tocar la banda, descubrí a Brunelli saliendo de un camarote con una morocha enfundada en un vestido demasiado corto. En su lugar, entraron Ana y Mr. Liam, que reían a carcajadas. Terminé de un sorbo mi copa de champagne y tomé coraje. El destino me estaba dando una última oportunidad para entrevistar al *rookie* antes de volver a casa. No podía irme con las manos vacías. Supuse que debía estar relajado, tal vez hasta un poco ebrio (¿los pilotos podían beber en sus días libres?). Yo, por mi parte, me sentía bastante desinhibida.

—¡Guido! —lo intercepté entre la gente—. Por favor, necesito una declaración tuya antes de que te vayas de Italia. Si no, me voy a quedar sin trabajo. Si no lo hacés por mí, al menos hacelo por tus seguidores. La gente está como loca con vos.

Me miró un poco sorprendido al principio, pero de a poco su expresión se fue suavizando. Pensó unos segundos mordiéndose el labio.

—Te espero mañana a las 12 en mi hotel.

100 km/h

Me desperté varias veces durante el transcurso de la noche. La mayoría de ellas, por pesadillas en las que Marianne me suspendía la entrevista, Dolores me dejaba sin trabajo, y Tomás me mandaba fotos de sillones y juegos de vajilla. El champagne me había dado una ansiedad galopante. No solo me sentía presionada por la confianza que el portal estaba depositando en mí. Saber que al día siguiente me iba a encontrar con Brunelli me ponía nerviosa y no entendía por qué. Era dos años más grande que él. Era muy lindo, tenía que admitirlo, pero tampoco me iba a dejar avasallar por eso. Durante mis años de periodismo había entrevistado a personas mucho más intimidantes que él, no podía afectarme tanto.

Para nuestra cita, me vestí con lo más casual que encontré. Quería evitar que se sintiera (tan) especial. Me puse un *short* de *jean*, una blusa batista de mangas cortas y sandalias de cuero marrones. Agarré mi anotador, mi grabador y un brillito de labios y me puse en marcha.

Veinte minutos antes de lo pactado, ya estaba parada en la puerta de su hotel. Di un par de vueltas para hacer tiempo. Cuando se hizo la hora, entré al *lobby* y pregunté por él, pero me dijeron que había salido, así que me quedé afuera tomando aire para no impacientarme. Sabía que su agenda era un tetris, con los segundos contados, y esa misma noche volaría a Azerbaiyán para la carrera de Bakú.

Después de otros veinte largos minutos de espera, escuché sonar una bocina. Vi llegar un Lamborghini que se detuvo frente a mí. La ventanilla del acompañante bajó y encontré los ojos color miel de Brunelli, que con un movimiento me indicó que me acercara.

—¿Estacionás y bajás? —le pregunté.

—Conseguí mesa para comer en Osteria Francescana. Dale, subí.

—¿Qué? Teníamos una cita para hacer la entrevista en el hotel.

—¿Estás rechazando una invitación para almorzar en un restaurante con tres estrellas Michelin donde hay que reservar con seis meses de anticipación?

Me empezaron a transpirar las manos. Miré hacia los costados. No parecía apropiado. Yo solo quería hacer la maldita nota para *InfoAhora* y tener a mi jefa contenta.

—¿Y a qué hora vamos a volver?

Brunelli empezó a reírse y me di cuenta de lo absurda que era mi pregunta.

—¿Querés la entrevista o no?

Me irritaba que el niño mimado se saliera siempre con la suya, aunque la verdad es que tenía

bastante hambre. ¿Tres estrellas Michelin había dicho?

—Okey, vamos. ¿Me dejarán entrar así vestida?

—Olvidate, estás conmigo. Y estás hermosa.

Subí al auto y me ajusté el cinturón de seguridad. Me imaginé que Guido no iba a medirse con la velocidad, pero enseguida comencé a padecerlo. Subió a la autopista. 100 kilómetros por hora, 120, 140… Mis oídos se taparon y empecé a ver chispas ardiendo en mis retinas. El corazón se me salía del pecho y me faltaba el aire. Aguanté un kilómetro, dos, tres… y ya no pude soportarlo más.

—¡Frená! Te lo suplico, frená —imploré desabrochándome el cinturón, que me asfixiaba.

Guido arrimó el auto a la banquina y se detuvo.

—Tranquila, confiá en mí. —Me tomó de la mano. De vuelta, esa electricidad—. Soy un piloto profesional y vos la Victoria. ¿Qué puede fallar? —Su chiste malo me hizo reír y el pecho se me abrió. Al ver que sus palabras ayudaban, continuó—: Si no dejaste que el miedo te paralizara cuando te invitaron a cubrir un deporte del que no sabías nada, ¿por qué vas a hacerlo ahora?

—¿Cómo que no sé nada?

Me miró con una ceja arqueada. Inhalé profundo y dejé escapar el aire en un suspiro.

—Tenés razón —respondí con una sonrisa tensa y me puse de nuevo el cinturón—. Gracias. Sigamos.

Miró al frente y retomó el viaje a menor velocidad. Cada tanto me preguntaba si estaba bien y yo asentía. Si bien el rugido del motor me inquietaba un poco todavía, el roce del viento me mantenía enfocada e impedía que los recuerdos y los pensamientos negativos se llevaran lo mejor de mí. Pensé en sacar temas de conversación para llenar ese espacio vacío. Pero supe que él no lo necesitaba y yo tampoco. Era mucho más lindo compartir un silencio.

Llegamos a la hora de nuestra reserva y Guido le entregó las llaves del auto al *valet parking* de Osteria Francescana. El lugar era pequeño y sofisticado, un poco alejado de la ciudad. Una casona antigua con paredes adornadas con obras de arte de primer nivel. Tenía pocas mesas muy bien custodiadas por los camareros que preguntaban a intervalos regulares si todo iba bien.

Pedimos el menú *degustazione*. No pude memorizar los nombres ni los ingredientes de lo que comimos, pero cada plato era una sinfonía de sabores muy bien orquestados. Éramos los únicos que, en lugar de beber vino, teníamos sobre la mesa dos aguas con limón. Encendí mi grabador.

—¿Cuándo supiste que querías dedicarte al automovilismo? —indagué mientras me llevaba un parmesano en cinco temperaturas y texturas a la boca.

—Desde que tengo uso de razón. El automovilismo no es algo que uno elige, más bien él te elige a vos. Se lleva en la sangre.

—¿Cuándo fue la primera vez que manejaste?

—A los cuatro años me subí a un *karting* por primera vez y no me quise bajar más.

—¿Y cuál fue el punto bisagra de tu carrera?

Respiró profundo y miró hacia el ventanal del fondo.

—Sin dudas, cuando me vine a vivir a Europa. Era muy chico, no hablaba el idioma, no sabía cocinar ni un huevo frito —me miró un poco avergonzado y noté las pequeñas pecas que salpicaban su nariz—. Además cargaba con la presión del esfuerzo que estaba haciendo mi familia para apoyarme.

—Pensé que todos los pilotos eran de familias acomodadas.

—La mayoría sí, pero no todos. ¿Vos a qué edad te fuiste de tu casa?

Me tiré hacia atrás en el respaldo de la silla.

—No estamos hablando de mí —dije con una sonrisa orgullosa.

—Te estoy preguntando una cosa muy simple, no te estoy pidiendo que me cuentes tus dolores más profundos.

Tragué con dificultad.

—Todavía vivo con mi mamá, pero nos estamos por ir a vivir juntos con mi novio. Y tengo 25 años.

Tomé un sorbo de mi agua y seguimos con la entrevista. Guido me contó de su infancia tan atípica y de los sacrificios que había hecho para llegar hasta donde estaba. Habló de cómo la sociedad había juzgado a sus padres por haberlo criado con tantas libertades y recordó lo solitarios que habían sido sus comienzos y cómo había aprendido a hacerse amigo de todo el mundo, como una forma de sobrevivir.

—¿Y qué sentís cuando estás corriendo?

Su mirada deambuló por el salón, mientras con las manos jugaba con el borde de la servilleta. Me di cuenta de que estaba intentando poner en palabras una sensación muy profunda.

—Cuando se larga la carrera, siento que entro en otra dimensión. No puedo pensar en nada que haya ocurrido antes, solo puedo manejar.

—Debe ser lindo eso.

—¿Qué cosa?

—Vivir en el presente.

La intensidad de su mirada era demasiado fuerte. Parecía que me devoraba con los ojos. Mi mente se puso en blanco y me olvidé de la siguiente pregunta.

—Ehm… ¿Qué otra cosa te gusta hacer, además de esto?

—Leer. Me hace bien para desconectar. Me gustan las novelas de aventuras. Mi libro favorito es *Moby Dick*, no sé si lo leíste.

Apoyó los codos en la mesa y me miró como si me estudiara.

—No, no lo leí —respondí y revisé la hora en mi celular.

—Hay algo en tu cara que me resulta muy familiar. ¿Cómo es tu apellido? ¿Por qué usás una inicial?

Hice una mueca. Por un momento, pensé que podía animarme a responder pero enseguida elegí mi atajo habitual, escapar.

—Creo que ya tengo lo que necesito. —Y apagué el grabador.

Al llegar a mi hotel, frenó el auto y le agradecí por la comida y por la entrevista.

Él se inclinó un poco hacia el asiento del copiloto para saludarme, quise darle un beso en la mejilla y quedé enredada en el cinturón de seguridad. Él se estiró más hacia mí al mismo tiempo que yo me sacudía para liberarme y en ese movimiento nuestras bocas se tocaron. Como si una fuerza me empujara hacia él, mantuve el contacto. Empezó a besarme despacio. Sus labios eran suaves y un poco tímidos al principio, pero de a poco se animó a avanzar más y el mundo a mi alrededor desapareció. Bordeó mi mandíbula con la yema de los dedos y acarició mi pelo, mientras su lengua se encontraba con la mía. Su perfume me envolvió otra vez y me dejé llevar. Hasta que reaccioné de golpe. Tomé distancia, lo miré a los ojos como si recién despertara de un sueño. Él me miraba la boca con una sonrisa encantadora. Mi mente me ordenó que saliera del auto, pero mi cuerpo no obedecía. Había algo magnético entre nosotros.

—Eso no estuvo bien —dije.

—Yo sé que vos y yo nos conocemos —me dijo con esa voz irresistible. Su mano rozó mi rodilla.

—Habrá sido en otra vida. Éxitos en Bakú.

Y bajé del auto.

Peligro de choque

Guido:
Me reporto sano y salvo desde Bakú.
Gracias por el almuerzo de ayer.
Ojalá se repita.

Nunca en tres años había engañado a Tomás. Nos llevábamos excelente, compartíamos nuestra pasión por el periodismo y era una gran persona. Me sentía culpable y una completa idiota. ¿Cómo había podido cometer un error así? Me consolé pensando que, después de todo, no había sido más que un beso de despedida de alguien a quien no volvería a ver. Y había sido adentro del auto, donde nadie podía habernos visto. Ahora él estaba a cinco horas de avión y yo, a punto de regresar a casa. Pronto pasaría a ser solamente una anécdota, aunque una anécdota inconfesable, que nunca podría compartir con nadie. Decidí no responder su mensaje.

Esa tarde, mientras esperaba el taxi que me llevaría al aeropuerto, hice una videollamada con Dolores.

—Vicky, hablé con el director del portal. La fiebre por Brunelli no para de crecer, ¿viste lo que es? Tus notas están performando con cifras récord —me dijo sonriente.

—Me alegra un montón. ¿Creés que eso acelerará mi pase a Turismo? Vengo juntando material.

Hizo un silencio y se puso seria.

—No es momento de pensar en eso. Me aprobaron el presupuesto para que vayas a cubrir Bakú, el Gran Premio de Azerbaiyán.

Exhalé de golpe.

—Dolores, no me hagas esto. Vine porque me lo pediste vos, pero sabés que me cuesta un montón.

—Ya están los pasajes sacados y las acreditaciones en trámite. Necesito que tomes este desafío, es una oportunidad única para vos. Te mandé todo por *mail*. También te aumentamos el monto de viáticos para que puedas comprarte ropa para estos días. Viajás esta misma noche. Ma--- rap--- to---

—No se entiende, te estoy perdiendo…

—A--- pic--- co---

La imagen de Dolores se congeló en la pantalla y perdí la comunicación. Un minuto más tarde,

me llegó un mensaje escrito a mi celular: “Va a estar todo bien, confiamos en vos. ¡Buen viaje!”.

Me debatí qué debía hacer. ¿Aunque acaso tenía opción? Extrañaba a Tomás, pero no podía decirle que no a mi jefa en una situación así. Quizás tenía razón y esa era realmente una oportunidad que podía aprovechar. Era uno de los eventos deportivos más relevantes del mundo. Cualquier periodista mataría por cubrirlo.

Le escribí a mi madre para pedirle que embalara mis cosas y las pusiera en cajas. Pau y Sol se ofrecieron a ayudarla. Luego llamé a mi novio para ponerlo al tanto de las novedades y disculparme por dejarlo solo en plena mudanza. Las aceptó a regañadientes. Decidí no discutir, problema para la Victoria del futuro.

Revisé el *boarding pass* que Dolores me había enviado por *mail*. Todavía faltaban tres horas para tener que dejar el hotel hacia el aeropuerto. Salí a dar una vuelta. Sin darme cuenta, mis pasos me llevaron a la perfumería de Alessio Ferraresi.

—*¡Ragazza!* —me saludó con un abrazo efusivo—. ¿Qué la trae por aquí? —preguntó con acento italiano.

—Vine a despedirme. Y a hacerle una última pregunta —le dije al perfumista—. Usted tiene un sexto sentido para capturar la esencia de las personas. ¿Cuál sería la mía, si fuese una fragancia?

Pensó un momento. Cerró los ojos, como si intentara capturar un aroma remoto.

—*Innamorata* —dijo de pronto—. Colocaría rosas rojas, que simbolizan el amor; pimienta rosa, para el toque de pasión, y un poco de ylang-ylang, amuleto de la buena suerte, para disipar los miedos. ¿Quién es el afortunado?

—Tomás. Estamos juntos hace tres años.

Frunció el ceño.

—¿Está segura de que es él?

Lo miré un poco extrañada por su pregunta indiscreta.

—Por supuesto. Nos estamos mudando para vivir juntos.

Pensó un momento.

—Creo que la fragancia tendría que tener algo más.

—¿Qué cosa? —pregunté un poco nerviosa.

—Una nota secreta… que solo tú conoces. —Y me guiñó un ojo.

Llegué a Bakú de muy mal humor. Bajé del avión con el pelo hecho un desastre, arrastrando la valija como si se tratara de una bolsa de piedras. Así se sentía mi cabeza. ¿Dónde había quedado la Victoria de la semana anterior, la que tenía las cosas claras, sabía lo que quería y confiaba en que podía conseguirlo?

Dado que tenía el día libre antes de que comenzaran los eventos de la carrera, aproveché para recorrer la ciudad. Ya no creía que alguien se fuese a interesar por leer lo que yo podía escribir sobre los destinos que conocía, pero necesitaba seguir escribiendo igual, aunque fuese solo para mí.

Tomé la línea roja de metro y me bajé en la estación Nariman Narimanov. De allí caminé veinte minutos hasta dar con el famoso Centro Heydar Aliyev. Bakú era considerado el hijo arquitectónico entre París y Dubai, y pude comprobarlo. El edificio había sido declarado en 2014 como el mejor del mundo y no tardé en entender por qué. Se trataba de una construcción futurista, diferente de todo lo que conocía. Lo más llamativo era la ausencia de ángulos rectos. Su estructura era curvilínea y fluida. Saqué algunas fotos con mi celular y me dirigí al centro antiguo dejándome embriagar por los contrastes, los colores y los sonidos de una ciudad encantadora.

Volví al hotel exhausta, y gracias a eso, un poco más tranquila. Agarré mi celular para programar el despertador y lo encontré reventado de mensajes y llamadas perdidas provenientes de decenas de números diferentes.

Cande:
¡¿QUÉ PASÓ CON BRUNELLI?! ¡QUÉ LINDO ES!

Sol:
Me vuelvo loca, contá ya, nena.

Pau:
Avisame cuando puedas hablar y te llamo.

Dolores:
Espero que no hayas recibido una oferta de otro medio por la primicia. Llamame urgente.

Mike:
La que come y no convida tiene un sapo en la barriga. ¡Qué bien guardado te lo tenías!

Tomás:
Jamás hubiera esperado esto de parte tuya.

Ana:
¡¡Caíste en las redes del *rookie*!!

Abuela:
Nena, qué rico chico el de la foto. ¿Es Tomás? Está muy cambiado. A ver cuándo vienen a comer unos sorrentinos con la nona, que la tienen abandonada.

Telefoneé a Ana desesperada. Le pedí que me explicara qué estaba pasando y me envió un *link* de un sitio italiano de noticias del corazón. El artículo se titulaba "La nuova fidanzata di Guido Brunelli" y en la nota aparecía una foto nuestra comiendo en Osteria Francescana. Temblé pensando en que quizás nos hubieran sacado una foto en el auto, pero por suerte no encontré ninguna.

Corté con Ana y lo llamé a Tomás, que me atendió enseguida, a pesar de que para él eran las cinco de la mañana.

—No es lo que parece —dije apenas escuché su voz—. Solo fue una entrevista.

—En diez años de carrera, jamás entrevisté a alguien en un restaurante Michelin —respondió furioso.

—Era el único momento que él tenía disponible. Me contó sus comienzos en el automovilismo y su historia familiar. Podés leer el artículo en el portal —intenté parecer tranquila.

—Ya lo leí.

—¿Y entonces? No podés creer cualquier rumor, Tomi.

—Todos dicen que Guido Brunelli es un mujeriego, así que no te hagas muchas ilusiones con él.

Se me secó la garganta.

—Es por los clics, mi amor. No te tengo que explicar a vos las cosas que hacemos los periodistas.

—Jurame por tu carrera que entre ustedes no pasó nada más.

Me quedé en silencio unos instantes. No quería seguir mintiendo pero tampoco estaba dispuesta a perderlo todo por un beso insignificante.

—Venite —le dije finalmente—. Compartamos este viaje. ¿Hace cuánto que no hacemos uno juntos?

—Estamos con el proyecto de la mudanza, no es el momento. Además, tengo que trabajar, entregar las columnas del diario, ayudar a papá en la empresa. ¿Vos cuándo volvés?

Me mordí el labio, en busca de las palabras adecuadas.

—No se sabe.

—¿Cómo no se sabe? ¿Estás dejando que te manden de un lugar a otro como si no tuvieras vida propia?

—No puedo discutir esto ahora. Solo te pido que no te dejes engañar. Vos me conocés.

Cuando terminamos la llamada, me temblaba el cuerpo entero. Estaba acostumbrada a ser la que daba las noticias, no quien las causaba. ¿Y quién había iniciado ese rumor? Prendí la televisión y pasé por todos los canales, aterrorizada por la posibilidad de verme en algún lado. Bloqueé todas las alertas de Google con mi nombre, para no enterarme de lo que se dijera sobre el tema. Por último, abrí mi Instagram y fui al mensaje de Guido.

Yo:
¿Cómo pasé de ser una periodista molesta a tu novia?

Contestó casi al instante, como si estuviera esperando mi respuesta.

Guido:
No tengo idea.
Dicen lo que quieren. Vos debés saberlo mejor que yo.
Igual no te preocupes, me inventan cosas todo el tiempo.

No respondí y fui a bañarme. Cuando salí de la ducha y me estaba preparando para irme a dormir, entró un nuevo mensaje suyo:

Guido:
¿Cuándo vamos a volver a vernos?

120 km/h

La puerta del vestuario está entreabierta. La empujo suavemente y el vapor me acaricia la cara. Avanzo, guiada por el sonido del agua de la ducha. Camino despacio, me cuesta distinguir las formas, el aire caliente me rodea y empiezo a transpirar. De pronto, veo un cuerpo que se acerca.

—No podés estar acá.

Reconozco la voz de Guido, que camina hacia mí. Tiene el torso desnudo y una toalla atada a la cintura. Me quedo en mi lugar, mirándolo fijo. Se sigue acercando hasta que puedo distinguir sus ojos encendidos, sus labios carnosos, la musculatura de su pecho y de sus brazos, su piel cubierta de pequeñas gotitas. Se queda mirándome, a la espera, como si me invitara a terminar lo que empezamos en el auto. Sin quitarle los ojos de encima, llevo la mano al borde de la toalla. La separo un poco de su cuerpo, lo atraigo hacia mí. Su boca roza la mía. Mi lengua asoma apenas y humedezco su labio inferior. Mi mano sigue tirando de la toalla hasta deshacer el nudo. La toalla cae al piso. Guido sonríe y me toca el mentón.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

Me sacudí en la cama y abrí los ojos. Mi respiración estaba agitada y mis piernas estaban enredadas en las sábanas como si hubiese luchado toda la noche. Me tapé la cara con el brazo, lo mordí suavemente con una mezcla de incomodidad y excitación. Sin pensarlo demasiado, mi otra mano bajó hasta mi entrepierna y me estremecí recuperando la sensación de su piel húmeda en mi boca. El sueño se había sentido tan vívido que no me llevó mucho esfuerzo terminar. No recordaba cuándo había sido la última vez que había tenido un orgasmo así de intenso, pero decidí que los cuestionamientos quedaran afuera de mis fantasías. Por lo menos, podía permitirme eso.

Me desperecé, mientras tanteaba la mesa de luz en busca del celular. Todavía faltaba una hora para que sonara el despertador. Di algunas vueltas sobre el colchón y supe que no iba a poder volver a dormirme. Salté de la cama y me metí en la ducha.

Después del desayuno, salí a hacer compras para el *Media Day*. En la maleta solo tenía ropa suelta, pensada para el verano occidental. Necesitaba algo más discreto para no desentonar. Si bien no era obligatorio, me parecía importante equilibrar mi estilo personal con los códigos de Bakú.

Dentro del probador de la tienda, me saqué una foto con un pantalón de lino blanco y se la

mandé a Tomás, aunque me descubrí pensando si le gustaría a Guido. Me di cuenta de que estaba nerviosa por volver a verlo, más aún después del sueño aquel y sobre todo por las repercusiones que podía llegar a tener entre mis colegas el rumor de nuestro "romance".

Tomás:
Me gusta más el marrón clarito. Igual a vos todo te queda bien.

Yo:
Voy a combinarlo con la camisa que me regalaste para Navidad y la campera de *jean.*

Tomás:
Vas a estar hermosa, como siempre.
Mandame fotos después.

Yo:
¿Pensaste lo del viaje? La ciudad es divina. Podríamos pasarla bien.

Tomás:
Lo veo complicado, la verdad. Hay mucha diferencia horaria y papá me necesita. Es época de cierres y tenemos que armar las presentaciones de varios clientes. Igual lo estuve pensando mucho y entiendo que a partir de ahora voy a tener que acostumbrarme a que estas cosas pueden pasar si tu carrera sigue creciendo. Confío en vos. Sé que sos incapaz de serme infiel.
Te amo.

Guardé el celular con una sonrisa de alivio y volví al hotel con mi nuevo *outfit*, decidida a hacer borrón y cuenta nueva con Brunelli. Me gustaba mi vida. Tenía un trabajo prometedor y un novio que me amaba. No podía echar todo a perder por un impulso adolescente.

Llegué a la rueda de prensa aferrada a mi cuaderno de notas y lista para demostrar que era una profesional. Circulé entre los periodistas sin animarme a saludar a nadie, buscando a Ana entre la multitud. No la encontré. Me ubiqué en una posición cómoda para esperar a los pilotos y respiré profundo. Me sentía bien, estaba tranquila. Pero cuando Guido entró acompañado de su equipo y cruzó su mirada con la mía, las rodillas se me aflojaron.

—*How do you prepare for Sunday's race?* —preguntó un periodista británico.

—Estamos entrenando más que nunca —respondió él con mucha seriedad—. Bakú es el circuito callejero más rápido del mundo, así que espero superar mi mejor marca personal.

Me sorprendí a mí misma levantando la mano para hacer una pregunta. Guido me miró pero su

expresión se mantuvo imperturbable. ¿Estaba enojado? Recordé que no había respondido su último mensaje de la noche anterior y la voz se me trabó un poco.

—Tus fanáticos tienen todas las edades, desde los más grandes hasta los más jóvenes, que nunca habían visto una competencia de Fórmula 1 y hoy se ponen el despertador temprano y se reúnen para verte correr. ¿Qué les dirías a todos ellos?

—Les agradezco el apoyo. Les mando un beso grande.

¿Les mando un beso grande? ¿Eso era todo lo que tenía para decirme? Retrocedí y me acurruqué en un rincón, como si quisiera salir de su campo visual. Lo observé de lejos, un poco extrañada. Si quería ser antipático, mejor. ¿Qué me importaba? Es más, me venía muy bien que él pusiera distancia, que se ocupara de sus cosas, de sus Lamborghinis y sus estrellas Michelin.

Al terminar la rueda de prensa, me crucé con Ana y la invité a almorzar a un restaurante que nos había recomendado el director de su revista. El presupuesto que me habían asignado para la cobertura en Bakú era bastante más generoso y ahora podía darme el lujo de probar lo que quisiera sin sacar la calculadora.

Como entrada, pedimos dogva, una sopa de yogur y hierbas. De plato principal, el camarero insistió en que fuéramos por la especialidad de la casa: Jiz-Biz. Estaba hecho a base de cordero. Venía acompañado con papas, cebollas y pan caliente. Todo estaba delicioso. Podía empezar a acostumbrarme a esa buena vida.

—¿Ahora podemos por fin hablar de Brunelli? —disparó Ana y casi me atraganto con una hoja de perejil—. Tengo algunos años más que tú, a mí no me engañas. Entre ustedes pasa algo.

Tragué con dificultad y tomé un sorbo de agua. Ana me miraba sin pestañear. Miré alrededor para asegurarme de que nadie nos escuchara.

—El día de la foto… —dije en voz baja— nos besamos.

—¡Lo sabía! —gritó y golpeó la mesa. Algunos comensales se dieron vuelta.

—Shhh —le supliqué—. Me escribió para volver a vernos. No le contesté —confesé. Necesitaba abrirme con alguien para no explotar y sentía que Ana, al no ser de mi ambiente, ni siquiera de mi país, era un terreno seguro.

—¿Te gustó? Convengamos que el tío es bastante pagado de sí mismo pero es guapo, eh.

—Me encantó —dije y no pude reprimir una sonrisa—. Todo me hace pensar en él. Me pongo nerviosa cada vez que lo nombran. Incluso anoche soñé con él. Soy una tonta. No sé por qué me hago esto. Tengo una vida maravillosa.

—La Victoria que dejaste en casa ya no existe —dijo Ana en tono solemne—. Nunca vuelve quien se fue, aunque regrese.

Esa frase quedó resonando en mi cabeza mientras analizábamos el menú y elegíamos el postre.

—¿Por qué los pilotos son tan seductores? —le pregunté como si ella fuera un oráculo.

—Porque coquetean todos los días con la muerte y le ganan. Por sus venas les corre adrenalina y pasión. Son hombres seguros de sí mismos, fuertes, valientes. Y tienen unos cuerpazos.

De inmediato, mi mente volvió al auto, al momento en que nos besamos, cuando su mano recorrió mi cuello y sentí la firmeza de su agarre. Me dieron cosquillas en el estómago justo en el momento en que Ana llamaba al camarero.

—Vamos a probar la baklava. —Cuando el camarero se retiró con el pedido, me miró—. Es una deliciosa masa filo rellena de pasta de pistachos y bañada en miel. No será tan dulce como tu *rookie*, pero va a estar deliciosa.

140 km/h

El viernes, fuimos con Ana a presenciar la práctica. Quería pasar desapercibida así que usé el cabello recogido, un gorro y anteojos de sol. Más temprano, Guido había contado en redes sociales que estaba muy nervioso porque era la primera vez que corría en ese lugar. La pista era muy diferente a las de Zandvoort y Monza, porque se trataba de un circuito callejero.

De lejos, lo vi llegar.

—Vamos a hablarle —dijo Ana.

—Andá vos, mejor te espero acá.

Ana le gritó a Brunelli y agitó su mano para indicarle que se acercara. Lo vi venir junto a algunos miembros de su equipo. Me acomodé los anteojos oscuros y el gorro, y me puse a mirar el celular.

—Hola, Guido. ¿Qué te parece la ciudad? —le preguntó Ana cuando estuvo cerca de nosotras.

—Muy linda, me encanta —respondió él y me dedicó una mirada fugaz.

—¿Cuál es la ciudad que más te ilusiona conocer de los circuitos que restan? —siguió Ana.

Guido pensó unos instantes. Yo lo miraba disimuladamente a través de mis lentes oscuros. El gesto que hacía con la boca me aceleró el corazón. ¿Cómo podía ser tan sexy?

—La verdad es que todas las ciudades me interesan. Viajar es de las cosas más lindas que uno puede hacer en la vida. Pero si tuviera que elegir un lugar, diría Brasil: me parece uno de los países más lindos del mundo.

—Totalmente de acuerdo —dije sin pensar.

Guido me miró y saludó de lejos a un piloto de otra escudería. De repente, Ana prestó atención a un hombre al que nunca habíamos visto antes. Era moreno de bigotes y llevaba puestas unas bermudas y una remera con el logo de Harris. Se dirigió hacia él y se presentó.

—Soy Ana, editora de *Motor en V*, ¿y tú?

—Ángel González, empecé hoy como ingeniero del equipo, para servirle.

—Es una eminencia en lo suyo. Está recién llegadito de México —agregó Guido—. Él me va a cuidar.

—Siempre es bueno tener un ángel de la guarda en el equipo —respondió Ana y me guiñó un ojo.

Empezaron a alejarse e impulsivamente tomé a Guido por el brazo. No sabía qué decirle pero no lo quería dejar ir. Se quedó mirándome con una expresión que no pude descifrar, entre

intrigado e indiferente. Balbuceé algo sobre la carrera, intenté hacer un chiste, y no conseguí sacarle ni una sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿No vas a hablarme más? —dije de pronto.

—¿Por qué tendría que hablarte si después vos decidís no contestar mis mensajes?

160 km/h

—Aquí en la costa del mar Caspio, es tiempo de dar inicio al Gran Premio de Azerbaiyán. Estamos en otro caluroso fin de semana. Es probable que el viento juegue un papel importante hoy —relató el comentarista al comenzar la transmisión de la carrera de ese domingo—. *Recordemos que la carrera constará de 51 vueltas alrededor de un circuito cuya longitud es de 6 kilómetros.*

Me acomodé en el sillón de la sala de prensa. La efervescencia en el aire me erizó la piel. De a poco, empezaba a entender la pasión que ese deporte despertaba en tantas personas. Después de ver lo exhaustos que terminaban los pilotos, lo desafiante que era la velocidad, los accidentes que podían tener, la presión a la que estaban sometidos, era innegable el enorme trabajo físico y mental que implicaba correr en esa categoría. Bajaban de los vehículos empapados en sudor, a veces encorvados por el dolor de espalda, completamente destruidos. Ana me había contado que dentro del auto llegaba a hacer 50 grados de temperatura y que durante una carrera podían perder hasta cuatro kilos de peso corporal.

En la pantalla, vi a los autos ubicados en la parrilla de largada. Guido había quedado en el puesto 10 después de la clasificación del día anterior. Si conseguía mantener esa posición, podría sumar puntos para su equipo, todo un logro. Las luces rojas que anticipaban la largada se encendieron. Mi estómago se retorcía de nervios y me di cuenta de que estaba aferrada a mi teléfono como si necesitara sostenerme de algo.

Y la carrera comenzó.

—Salió muy bien Nagourney, toma la punta. Joe Brown dobla abierto en la primera curva —escuché la voz del relator.

Mi mirada se desvió al lado izquierdo de la pantalla. La tabla de posiciones comenzaba a moverse, aunque los primeros puestos se mantenían iguales. Busqué a Guido y lo encontré bien ubicado en su lugar. Le di un trago a mi taza de café. Ya estaba frío, intomable.

—Estamos en la recta principal, ya se habilitó el DRS. Lo veo complicado a Nagourney. Johnson de Black Blood tiene la posibilidad. Abrió el DRS. Miren cómo viene, lo pasó sin esfuerzo y ahora es el nuevo líder. Nagourney queda segundo.

—¿DRS? —pregunté.

—Es un mecanismo que permite a los pilotos abrir el alerón trasero para que el auto alcance una mayor velocidad. Pero no lo pueden usar siempre, solo cuando están a menos de un segundo

del rival y en zonas determinadas. ¿No lo estudiaste? —me preguntó Ana y me encogí de hombros.

—*Vuelta 10, Guido Brunelli se fue para los boxes, no aguantaba más las gomas. Johnson hace récord, tiene la vuelta más rápida. Black Blood sin problemas, sigue y sigue. Ahí paró Müller.*

De pronto, mi mente empezó a volar, como si la velocidad de los autos y el sonido de los motores me hubiesen intoxicado. Me pregunté si para Guido había significado algo nuestro beso. ¿Por qué había sido tan frío conmigo en la rueda de prensa y en la conversación con Ana? Me sentí una ilusa. Por supuesto que no le importaba. ¿Qué podía interesarle de una chica tan común como yo cuando él estaba cumpliendo su sueño de toda la vida?

—*Bandera amarilla en sector 1 y 2, se fue el Nova Spectrum de Nick Davis, el piloto ha tenido muchos problemas todo el fin de semana.*

En la pantalla vimos la repetición de lo que había pasado con Davis.

—Pobre hombre, le pegó a una pared y rompió la suspensión delantera —le comenté a Ana, que me miró sorprendida.

—*Johnson a boxes, podrían haber esperado un poco a ver si hay un* safety car *con ese auto cruzado, pero ya lo habían llamado. Esto lo puede favorecer a Nagourney.*

Sin esperar a que yo le preguntara, Ana comenzó a explicarme:

—El *safety car* es…

—Sí, eso lo sé. Es un auto que sale a la pista para limitar la velocidad de los demás. Así los comisarios pueden circular para recoger vehículos rotos o escombros. Agrupa a los pilotos atrás del auto de seguridad, y ningún competidor puede adelantar a otro.

Ana me pellizcó la mejilla, divertida.

—Ay, tía, estás a tope.

Volví a mirar la pantalla.

—*Nagourney maneja el ritmo de la fila que va detrás del* safety, *y ahí va el relanzamiento, señores. Se abre Brunelli para ganar alguna posición, Brown va por afuera. Se los ve sólidos a los pilotos de Harris.*

Miré la tabla. Guido había bajado a la posición 11. Su compañero Brown iba noveno.

—*A ver qué pasa con Sánchez. Estamos con la cámara* onboard*. Rozó la pared. "Carajo, le pegué a la pared. Revisen las ruedas".*

—Un error en estos circuitos se paga muy caro —dijo Ana.

"Dale, Guido, aguantá", grité por dentro con los dedos cruzados. "Pasalo, pasalo, pasalo".

—*Ahí abrió el DRS Guido Brunelli sobre el MacKenzie de Klein, que no puede hacer nada. ¡Brunelli décimo! Última vuelta, va a ganar Alastair Johnson, que está en los últimos metros. Viene Johnson para la victoria, lo espera la bandera a cuadros. Ganó Johnson, segundo Nagourney. Tercero…*

No escuché más. Me desplomé en mi asiento, agotada. Tomé el celular y entré a las redes sociales. Durante el transcurso de la carrera, Guido había ganado 100.000 seguidores. Repasé los comentarios de su último posteo. “Vamos, crack” y “*Great job*” se mezclaban con “Sos hermoso”, “*Marry me*”, “El piloto más sexy” y “*Je t’aime*”. Bloqueé el teléfono y lo solté sobre la mesa. Miré la pantalla de nuevo. Guido había logrado sumar puntos por primera vez para su equipo. El próximo destino era Singapur. Y yo, definitivamente, no estaba lista para volver a casa.

Llamada a boxes

—¡Sos un genio! ¡No puedo creer que hayas logrado que un funcionario del Fondo Monetario Internacional te dé una entrevista! —felicité a Tomás en una videollamada desde el aeropuerto de Heydar Aliyev.

—No sabés lo nervioso que estaba en la previa. No se lo había contado a nadie por cábala.

—Te felicito. Estoy muy orgullosa de vos.

—Esa no es la única sorpresa que tengo para darte. Mirá dónde estoy. —Tomás giró la cámara del celular y me hizo un paneo por el departamento—. Ya empezaron a llegar los muebles que encargamos. Es raro estar acá sin vos.

—*Attention, please. Passengers with destination Singapore. Boarding for zone 1 is now beginning. Please proceed to Gate 8. Thank you.*

—Amor, está precioso —le dije—. Te tengo que dejar ahora. Están llamando a embarcar.

Vi el gesto de fastidio que hizo.

—¿Qué pasa?

—No te noto muy entusiasmada. Estás desconectada de mí y de la mudanza. Ni miraste los links que te pasé y me dejaste solo con todas las decisiones —me reprochó—. Encima la nota de tu *affair* con Brunelli. Tuve que responder un montón de mensajes de mis amigos y mi familia. No me estás haciendo fáciles las cosas.

Me detuve en un pasillo de la terminal, tratando de maniobrar entre la gente que iba y venía.

—Tomi, estoy de acá para allá, pasada de trabajo, rota del cansancio y la diferencia horaria no colabora. Estoy haciendo un esfuerzo enorme por cumplir con todo lo que me pide Dolores y al mismo tiempo escribir algunas cosas mías por si consigo que me pasen a Turismo. Y mientras tanto, trato de aprender sobre automovilismo. ¿No te podés poner en mi lugar?

—*Last boarding call for passengers from zone 1 bound for Singapore.*

Nos miramos a través de la cámara.

—Tengo que irme o voy a perder el vuelo. Después hablamos.

Dieciséis horas más tarde, aterricé en Singapur. Camino al hotel, no pude evitar maravillarme por la limpieza y la pulcritud de la ciudad. Todo parecía demasiado ordenado y tranquilo. Bajé la ventanilla del taxi. Hacía mucho calor, pero quería respirar un poco de ese aire lejano. Bordeamos el parque Merlion y pude ver de lejos la estatua mítica que mezcla el cuerpo de un pez con la cabeza de un león y larga agua por la boca.

Esa noche, le mandé un mensaje a Ana para ver si ya había llegado y si quería que cenáramos juntas. Me respondió que iría con Ángel González, el ingeniero de Harris, a tomar unas cañas. Esa mujer sí que iba rápido.

Pedí comida en la habitación y me dediqué a estudiar el circuito que se venía. Intenté no pensar en la discusión que había tenido con Tomás. Su planteo era injusto e infantil. Cuando terminé de cenar, me limpié la cara y empecé a pensar qué iba a ponerme al día siguiente para la rueda de prensa. Agarré mi teléfono y volví al mensaje de Guido que había dejado sin responder.

"¿Cuándo vamos a volver a vernos?", leí.

Me miré en el espejo y volví a mirar la pantalla.

No lo pensé más. Tipeé.

Yo:
Hola. Estoy en Singapur.

Interferencia en el radio

Pau:
Y qué tal Singapur??

Yo:
No pude recorrer mucho, pero lo poco que vi me pareció una locura.

Sol:
Mandá fotos!!!!

Cande:
Y con el piloto qué tal? Ya se vieron?

Yo:
Chicas, ya les dije que no pasa nada con el piloto, fue una nota malintencionada de algún periodista en busca de clics. Ya saben cómo es. Basta con el chistecito.

—*Brunelli, cosa ti è costato di più della Formula 1*? —indagó el corresponsal italiano mientras Ana y yo escuchábamos desde la primera fila.

—Lo más difícil es que me duela todo, hasta partes del cuerpo que no sabía ni que tenía —contestó el joven más carismático del campeonato, causando risas entre los periodistas—. Hablando en serio, lo que más me está costando es acostumbrarme al asiento. Es más duro que los de la F2. Además, nunca había andado tan fuerte durante dos horas seguidas. Igual el equipo está haciendo adaptaciones y estoy muy agradecido por eso.

Lo notaba especialmente animado. La cara rozagante, el pelo ondulado peinado hacia el costado con un jopo casual, la sonrisa encantadora.

—Joe, ¿a qué adjudicas que un debutante como Brunelli haya estado a apenas un segundo de un experimentado corredor como tú en un circuito tan complejo? —preguntó Ana, picante.

—*Beginner's luck* —respondió molesto Joe y tomó un trago largo de su botella de agua.

—Guido, nos emocionaste a todos en tu última carrera. Ya compré pañuelos para este domingo —afirmó una periodista chilena con cara de muñeca a la que no había visto antes—. Mi

pregunta es…

—¿Vas a llorar? —la interrumpió Guido—. Qué lástima, con esos ojos que tenés.

Hubo un breve rumor y algunos aplausos tímidos. Me hundí en mi asiento y lo miré con odio. ¿Por qué hacía eso? Su deporte favorito no era el automovilismo, era la seducción, no había caso. Miré de lejos a la periodista chilena, que se había sonrojado y largaba pequeñas risitas tapándose la cara con su cuaderno. Me sentí una estúpida, un pescadito saltando en busca de aire en esa red mortal que era Brunelli. Encima Dolores me había avisado que tenía agendada una entrevista individual con él para las 10:23. Cuando llegó mi horario, me acerqué a Marianne decidida a cancelar.

—Buenos días, Marianne. Espero que Singapur te esté tratando de maravilla. Disculpá pero…

—Tres minutos —respondió, tomándome de los hombros y empujándome hacia el piloto.

De golpe, me encontré cara a cara con él. Empecé a transpirar y cuando quise abrir mi cuaderno para simular que tenía algo preparado se me cayó el celular y me tropecé con la alfombra. Guido miraba todo cruzado de brazos, con una expresión divertida.

—Perdón —dije con la vista en el suelo.

—No hay problema, acomodate tranquila.

—Tu popularidad no para de crecer. Aumentaste muchísimo tu cantidad de seguidores en estas semanas. ¿A qué creés que se debe? —arranqué con la mayor naturalidad que pude mientras me dejaba caer en mi silla.

—¿Estás controlando mis redes sociales? —me miró con una ceja levantada.

—Es parte de tu trabajo, ¿o no?

—Mi trabajo es correr y sumar puntos para mi equipo. Esa es mi prioridad.

—No tengo dudas —respondí desafiante.

Entrecerró los ojos, los brazos todavía cruzados. Miré hacia un costado. Marianne hablaba por teléfono en un rincón, sin reparar en nuestra conversación.

—¿Alguna vez dudaste si dedicarte a esto?

—¿Qué querés saber realmente? —preguntó él dejando de lado las sutilezas.

—¿Te da miedo la velocidad? —pregunté como si fuese un robot que solo podía escupir preguntas predeterminadas.

—Por supuesto, pero si algo te da miedo, hacelo con miedo. ¿Vos qué preferís: correr el riesgo o quedarte con las ganas?

Ya no estaba claro de qué estábamos hablando. La conversación se había convertido en una partida de ajedrez entre dos principiantes con un pico de ansiedad. Nos quedamos mirándonos fijo, con las pupilas dilatadas, a punto de perforarnos con los ojos, cuando Marianne se acercó.

—Tu tiempo terminó.

Me mordí los labios con frustración y respiré profundo.

—Suerte en la carrera —dije, y me fui.

Roce peligroso

Al día siguiente, llegué a la sala de periodistas para presenciar las primeras prácticas. Me había quedado mal después de nuestra última conversación. El aire se había vuelto muy tenso y llegué a notar en su expresión una mezcla de fastidio y resignación, como si ese juego entre nosotros ya estuviera completamente agotado.

Mientras me servía un café y esperaba que Ana llegara, escuché un grito que me heló la sangre.

—¡No! ¡Brunelli chocó el auto!

Miré inmediatamente hacia los monitores. Mi corazón se aceleró de golpe cuando vi en la pantalla la imagen de un auto perdiendo el control, haciendo trompos después de una curva y chocando contra un muro fuera de la pista. Fue como si el tiempo se hubiera detenido. Me quedé congelada mirando la pantalla, atormentada por un recuerdo que creía enterrado en mi memoria.

—*Guido, ¿me oyes? ¡Guido! No responde…* —se escuchó que el ingeniero decía por el radio del auto.

El zumbido aturdió mis oídos. La garganta se me cerró, los ojos se me llenaron de lágrimas. “No, por favor, no”. El rumor inquietante de la sala me envolvió como un enjambre de abejas. No lograba distinguir si las voces estaban allí o solo en mi cabeza. “Por favor, no”, dije en voz baja y miré hacia la puerta como si necesitara huir.

—¿Qué pasó? —preguntó alguien desde el fondo.

Volví a mirar la pantalla. La fuerza del choque era impactante. El auto había dejado una estela de humo y escombros que saltaban para todos lados. Bajé la vista y vi que me temblaban las manos.

—*Brunelli mueve el brazo* —dijo de pronto el relator—. *Su equipo ya lo está asistiendo. “Ángel, perdón. Me gol--- el--- ca--- te--- en---”* —se escuchó nuevamente el radio del auto, pero la comunicación tenía interferencia—. *No podemos entender la comunicación. Ojalá no sea nada grave. Sabemos que una herida en los brazos puede dejar a un piloto fuera de carrera.*

En la pantalla se mostraba al personal de seguridad dirigiéndose al lugar del impacto, mientras los ingenieros se miraban entre ellos tratando de evaluar la situación. Guido rechazaba con insistencia la ayuda médica, aunque era evidente que estaba dolorido. A pesar de sus negativas, lo trasladaron a una clínica.

Lo que siguió fue un silencio espeso. Me quedé sentada simulando que miraba las pruebas de

los demás equipos, pero no podía concentrarme. Intentaba tranquilizarme pensando que Guido era joven y que las peores noticias viajan muy rápido. De todos modos, no tenía sentido seguir engañándome. Aquello iba más allá de él. Los fantasmas del pasado habían vuelto para atormentarme e iba a tener que enfrentarlos.

—Cariño, no tienes buena cara. Estás pálida. Bebe un poco. —Ana me alcanzó un vaso de agua—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Sí, hablá con Ángel. Le escribí a Marianne pero no me responde. Sos la única que puede averiguar qué pasó con Guido.

—Cuenta con eso —dijo y empezó a teclear rápido en su celular.

Volví al hotel aguantando las lágrimas. Cuando al fin pude encerrarme en mi habitación, me tiré en el colchón y me tapé la cara con la almohada para llorar. Fue una descarga acumulada en mi pecho durante mucho tiempo. El susto por Guido, las imágenes del accidente, la incertidumbre, habían removido demasiadas cosas. Para tranquilizarme, fui al baño a lavarme la cara. Guido iba a estar bien, lo había visto salir del auto. Me miré en el espejo mientras las lágrimas seguían cayendo.

Sonó el teléfono del cuarto.

—*Miss, they are waiting for you downstairs* —pronunció el conserje en un muy mal inglés.

Bajé de inmediato. Allí me esperaba Ángel, que me dio un abrazo cálido cuando me vio con los ojos hinchados.

—Guido quiere verte. Sube que te llevo al hospital. —Me señaló el auto estacionado afuera y lo miré indecisa—. Vamos, antes de que me arrepienta.

Si bien Ángel no era piloto, manejaba casi tan rápido como ellos. En esa situación, lo agradecí. Al llegar, me alivió encontrar a Guido consciente y de buen ánimo. Era raro verlo tumbado en una cama y con un camisolín en lugar del mono ignífugo. Igual estaba hermoso.

—Me dijeron que estuviste preguntando por mí —me dijo con la voz gastada.

—Estaba preocupada —respondí mirando hacia abajo—. ¿Cómo estás?

—Ahora que te veo, seguro mejor que antes.

Noté que mis mejillas se ruborizaban.

—Ni en este estado te tomás un respiro para seducir periodistas —me burlé—. ¿Vas a poder competir el domingo?

—Todavía no sé. Lo que sí sé es quién sos vos. —Lo miré con el ceño fruncido—. Tu apellido es Hernández. Sos la hija del excampeón de Turismo Carretera Carlos Hernández.

Me quedé helada. Mi papá era un tema del que había intentado escapar toda mi vida y venía a encontrarme a miles de kilómetros de casa, cuando menos lo esperaba, en la sala de un hospital en Singapur.

—¿Cómo sabés eso?

—Sos un calco de tu papá.

Me quedé muda. Mis ojos se entristecieron sin que pudiera evitarlo y enseguida entendí que ya no podía ocultarme más.

—Eso dicen —se me quebró la voz—. Yo ni llegué a conocerlo. El accidente lo tuvo cuando yo todavía estaba en la panza. —Hice un breve silencio intentando contener las lágrimas—. Por eso el tuyo me parece un deporte de mierda —dije como si pudiera hacerme la graciosa.

Me daba mucha vergüenza que Guido me viera llorar, y sin embargo, no pude controlarlo. Me cubrí la cara con las manos.

—Vení —me pidió, haciéndome un lugar al costado de su cama. Me acomodé a su lado.

—¿Ahora entendés por qué esto me cuesta tanto? —dije entre sollozos—. No quise saber nunca nada con los autos. Ni siquiera aprendí a manejar —expliqué secándome las lágrimas.

Guido estiró la mano y tocó apenas la yema de mis dedos. Mi sangre se aceleró con un *shock* de adrenalina y tuve que moverme en mi lugar para disimular los nervios. En eso entró Ángel y nos avisó que quedaba poco tiempo de visita.

—¿No podés entretener a las enfermeras para que nos den un ratito más? —le pidió Guido. Y lo vi sonreír mientras Ángel salía de la habitación.

—Tu papá fue un referente para mí —me habló despacio, nuestras manos seguían acariciándose—. Era un corredor de mente fría y que siempre estaba un segundo anticipado a lo que pasaba en la pista. Era muy bueno.

—Sí, lo sé —respondí con la voz cansada—. El accidente no fue culpa suya. Fueron los mecánicos que armaron el auto. Estoy segura de que había algo que estaba mal. Nunca se investigó pero yo sé que fue así.

—Los autos de antes eran mucho más peligrosos que los de ahora.

—Con más razón tendrían que haberlo cuidado.

—¿Y tu mamá?

—Ella rehizo su vida lo mejor que pudo. Pero tenemos una relación difícil. Nos cuesta comunicarnos. Vivo con ella y a veces es como si no existiéramos para la otra. Igual, la quiero y la respeto mucho. Es una mujer fuerte y valiente. Me crio sola mientras estudiaba y trabajaba. Volvió a formar pareja con Norberto, aunque ella nunca quiso convivir con él.

Se hizo un silencio y me animé a mirarlo. Sabía que tenía la cara hinchada pero ya no había nada que hacer, me habían desenmascarado.

—Qué lindo que viniste a verme. No me gustó cómo quedaron las cosas el otro día —dijo.

—Estaba enojada.

Soltó mi mano y levantó el brazo para acariciar mi mejilla, la comisura de mis labios, el costado de mi cuello. Le miré la boca y me mordí el labio. Me pareció que las únicas personas que existían en el mundo en ese momento éramos nosotros. ¿Y si lo besaba?

De pronto, entró la enfermera, seguida por Ángel, que intentaba sin éxito detenerla.

—*The visiting hours are over, you must leave*.

Safety car

Llegó la carrera del domingo y le confirmaron a Guido que iba a poder correr. El accidente le había dejado como saldo una contractura en el cuello y un golpe en la clavícula a causa del tirón del cinturón, pero no era grave. Los mecánicos habían trabajado contrarreloj para arreglar el auto lo mejor posible.

Ese día por la tarde, Ana me escribió para avisarme que Ángel, el ingeniero, nos invitaba a mirar la carrera desde el *garage* del equipo. Estaba entusiasmada. Me vestí con un *short* y una camisa negra de lino y me até el pelo en un rodete. Me maquillé un poco y me puse un perfume que había comprado en el *free shop*.

La carrera era de noche, pero el calor agobiaba. Llegué a los boxes justo cuando el auto de Guido se estaba desplazando hacia la pista. La adrenalina era palpable. Los mecánicos y el *staff* iban de un lado para el otro. Ana ya estaba ahí y me saludó con un abrazo. Nos ubicamos en el sector de invitados y saqué mi anotador.

Ángel se acercó a mí y me entregó unos auriculares. Me dijo que me los colocara para poder escuchar las comunicaciones del equipo, mientras observaba con atención los monitores que mostraban cada movimiento en la pista.

—Cuidalo, por favor —le dije antes de que se alejara. Asintió con un gesto paternal.

Los autos ya estaban posicionados en la parrilla de largada. De pronto, las luces rojas se apagaron y el ruido ensordecedor de los motores y el eco de los neumáticos sobre el asfalto llenaron el aire. Me moví en mi asiento, con la adrenalina acelerando mi sangre. Eran nervios, pero también había algo de entusiasmo. Me sentía diferente después de la charla en el hospital. Había dado un paso importante para empezar a aceptar lo que no podía cambiar, el peso en mi pecho se había aliviado un poco. O por lo menos estaba más preparada para abrir esa caja de recuerdos que había mantenido dolorosamente cerrada durante tanto tiempo.

—*El auto tiene mucho subviraje. Es imposible doblar.* —La voz de Guido resonó en mis oídos y miré a Ángel, que supervisaba cuidadosamente las pantallas del *garage*.

—De acuerdo. Lo revisaremos —le respondió. La transmisión en vivo enfocó el *pit wall* donde se encontraban los estrategas del equipo que conversaban concentrados.

Era la primera carrera nocturna que presenciaba. Las luces led que iluminaban la pista contrastaban con la negrura del cielo. El sudor recorría mi cuello, el calor en el *garage* era extenuante, pero seguro no se comparaba con lo que estaría siendo Guido dentro del auto: el

habitáculo podría alcanzar los 50 grados.

—No se ve muy seguro con el auto —comentó Ana—. Al parecer, los arreglos después del accidente no están respondiendo bien.

Presté atención a las imágenes de la carrera. Cada vez que Guido resbalaba en las curvas más cerradas se me cortaba el aire.

—*No estoy cómodo con el auto, me siento muy inestable* —dijo de nuevo por el radio.

—*A boxes en la próxima vuelta* —le respondió Ángel y los mecánicos corrieron a sus posiciones para esperar el auto y cambiar neumáticos. Me puse nerviosa. Levanté el cuello para intentar ver el momento en el que el auto de Guido frenaba y volvía a salir. Ana me tomó del brazo para tratar de tranquilizarme.

En cuestión de segundos, el auto de Guido volvió a la pista con gomas nuevas. Los mecánicos entraron al *garage* y se sentaron en sus lugares atentos a las pantallas y listos para reaccionar en caso de que los necesitaran para otra parada imprevista.

En la tabla su nombre figuraba en las últimas posiciones. Por más que acelerara intentando tomar las curvas con precisión, al equipo se lo notaba preocupado. El ingeniero decía que no con la cabeza y le hablaba al oído al director.

—*La tracción del tren trasero es pésima.* —La voz agitada de Guido retumbó en mi auricular. Se lo escuchaba agotado. Yo sabía que este era uno de los circuitos más físicos. El calor abrasante que no daba respiro y el esfuerzo que debía estar haciendo para manejar aún dolido por el accidente no debían estar sentándole bien.

—¿Cómo puede ser que lo dejen correr así? —le dije a Ana, alterada—. No pueden ponerlo en riesgo. Va a tener un accidente de nuevo.

Las últimas vueltas fueron una tortura. Guido aguantaba como podía para no quedar en la última posición. Dejó de hablar por el radio. Empecé a morderme las uñas. El *garage* se sumió en un silencio inusual para la cantidad de personas que había.

La carrera terminó con su peor marca: se ubicó en el puesto 18. El auto volvió al *garage* y lo vi bajar visiblemente molesto. Se quitó el casco y noté el gesto derrotado.

—¡Ese asiento me destruye la espalda! —gritó sujetándose el cuello. Tenía la cara roja y el pelo mojado de transpiración.

—Estamos trabajando en eso, Guido —replicó Ángel—. ¿Algún otro dolor?

—No hay parte que no me duela. El cuello me está matando y el hombro izquierdo me empezó a molestar.

—Tranquilo, el kinesiólogo va a trabajar fuerte contigo hoy. La semana libre va a venir muy bien para que termines de recuperarte. Paciencia. Todo es aprendizaje.

Ángel forzaba su tono más calmo pero no surtía efecto. Guido estaba destruido.

—Los neumáticos no son confiables —protestó—. En la primera curva no tenían grip, no me fui de pista de casualidad, porque venía cerrado. ¡Y el de Nova Spectrum me tiraba el auto

encima!

Yo escuchaba desde el pasillo que llevaba a los vestuarios, intentando no interferir con la situación. Busqué a Ana, que había desaparecido.

—Veremos lo de los neumáticos, no te preocupes.

—Necesito un momento a solas, por favor.

Guido enfiló intempestivamente hacia los vestuarios, con los ojos en el suelo. Lo vi acercarse a mí y no me animé a decir nada. Pasó por mi lado sin registrarme pero se detuvo unos pasos más adelante. Se dio vuelta y me miró, como si me hubiera sentido. Retrocedió y me agarró suavemente de la mano para llevarme con él.

Cuando entramos al vestuario, cerró la puerta y nos quedamos unos segundos en silencio. Apoyé la espalda en la pared, observándolo caminar de un lado para el otro, frotándose el pelo y negando con la cabeza. Estaba muy alterado.

—Perdón, fue una carrera horrible.

—Estás aprendiendo.

Respiró profundo.

—Supongo que sí.

Se sacó las mangas del mameluco y lo dejó colgando desde su cintura. Tomó una toalla y se secó el pelo. Se llevó las manos al cuello con una mueca de dolor. Me acerqué despacio. Le acaricié el brazo y después el rostro. Cuando me miró, una chispa iluminó sus ojos. El magnetismo entre nosotros se hizo irresistible.

—Estás muy cansado. ¿Necesitás algo? —le pregunté.

—Sí, a vos —respondió, tomándome de la cintura y atrayéndome hacia él.

Comenzó a besarme y respondí sin dudarlo. Me apretó contra su cuerpo y me arrinconó contra uno de los casilleros. Acaricié su espalda firme y ancha y enseguida sentí la rigidez entre sus piernas. La intensidad aumentó muy rápido y tuve que parar un momento para respirar.

—Creo que estás demasiado acostumbrado a la velocidad —dije entre besos.

—Puedo ir tan lento como quieras —respondió y volvió a besarme despacio.

Pasó la mano por debajo de mi camisa y acarició la piel sensible de mi cintura. Fue subiendo por el borde de mis costillas hasta llegar al límite de mi corpiño. Me acarició despacio y sonrió cuando gemí. Empecé a besar su cuello mientras sus manos bajaban hasta mi cola.

Su piel, tostada por el sol, era adictiva. Mis manos no podían dejar de recorrerla. Quería conocer cada centímetro de su cuerpo. Cuando mordí suavemente el borde de su mandíbula, me tomó del pelo y me susurró al oído.

—Me encantás. Desde que te conocí no dejo de pensar en vos.

Amenaza de lluvia

Salí del vestuario agitada. Nos habían tocado la puerta justo cuando las cosas se estaban empezando a ir de las manos y nos habíamos despedido a las apuradas. Salí sin levantar la vista mientras el vestuario se llenaba de personas. Recién al volver a ver la luz de la luna y sentir el golpe del aire caliente de la calle, caí en la cuenta de lo que acababa de pasar.

Volví al hotel y fui directo a la ducha. Después de bañarme, me di un *shock* de agua fría para ayudarme a salir de la aceleración en la que estaba. Me cubrí con la bata del hotel y me pareció que lo mejor que podía hacer era ponerme a leer la columna sobre impuestos progresivos y regresivos que había publicado Tomás. Me quedé dormida antes de terminarla.

A la mañana siguiente, la sed de chisme llamó a mi puerta. Le había adelantado a Ana por mensaje el titular de mi encuentro en el vestuario y ahora ella venía en busca de la nota completa.

—Quiero detalles —ordenó Ana al llegar, y me ofreció un café en vaso de plástico.

Nos sentamos en la cama y tomé un sorbo. Las imágenes de la noche anterior empezaron a volver a mi memoria.

—Voy a empezar diciendo que esas manos no solo son virtuosas al volante —bromeé.

—¡Anda! —respondió Ana y me dio un golpecito en la pierna.

—Es imposible no confundirse con él. Fue todo tan distinto a lo que conocía. Yo vengo de estar hace tres años con la misma persona. Mi novio es más grande, más serio, más… tradicional.

—Más aburrido —agregó Ana dándole un sorbo a su café.

—¿Qué voy a hacer? —dije mirando hacia la ventana.

—Es que Brunelli está que arde. El cuerpo de los pilotos es celestial, no tienen punto de comparación con los simples mortales.

Se sacó las sandalias y se cruzó de piernas sobre la cama.

—Igual esta semana que no hay carreras me vuelvo a casa, así que no sé cuándo nos volveremos a ver.

—Yo sí lo sé. Esta misma noche. Ángel me invitó a la fiesta postcarrera y tú, querida amiga, vendrás conmigo.

Me mordí los labios con una mezcla de resignación y picardía. Sabía que ella no aceptaría un no por respuesta y, en el fondo, tampoco me interesaba negarme.

Le mandé un mensaje a Guido para avisarle que a la noche nos veríamos y esa tarde me dirigí a la habitación de Ana para elegir nuestros *outfits*. De mi paso por el barco había aprendido que

eso de “menos es más” en esos eventos no se cumplía. Nunca era demasiado cuando se trataba de arreglarse para el mundo de la Fórmula 1.

Ana optó por un minivestido plateado y *stilettos* de tacos aguja.

—No sé cómo hacés para caminar arriba de esos —le dije evaluando mis opciones.

Combiné un top negro con brillos, un *short* blanco de raso y unas botas texanas. Me parecía que todo era demasiado corto y apretado, pero mi amiga insistió en que estaba guapísima. Me hizo unas ondas en el pelo con su buclera y me maquilló como si no conociera el significado de la palabra “sutileza”. Labios rojos, pómulos bien marcados y pestañas extra *large*.

El evento era en la terraza de un rascacielos de sesenta pisos. Desde allí teníamos una vista impresionante de la bahía de Marina Bay, iluminada por la luna llena y las luces de neón de la ciudad. Al llegar, nos topamos con Mr. Liam y ¡su esposa! Temí que eso afectara a Ana, pero no le importó en lo más mínimo. Me dijo que era precoz y que solo podría volver a acostarse con él si estuviera realmente muy aburrida.

El famosísimo actor de Hollywood Leo Vega estaba en el centro de la pista. Giraba en círculos y hacía palmas en momentos aleatorios mientras gritaba *Come on everybody. Let ‘s dance*. Se me acercó y casi me desmayo de la emoción. Nunca pensé que iba a tener al protagonista de *Un amor que duró un suspiro* enfrente.

—¿Chica latina? —me preguntó tambaleándose pero con voz seductora y un marcado acento británico.

—Latina, así es. Soy Victoria Hache, periodista y una gran admiradora de tu trabajo.

Asintió con la cabeza sin dejar de moverse al ritmo de la música.

—Preferiría que fueras Eugenia. ¿Te importaría si te llamo así? —preguntó.

—Mi nombre es Victoria —respondí confundida.

—Escucha, Eugenia, tengo algo mágico para compartirte —dijo y se acercó a mi oído—. Estoy seguro de que te encantará. ¿Quieres venir conmigo al baño? Ahí está aparcada la alfombra voladora —me susurró sujetándose de mi brazo para no caerse.

Dudé un instante, sin saber qué responder. De lejos, vi que Ana conversaba con un grupo de periodistas. No veía al *rookie* por ningún lado. Sentí que necesitaba un trago.

—Te alcanzo en un ratito —le respondí a Leo Vega, que ya estaba distraído con otra cosa, y con eso logré librarme de él.

Caminé entre la gente en busca de alguna bandeja con copas de champagne. En el evento había muchas más chicas que las que había visto en el yate. Supuse que pertenecían todas a la misma agencia de talentos. Las fotos en estos lugares eran muy convenientes para cualquier modelo o *influencer* y, si estaban acompañadas de un piloto, mejor aún.

Por fin, a lo lejos, divisé a Guido y mi pecho se agitó. A medida que me iba acercando, noté que no estaba solo: lo acompañaba la cantante pop del momento, Trini Lacroix. Escuché carcajadas y vi movimientos extraños. ¿Estaban jugando a algo? Me acerqué un poco más y

entendí que intentaban embocar una tapita de gaseosa dentro de las copas que había en la mesa. Reían de la torpeza de Guido, se rozaban de manera casual en los cambios de saque. Logré conseguir una copa y la tomé de un trago, mientras observaba las miradas de complicidad entre ellos y las frases dichas al oído.

—Tuvo un mal día, no te lo tomes muy en serio, necesita distraerse —dijo Ángel, que de pronto estaba a mi lado.

—Ya veo —le respondí sin quitarle los ojos de encima a la parejita.

—La carrera fue un golpe duro al ego.

Asentí sin decir una palabra. Terminé mi copa y se la entregué vacía a Ángel.

—Me parece perfecto. Ojalá tenga una noche inolvidable. Yo vine a divertirme con Ana. Aunque ahora que te encontré, puedo irme con la tranquilidad de que queda en buenas manos.

Me despedí de él tratando de disimular la bronca y volví al hotel con el estómago revuelto de vergüenza. ¿Quién me había creído que era? Él pertenecía a ese lugar y quería volar con otra estrella que también estuviera por las nubes. Que lo hiciera. Yo, por mi parte, iba a volver a casa y a Tomás, mi compañero de ruta, para continuar nuestro recorrido al ras del suelo.

Al día siguiente, el rumor ya estaba en todos los portales.

Trini Lacroix y Guido Brunelli: la pareja más *shippeada*

Todo indicaría que la joven promesa del automovilismo dio un volantazo sentimental. Quien habría llegado a su corazón a toda velocidad es la cantante pop del momento, Trini Lacroix, de 19 años. Los fanáticos están enloquecidos con la nueva pareja. Ya volvieron *trending topic* el *hashtag* #trinelli.

Trini habría empezado a seguir al piloto después de Zandvoort, tras ver el GP con su hermano, que es fanático de la Fórmula 1. Brunelli, rápido para todo, le habría devuelto las gentilezas con un *follow*. Si bien venían poniéndose me gusta en los posteos, no se conocieron en persona hasta anoche, en la fiesta de la escudería Harris.

Aunque ninguno de los dos ha confirmado la relación, un testigo dijo que apretaron el acelerador y no piensan detenerse. Los seguidores de ambos están ansiosos de que sean padres y ver la criatura que saldrá de estas dos bellezas.

Baja potencia

A la mañana siguiente me despedí de Ana, hice el *check out* del hotel y me subí a un taxi rumbo al aeropuerto. En camino, me entró un mensaje de Guido, respondiendo al mío del día anterior.

Guido:
Recién veo tu mensaje. Me había quedado perdido entre tantos que me llegan.
Qué lástima que al final no viniste.
¿Tengo que esperar a Austin para volver a verte?

Yo:
No sé si voy a cubrirlo. Igual preguntale a Trini, por ahí ella va.

Apenas lo envié, me arrepentí, pero ya era demasiado tarde, lo había leído.

Guido:
Somos amigos.
Además, ambos somos embajadores de la misma marca de anteojos de sol.

Yo:
Claro, claro, seguro estaban haciendo la campaña de fotos en plena fiesta nocturna.

Guido:
¿La chica con novio está haciéndome una escena de celos?
Pensé que eras diferente.

Yo:
Lo mismo digo.

Guido escribía, se arrepentía, borraba, volvía a escribir, se arrepentía. Yo también. No sabía qué decir. No quería dejar las cosas en esos términos pero al mismo tiempo sabía que mi vida tenía que continuar y que esa historia no llevaba a ningún lado. Ninguno dijo nada más y cuando

llegué al aeropuerto decidí apagar el teléfono.

El aire presurizado del avión me encapsuló en un tiempo suspendido. Me sentía en el borde entre dos vidas: de un lado, el romance con una celebridad, los eventos en yates y las comidas exóticas; del otro lado, la mudanza con un economista, las horas interminables frente a la computadora, y el arroz con atún y mayonesa. Durante mi tiempo en ese ambiente tan ajeno, me había sentido una impostora. Esa era una vida que no se alineaba en nada con la mía. Pero cuando nos anunciaron que faltaban pocos minutos para aterrizar, las turbulencias comenzaron a producirse en mi cabeza. Me pregunté si acaso la Victoria que había dejado en Singapur no era mucho más verdadera que la que regresaba en ese avión.

Hubiera necesitado unos días para reencontrarme conmigo misma. Sin embargo, Tomás pasó a recogerme por el aeropuerto, listo para dar inicio a nuestra convivencia. En un hecho sin precedentes, apareció con un ramo de flores. Me llenó la cara de besos y no se cansó de repetirme lo mucho que me había extrañado. Yo me limité a recibir sus demostraciones de amor aunque por dentro estaba petrificada.

El viaje en auto hasta nuestro nuevo hogar se hizo eterno. Mientras Tomás hablaba y me contaba los detalles de la mudanza, yo miraba el velocímetro y reprimía el impulso de pedirle que apretara el acelerador.

—¿Y a vos cómo te fue?

Me puse en piloto automático y le conté sobre el clima, los hoteles y otros datos irrelevantes que él escuchó con muchísimo entusiasmo. Cuando llegamos, pidió *sushi* y abrió una botella de vino. Después de más de cuarenta horas de vuelo, con dos escalas en el medio, lo único que necesitaba era descansar. Comí tres piezas por compromiso, le pedí disculpas y me fui a acostar con un tecito de yuyos en la mesa de luz. Prendí el celular y revisé mis mensajes.

Mamá:
¿Llegaste bien, hija? Avisame.

Pau:
¡¡¡Avisá cuando llegues!!!

Sol:
¡Sí! ¡¡Que te extrañamos!!

Cande:
Si quieren, yo ya me reservo el sábado para merendar y que Vicky nos cuente todo del viaje.

Pero de quien más me importaba recibir un mensaje, nada. La conversación con Guido había

quedado tal como la recordaba: fría y hostil. Bebí con la mirada fija en la pared blanca. Supe que, a pesar del agotamiento, pegar un ojo iba a ser difícil.

Por la mañana, Tomi me agasajó con un desayuno en la cama. Me incorporé toda enredada después de una guerra entre mi cuerpo y las sábanas. Él estaba radiante. En la bandeja, había tostadas con queso blanco, un plato de frutas frescas y de estación cortadas en gajos perfectos, una taza de café y un pequeño jarrón con una de las rosas rococó que me había regalado el día anterior. Se sentó al lado mío en el colchón y comenzó a acariciarme el pelo. Le dije que necesitaba lavarme los dientes. Aproveché para levantar las persianas.

—Andá, que vas a llegar tarde —intenté librarme de él.

—Puedo decir que el tren se descompuso —respondió acercándose a mí y dándome un abrazo. Empezó a besarme el cuello.

—Dale, tonto, andá —imposté una voz amable—. Quizás aprovecho para descansar un rato más. El *jet lag* me está aniquilando. Además quiero ordenar la valija, lavar ropa y acomodarme tranquila en el departamento.

Me miró sosteniendo mi cara entre sus manos.

—Okey, pero mirá que tengo muchos besos acumulados para darte. —Me pellizcó el mentón y me dio un golpecito en la cola. Le sonreí intentando parecer la misma de siempre.

Cuando se fue, aproveché para recorrer mi nuevo hogar. Toqué las cortinas. En las fotos, parecían más suaves. De cerca, me resultaron insulsas. Pensar que Tomás había dado tantas vueltas para decidir la tela y el color. Abrí las ventanas. Era un día gris y frío. Estábamos en el otro lado del mundo.

Pensé en salir a caminar. Y después me di cuenta de que lo que necesitaba era correr. Quería volver a sentir la adrenalina de la velocidad, el golpe del viento en la cara. Me puse una calza larga, una campera y un cuellito, y salí.

La ciudad se veía como siempre, pero para mí era un lugar extraño. ¿Cómo era posible que la gente siguiera adelante con sus vidas mientras yo me replanteaba absolutamente todo? Corrí hasta agotarme.

Al regresar, me duché, me vestí y me quedé un rato sentada en un rincón del living, contemplando ese espacio que aún no lograba sentir como propio. Tomás me avisó que esa noche vendrían a cenar sus padres así que bajé al supermercado para buscar provisiones. Pocos planes me parecían más inoportunos que ese, aunque sabía que no podía negarme. Ellos habían comprado el departamento y al parecer era una deuda que iba a tener que saldar.

Cociné un wok de pollo con arroz y compré vino para ellos y agua para mí. Se me partía la cabeza. Ellos, sin embargo, estaban de festejo.

—Quiero proponer un brindis —anunció mi suegro, golpeando el tenedor contra la copa, mientras Tomás volvía de la cocina con una botella de champagne— por la mudanza, el regreso de Victoria de un exitoso viaje y porque, si Tomi acepta, quiero proponerlo de vicepresidente de

la empresa.

Agarró la botella de manos de su hijo, que lo miraba boquiabierto. La agitó y la abrió como si fuera el ganador de una carrera. Nos bañó en champagne y entre risas, dijo:

—Para vos, Vicky, que ahora sos periodista de la Fórmula 1. ¡Para que te sientas como allá!

Aplaudí con una sonrisa fingida. Brindamos y padre e hijo se fundieron en un emotivo abrazo. Pero las sorpresas recién empezaban.

—Ahora, si me permiten, me gustaría decir unas palabras a mí —intervino mi novio—. Vicky, en este viaje te extrañé más de lo que pensé que era posible y me di cuenta de que no quiero pasar un solo día sin vos. Me gustaría que estemos juntos para siempre. Por eso, con mis padres de testigos, quiero hacerte una pregunta.

Sentí que el corazón se me paraba. Tomás se arrodilló, sacó una cajita del bolsillo y la abrió. En su interior, brillaba un anillo. Su madre empezó a llorar y su padre sacó el celular y documentó el momento.

—Victoria Hernández, ¿te querés casar conmigo?

Me quedé congelada unos segundos. Lo miré, tragué con dificultad, y luego hice lo que cualquiera hubiera hecho en mi lugar: acepté. No tenía idea qué significaba eso pero estábamos juntos hacía más de tres años, se suponía que aquello iba a ocurrir tarde o temprano. Miré el anillo e intenté controlar el temblor de mis manos cuando Tomi lo colocó en mi dedo anular. Ellos tres se abrazaron y yo miré la escena desde afuera mientras mi cabeza giraba de izquierda a derecha. Mi cuerpo era un océano revuelto que decía que no, que no, que no, aunque yo me esmerara en fingir felicidad.

180 km/h

La vuelta a la redacción fue agridulce. Por un lado, tuve el recibimiento de mis compañeros, que me felicitaron y me hicieron recordar que durante mi viaje había hecho mucho más que besuquearme con Guido. Por otro lado, estar ahí de vuelta, sentada en mi escritorio, pretendiendo que me interesaba escribir artículos sobre las propiedades del caldo de huesos, me resultaba asfixiante.

—Cambiame la carita, mi amor. Ya sé que la vuelta es difícil, pero yo te extrañaba —me dijo Mike apoyado en mi escritorio.

—¿Y cómo estuvo Venecia?

—Increíble. No sabés las fotazas que saqué —me dijo muy orgulloso.

—Qué bueno. Yo ya ni me acuerdo cómo se escriben estas cosas —dije en un suspiro—. ¿Qué te parece este título…?

Mike me hizo un gesto con la mirada y giré. Dolores me llamaba a su oficina.

—Quiero felicitarte por tu gran trabajo en la Fórmula 1 —arrancó mi editora cuando me senté —. Demostraste ser una profesional todo terreno. Los resultados están a la vista. Las métricas de tus publicaciones fueron muy buenas. Por eso, AeroEuropa va a darnos pasajes para que vayas a los Estados Unidos a presenciar el Gran Premio de Austin.

Mientras las palabras salían de su boca, un cosquilleo incómodo empezó a subir por mi espalda.

—Gracias por valorarlo, Dolo. Hice mi mejor esfuerzo aunque, como sabés, el automovilismo no es mi fuerte —dije, y pensé un segundo antes de preguntar—: Pero, ¿no sería más lógico enviar a alguien de la sección de Deportes?

—No, la gente prefiere coberturas menos técnicas y más humanas. Además… —bajó la voz y se sonrojó apenas antes de continuar— tu relación con Brunelli, sea del tipo que sea, nos viene muy bien.

Me quedé dura.

—¡Dolores, no pasa nada entre nosotros! De hecho, ahora soy una mujer comprometida.

Le mostré el anillo y se quedó pasmada.

—¡Vicky, felicitaciones! Tomás es muy afortunado —tomó un trago de su café y siguió—. Bueno, te cuento cómo es el itinerario…

¿El universo se estaba burlando de mí? ¿Acaso era una prueba que me ponía el destino?

Dolores siguió hablando y hablando, detallando días y horarios, hoteles y traslados, mientras yo pensaba cómo iba a hacer para darle la noticia a Tomás.

—¿Acabás de llegar y ya volvés a irte? —se quejó mi futuro marido esa noche al enterarse.

—Son solo unos días. —Me acerqué al sillón donde estaba sentado y me subí arriba suyo—. No es nada al lado de todo el tiempo que vamos a compartir en nuestra vida. —Lo besé con ganas, lista para dar comienzo a nuestro reencuentro sexual. Desde mi llegada que lo estaba esquivando y ya se me habían agotado las excusas.

Fue sexo coreografiado. Yo empecé arriba hasta conseguir un orgasmo que se sintió más bien como un estornudo y luego intercambiamos lugares para que él pudiera terminar. Todo se sentía muy extraño. Mi cuerpo estaba ahí con él, pero mi mente estaba a miles de kilómetros de distancia. El recuerdo de Guido, de su cuerpo, su piel, su sonrisa pícara, su mirada provocadora, me perseguía.

Me levanté para ir al baño y miré a Tomás desde la puerta de la habitación, llena de culpa. Era lindo, era un adulto, era un lugar seguro. Y sin embargo…

A la mañana siguiente, decidí volver a correr. Hice cinco kilómetros seguidos sin pensar en Brunelli. Para los últimos 500 metros me visualicé entrando al salón vestida de novia. ¿Iría por las típicas gardenias blancas para el ramo? Me inclinaba más por algo colorido. Tal vez una combinación de peonias y anémonas.

Antes de volver a casa, opté por premiarme con un desayuno calentito y reconfortante. Me senté en un bar y ordené un café y unas medialunas. Cuando estaba a punto de morder mi primer bocado, levanté los ojos hacia el televisor que había en una de las esquinas y me quedé suspendida ante la imagen de Guido. “El *rookie* que emociona al país”, se leía en el zócalo.

La medialuna se me resbaló de las manos y cayó sobre la taza de café, que rebalsó. Necesitaba con urgencia una sierra eléctrica que cortara el hilo rojo que nos mantenía unidos. ¿Y cómo iba a conseguir eso justo ahora, antes de viajar a Austin? Mientras secaba la mesa mojada con una servilleta de papel, evalué mis opciones. Agarré el celular, busqué su Instagram, miré su imagen de perfil, entré a la casilla de mensajes y le mandé una foto de la tele del bar.

200 km/h

Ese sábado me junté con las chicas, como habíamos dicho. En principio, el encuentro era para que les contara del viaje, pero ahora, además, teníamos una futura boda por celebrar. Sol nos recibió con las *cookies* horribles que preparaba siempre. Fingimos que no eran un mazacote y que no había que tomar un litro de agua por cada bocado para bajarlas porque sabíamos que las hacía con mucho amor. Pau, precavida, cayó con sándwiches de la panadería para compartir. Cande sumó una torta.

Antes que nada, les entregué los regalitos que les había traído de Singapur: un frasco de kaya (mermelada de coco) e imanes con forma de Merlion.

—Último viaje que vengo con suvenires —les advertí en broma—. Si no, me voy a fundir.

—Qué rico esto —dijo Sol, que ya se había animado a probar con una cucharita la kaya.

—Gracias, Vic —me dijo con un abrazo Pau.

—¡Yo ya quiero que nos cuentes todo! —gritó Cande mientras hacía a un lado los paquetitos y se acomodaba en el sillón.

—Bueno, la verdad que muy bien. Ustedes saben que el automovilismo me remueve muchas cosas, y los primeros días fueron difíciles, me ponía muy nerviosa estar ahí, además de lo que tenía que aprender de cero. —Me di cuenta de que estaba hablando un poco rápido pero no podía bajar la velocidad—. Por suerte me fui acomodando, conocí a una española divina que me ayudó un montón y todo salió tan bien que ahora resulta que… ¡la semana que viene viajo a Austin! —Levanté los brazos en señal de festejo y las tres me miraron sorprendidas.

—¡Qué bueno! —dijo Sol—. Yo estoy cada vez más entusiasmada con la Fórmula 1. Empecé a leer tus artículos y ya me estoy haciendo fan. ¿Vieron la serie *Drive to Survive*? Es buenísima.

Pau me miró y me sonrió pero sentí que había algo que no estaba entendiendo.

—¿Qué pasa?

—No, relindo todo lo que contás, Vic —respondió Cande—. Yo igual te preguntaba por tu compromiso con Tomi —y se empezó a reír nerviosa mirando a las otras dos.

—¡Ah! —di un gritito y me empecé a reír con ella. Sol y Pau se sumaron y las cuatro entramos en una carcajada grupal. Me esforcé tanto para parecer divertida que las mejillas se me acalambraron.

Cuando nos tranquilizamos, respiré profundo y pensé un instante qué decir.

—La verdad es que la propuesta fue muy linda. Por suerte Tomi es… —Empecé a decir que

no con la cabeza, mirando al suelo, como si quisiera que se sobreentendiera algo que no quedaba demasiado claro para nadie. Las tres me miraron esperando que encontrara una palabra—. Tomi es… extra… alucinante.

—Extraalucinante. Sí, lo es —respondió Cande asintiendo con la cabeza.

—Sí, re.

—Totalmente.

—Bueno, eso quiere decir que con el *rookie* divino aquel no pasó nada entonces —disparó Sol de repente. La miré como si me hubiesen dado una cachetada.

—¿Qué *rookie*? —pregunté con la voz aflautada, las tres me miraron con el ceño fruncido—. Ah, sí, Brunelli. Muy simpático, él —dije y agarré la galletita más grande para que el mazacote de Sol me tapara la boca y me impidiera seguir hablando.

—Dale, nena —insistió Cande.

—No, en serio —dije con la boca llena—, la verdad es que todas las veces que interactué con él fueron muy… agradables y me sentí muy… cómoda… Salvo el episodio ese de la foto, que fue muy malintencionado y nos generó muchos problemas a los dos.

—Ah, ¿sí? ¿Dolores lo tomó mal? —preguntó Pau agarrando un sanguchito.

—Es que eso le quita seriedad a mi trabajo —dije mientras tragaba con dificultad e intentaba apartar los recuerdos de lo que había pasado en el vestuario.

—¿Y Dolores te creyó que no pasó nada?

—Sí, obvio, ella sabe que yo soy muy prolija en mi trabajo… —*Guido besándome contra el casillero del vestuario, Guido acariciándome por debajo de la remera, mi mano bajando a su entrepierna*—, y aprender todo lo que tuve que aprender para hacer una cobertura seria… —*La respiración agitada de Guido en mi oído, Guido sosteniendo mi mentón para besarme más profundo, la presión de su cuerpo contra el mío*— me llevó mucho tiempo, ¿entienden?

Tomé un vaso de agua e hice el esfuerzo de pensar en cualquier otra cosa. Un campo con vacas pastando, una tormenta en el mar, un asesino serial persiguiendo a su víctima con un cuchillo. Por suerte, ninguna insistió en seguir hablando del tema.

—Bueno, al final hablé todo yo. Cuéntenme algo ustedes. Cande, ¿qué onda el chico de Tinder?

—No me hagas acordar —respondió ella agregándole más azúcar a su café—. Me *ghosteó*. Durante un mes me dijo que yo era perfecta, que me veía como la madre de sus hijos, que no hacía otra cosa más que pensar en mí. Me escribía sin parar y ahora, llevo tres mensajes sin respuesta. Para mí que me hizo *love bombing*.

—¿Y eso qué es? —preguntó Sol.

—Bombardeo de amor —explicó Pau—. Es cuando una persona te abruma con demostraciones de amor en una etapa muy temprana para luego quitártelas. Es una herramienta de manipulación.

—No sé qué pensar. —Cande se llevó las manos a la cara y negó con la cabeza—. ¿Le habrán robado el celular? ¿Habrá vuelto con la ex? Para mí que le debe haber molestado algo, pero no me dice qué. ¿Y si le escribo para preguntárselo? No saben lo lindo que es.

Cande sacó su celular y se dispuso a mandarle un mensaje. Las tres nos abalanzamos sobre ella para impedir que lo hiciera.

—De ninguna manera —dijo Pau mientras le quitaba el teléfono y lo escondía debajo de un almohadón—. Le toca a él.

—Está difícil el mercado. Tenés suerte de tener a Tomás —dijo Cande y me miró.

Me puse a jugar con el anillo. De pronto me pareció que la piedra era demasiado grande, pesada.

—Qué romántico todo. ¿Estás contenta? —preguntó Pau.

—Sí, claro. Un poco asustada también. Debe ser normal —respondí.

—Ese hombre es una joya. No lo dejes ir —suplicó Cande.

Tenía razón. Tomás era la clase de hombre que una imagina a su lado para toda la vida. Era afortunada de tenerlo.

220 km/h

—Prometeme que el próximo viaje que hagas va a ser el de nuestra luna de miel —me imploró Tomás en el aeropuerto.

—Todo pasa por algo, mi amor. Tal vez mi viaje a París se suspendió para que lo hiciéramos juntos después del casamiento.

—Suena bien París. Yo estaba pensando en Nueva York.

Atención, pasajeros del vuelo 261 con destino a Texas, el embarque comenzará pronto por la puerta 14…

—Andá, no quiero que pierdas el vuelo. —Me dio besos muy ruidosos y, en tono bromista, agregó—: O capaz que un poquito sí quiero.

Acomodada en mi butaca del lado de la ventanilla, enseguida me puse a pensar en cuál sería mi estrategia cuando volviera a ver a Guido. No había respondido mi mensaje del día anterior, y no sabía qué había sido de su vida durante esa semana. ¿Seguiría enojado? El avión se ubicó en la pista y respiré profundo, lista para la aceleración previa al despegue.

Una escala y catorce horas después, aterricé en Texas. Uno de los eslóganes del lugar era *Keep Austin weird*. Por eso, después de acomodarme en el hotel, elegí como recorrido para mi único día libre ir a Cathedral of Junk o, en español, Catedral de la Basura, una enorme escultura hecha con sesenta toneladas de chatarra. Escuché a un guía comentando que se calculaba que allí había cien mil piezas de autos, bicicletas, televisores y juguetes. Hasta me pareció ver una cabina telefónica. Me resultó alucinante que se tratara de una obra en constante transformación, porque los visitantes retiraban objetos y agregaban nuevos. Hice mi aporte: dejé una llave vieja que tenía en mi llavero y me llevé un autito de juguete al que le puse Pechito. Sabía que a partir de ahora ese iba a ser mi talismán. ¿Un auto? ¿En serio, Vicky? ¿Podés dejar de ser tan obvia?

El momento más feliz de ese primer día fue mi reencuentro con Ana. Nos abrazamos en el *lobby* del hotel y me propuso ir a comer unas hamburguesas con papas fritas. Me di cuenta enseguida de cuánto la había extrañado. Se había vuelto mi único lugar firme entre tantas arenas movedizas, y la necesitaba más que nunca.

Le mostré mi anillo y, sin pelos en la lengua como era su estilo, me lanzó su veredicto:

—Quítate esa cosa. Puedes liarte con Tomás. Incluso puedes vivir con él. Ahora, ¿casarte? No veo la necesidad.

—Mi proyecto de vida es con él.

—¿Qué tiene de tan especial? —preguntó mientras hundía una papa frita en una pileta de kétchup.

—Me conoce como nadie. Nos entendemos con una mirada. Además es muy inteligente, brillante. Y está loco por mí y jamás va a abandonarme. ¿Hay algo más irresistible que un amor sin condiciones?

Masticó pensativa.

—Eso tiene fecha de caducidad. Te apuesto lo que quieras a que no te vas de aquí sin Brunelli.

El jueves llegué a la ronda de preguntas de la escudería Harris con una bola de nervios en el estómago. Un rato antes de salir, había visto que Guido me había respondido con un corazoncito en el mensaje de la foto. Quería tener un *look* casual, así que me vestí con un pantalón negro y una camisa de *jean* arremangada. Me até el pelo en una cola alta y me maquillé lo justo y necesario para parecer profesional y estupenda. Pero Guido no apareció. Joe Brown respondió las preguntas al director del equipo.

—¿A qué se debe la ausencia del *rookie*? —preguntó un corresponsal colombiano.

—Guido se encuentra en recuperación por un cuadro viral. Volverá mañana para las prácticas.

DRS activado

Al día siguiente, llegué al autódromo temprano y subí enseguida a la sala de prensa. En el camino, me crucé con Marianne, que me interceptó.

—Me ha comentado Guido que arreglaron una entrevista exclusiva de media hora.

La miré con desconfianza. ¿Cómo sabía Guido que yo ya estaba ahí? Era muy posible que se tratara de un error. Pero no iba a ser yo quien la corrigiera.

—Sí, por supuesto. ¿Dónde la hacemos?

—Aquí mismo, por la tarde. Te espera a las cinco en punto.

Aproveché el rato después de las prácticas para volver al hotel. Después de escribir uno de los artículos que tenía que enviarle a Dolores, empecé a prepararme para volver a la pista. Mientras elegía qué ponerme, intenté a pensar las preguntas para Guido. Una cosa eran tres minutos y otra muy distinta eran treinta. Me di cuenta de que estaba muy nerviosa. La última vez que había pasado tanto tiempo a solas con él, había sido en el vestuario de Singapur. ¿Cómo iba a hacer para mantenerme concentrada y no imaginarlo desnudo mientras él me contaba su estrategia de neumáticos para el domingo? Me retoqué el maquillaje y opté por un vestido corto y zapatillas.

Cuando llegué a la cita, vi la pista vacía por primera vez. Ángel me recibió y me hizo entrar. Al rato, llegó Guido. Estaba vestido con unas bermudas y una remera roja estampada. Cuando me vio, hizo una sonrisa un poco torpe y me di cuenta de que estaba nervioso. Caminó hacia mí con dos cascos en la mano.

—¿Sabés ponértelo o te ayudo? —preguntó.

—¿Qué es todo esto?

—Digamos que con ayuda de nuestro angelito de la guarda conseguí que nos presten un Harris deportivo para dar una vuelta.

Lo miré intentando no sonreír tan exageradamente y vi que Ángel desaparecía.

—¿Está permitido esto en plena competencia?

—Mejor no preguntes. Dale, subite. Quiero ver cómo corre por tus venas la sangre Hernández. ¿O tenés miedo? —me desafió dando la vuelta para subirse del lado del conductor.

Por supuesto que tenía miedo, pero no pensaba admitirlo.

—¿Nunca nada puede ser normal con vos?

—Para normales ya tenés uno —dijo mientras yo me acomodaba en mi asiento.

—Arrancá antes de que me arrepienta.

El paseo empezó despacio y de a poco Guido fue aumentando la velocidad. Miraba concentrado al frente, aunque yo me daba cuenta de que por el rabillo del ojo me espiaba. En una curva pronunciada, se me escapó un grito y, por reflejo, me sujeté fuerte de su brazo. Lo noté tan tranquilo que me permití cerrar por un instante los ojos y dejar que la velocidad me sacudiera el cuerpo. La sensación era increíble. Todo pasaba tan rápido que era como si nada se nos pegara, como si todo quedara atrás. Íbamos tan livianos que se sentía como volar.

Cuando detuvo el auto, respiré profundo y me quité el casco. Lo miré deslumbrada.

—Eso fue mágico —le dije.

—Me alegro mucho —respondió quitándose él también el casco.

—Pero… ¿y la entrevista? No pudimos charlar nada y cometí el error de avisarle a mi editora de esto. Me va a matar.

Reposó su cabeza en el respaldo del asiento y la giró hacia mí.

—Vamos a mi hotel y hacemos una nota rápida si querés —dijo mirándome la boca—. No quiero que te echen por mi culpa.

Tomamos un taxi y fuimos directo al bar del *lobby*. Atiné a pedirme un cóctel pero recordé que los pilotos no pueden tomar. Un café era más formal, aunque un poco deprimente para la situación, por lo que optamos por cervezas sin alcohol.

Apoyé el celular en la mesa, lista para poner a grabar, cuando vi llegar a la persona que menos esperaba encontrarme ahí: Pity, el actor al que había sacado del closet en mi primera nota como periodista de chimentos. Me costó reconocerlo con el pelo decolorado. Estaba muy acaramelado con un hombre que no era el director de aquella película. Se lo veía bien. Pero de pronto imaginé que quizás yo no era su persona favorita y me empecé a desesperar.

—Tenemos que escondernos —dije sin pensar.

—¿Qué pasa?

—¿Ves ese hombre que está en la recepción? —le indiqué con el dedo—. Estoy acá gracias a la nota con la que le arruiné la vida y ahora el karma me lo trajo a Texas. Si me ve, me va a matar.

Se paró disimuladamente y me tomó de la mano.

—Vení conmigo.

Justo cuando estábamos rodeando una de las mesas para dirigirnos al ascensor, Pity y yo hicimos contacto visual y vi el gesto endemoniado en sus ojos.

—¡Ay, no, me acaba de ver!

Guido me aferró más fuerte de la mano y empezamos a correr por los pasillos.

—¡Vení, vení! —indicó agitado, señalando una puerta.

Al entrar, nos percatamos de que nos habíamos metido en el cuartito de mantenimiento del hotel. La luz era una lamparita débil que apenas iluminaba.

—Supongo que podemos esperar un rato acá —dije recuperando el aire.

Recorrimos el espacio buscando algún lugar para sentarnos. Ninguno le soltaba la mano al otro.

—¿Tan polémica fue esa nota? —me preguntó curioseando una estantería con herramientas y productos de limpieza.

—Sí, no estuvo bien —respondí avergonzada. Giró hacia mí, su mano todavía aferrando la mía, y me miró con una sonrisa—. Pero ya aprendí mi lección… —agregué.

Y sin mediar palabras, me besó. Lo rodeé con los brazos y enredé los dedos en su pelo. Él me tomó de la cintura y me hizo retroceder hasta una mesa que estaba contra la pared. El vértigo de que pudieran descubrirnos aceleró mis latidos, pero no me detuve. Me tomó de la cola y, sin el menor esfuerzo, me levantó y me sentó sobre la mesa. La falda de mi vestido se subió un poco y dejó mis piernas al descubierto. Sus movimientos eran firmes y decididos. Me acarició los muslos mientras besaba mi cuello. Su perfume era infalible. Dejé escapar un gemido. Esa boca sabía muy bien lo que hacía.

Llevé las manos a su entrepierna, lo acaricié, estaba duro. Desabroché sus bermudas y lo toqué. Me miró.

—¿Seguimos? —me preguntó con la voz ronca.

No pude resistirme. Dije que sí.

Con un movimiento ágil, buscó la billetera que llevaba en el bolsillo trasero y sacó un preservativo. “Bastante fe se tenía este *rookie*”, pensé. Y a la vez, me pareció que ese gesto lo hacía aún más perfecto. Mientras él se lo ponía, me corrí la tanga. Cuando estuvo listo, lo abracé con las piernas, me miró y sentí que mi cuerpo era suyo. Empujó dentro mío despacio y me estremecí de placer. Me tapó la boca y gemí en la palma de su mano. Empezó a moverse lento pero seguro. Nuestros cuerpos encajaban a la perfección y a la vez todo era nuevo para mí. La combinación justa de intimidad y vértigo.

Me bajó los breteles del vestido para descubrir mis pechos y los besó. Miré hacia la puerta, rogando que nadie entrara, que nada nos interrumpiera. Mis jadeos se volvieron más intensos. Su respiración también se agitó. Presioné mi cuerpo contra el suyo y gemí en su cuello.

—Más rápido —le pedí. Sus movimientos se aceleraron y el orgasmo nos sacudió a los dos al mismo tiempo.

Cuando mi cuerpo se relajó, nos separamos. Se subió las bermudas mientras yo bajaba de la mesa y me acomodaba el vestido. Las piernas me temblaban y los labios me ardían. Lo miré un instante, su pelo revuelto, su mirada brillante, sus mejillas ruborizadas, y entendí que estaba en problemas. ¿Qué iba a ser de mí? Me pasaba algo muy fuerte con él y nada bueno podía salir de eso.

Me tomó la cara con las dos manos y nos volvimos a besar brevemente. Sin hablar, salimos de ese cuarto como si fuésemos dos desconocidos. Cada uno fue para su lado, aunque ambos sabíamos que eso no podía terminar ahí.

Bandera amarilla

Cande:
¿¿Cómo va todo en Austin?? Estás muy callada, Vicky…

Pau:
Iba a preguntar lo mismo. ¿Cómo te está yendo?

Sol:
Quiero que sepan que ya soy fan de la Fórmula 1.
Me organicé para ver la carrera del domingo con mi familia, jajajaja.

Yo:
Amigaaaaaas
Austin superbién, la verdad que una sorpresa inesperada.
Mucho trabajo, estoy entusiasmada.
Estoy a full, a full, a full.
¡Las mejores hamburguesas que probé en mi vidaaaaa!

No estaba lista para contarles lo que había pasado, así que llené mi respuesta de signos de admiración y comentarios eufóricos que las distrajeran. Eran mis amigas de toda la vida, pero las tres adoraban a Tomás y no quería que se dieran cuenta de lo que me estaba pasando. Mucho menos, que me juzgaran. Mientras pensaba qué más podría contarles que no me pusiera en evidencia, entró una llamada de Tomi. Un escalofrío subió por mi columna y tuve que respirar hondo un par de veces para animarme a responder.

—¡¡Tomi!! —grité falsamente extasiada.

—Vicky… Qué lindo escucharte.

—¡Sí, qué bueno!

Hubo un breve silencio que se sintió eterno.

—¿Y cómo va todo? —preguntó Tomás. Su voz era inexpresiva.

—¡Bien! Trabajando mucho. Por suerte fui aprendiendo bastante durante este tiempo. Ana, la periodista española que te conté, es divina y me ayuda un montón, estoy casi todo el tiempo con ella —hablaba acelerada, sin dejar espacios de silencio—. Menos mal porque me cuesta mucho

relacionarme con otras personas. La mayoría son hombres que me miran como si fuese una nena de excursión con el colegio. Pero bien, bien, bien, creo que si logro hacer algunas coberturas más puedo volver a hablar con Dolores para que cumpla su promesa de pasarme a Turi…

—Vicky, no estoy bien —me interrumpió de golpe—. Los días que estuviste acá pasaron muy rápido, no conectamos, te propuse casamiento y siento que estamos más lejos que nunca.

Largué una exhalación pesada.

—Tomás, no puedo tener esta conversación ahora. ¿No podés apoyarme? Este es mi trabajo. ¿Leíste algunas de las coberturas que hice aunque sea?

—No entiendo nada de automovilismo.

Fue la gota que rebalsó el vaso.

—¡¡¿Y te pensás que yo entiendo algo de macroeconomía?!! ¿¿Te pensás que me interesa la política fiscal de Nueva Zelanda?? —grité desaforada. Mis mejillas se calentaron y mi corazón se aceleró. Me quedé en silencio, jugando con el anillo en mi dedo anular, esperando que él dijera algo, que me gritara alguna cosa horrible que me permitiera seguir sacando todo eso que tenía acumulado en el pecho, pero no me dio el gusto. En cambio, recurrió a su respuesta habitual cuando discutíamos.

—Me parece que estás un poco nerviosa. Mejor hablamos en otro momento.

Y cortó.

250 km/h

El domingo, Ana y yo vimos el Gran Premio de Austin desde una ubicación VIP. Esta vez había sido Guido quien nos gestionó pases para la tribuna. Mi semblante no era el mejor. Había dormido muy mal, revisitando la discusión con Tomás e imaginando todas las cosas que me hubiera gustado decirle.

—Vamos, anímate —me dijo Ana cuando le conté lo que había pasado.

—Estoy enojada, es un soberbio y un egoísta. No puede ponerse contento por mí.

—¿Y no has pensado que quizás percibe algo?

No me animaba a considerar esa posibilidad. Y tampoco importaba. Lo que me molestaba de Tomás iba más allá de lo que yo hiciera o dejara de hacer. Obviamente, no ayudaba tener un romance clandestino con una de las personas más sexis del planeta. Pero tampoco iba a engañarme y pensar que todo entre Tomás y yo era color de rosas hasta que Guido llegó a mi vida. No era así.

Me costó mucho prestar atención a la carrera, y fue una pena porque Guido hizo un carrerón. Terminó en el puesto número 6, su mejor marca hasta la fecha. De regreso en la sala de prensa, pude ver en la pantalla el momento en que el director del equipo lo abrazaba y le palmeaba la espalda. Detrás de él, iba Joe Brown, el compañero de Guido, que no había podido sumar puntos esta vez.

Mientras terminaba de tomar algunas notas para la cobertura, sacando material de donde podía e inventando algunas cosas que en verdad no habían ocurrido, alguien me tomó del brazo. Era Marianne.

—Entrevista con Brunelli, tres minutos.

La miré desconcertada. ¿Él la había pedido? Agarré mis cosas y la seguí, ante la mirada protectora de Ana.

Guido me vio llegar y su cara se iluminó con una sonrisa radiante. Estaba más transpirado que nunca y cuando sentí su aroma tuve que contenerme para no insultar a todos los dioses por el caos emocional en el que se había convertido mi vida.

—Puesto 6. Felicitaciones —dije mientras encendía mi grabador, intentando parecer profesional.

—Vicky, apagá eso —dijo en voz baja sin quitarme los ojos de encima—. ¿Cómo estás?

Me encogí de hombros y apagué el grabador.

—Bien.

Giró la cabeza para asegurarse de que nadie nos oyera y, bajando la voz, agregó:

—Tenía muchas ganas de verte.

Me sonrojé y no pude reprimir la risa. Qué fácil que era para él.

—Estás loco —dije negando con la cabeza.

—Sí, por vos.

Miré hacia Marianne, que hablaba por teléfono en un rincón.

—Hablemos de la carrera mejor.

—La carrera, una locura. Pero escuchame: la semana que viene la tengo libre. Salgo en un vuelo privado a México hoy a la noche y quiero que te vengas conmigo. Serías una corresponsal exclusiva.

Abrí los ojos como si me estuviera proponiendo asaltar un banco y miré alrededor, a la espera de que entrara la policía y nos llevara presos a los dos. Por algún motivo, tapé con la mano derecha el anillo en mi mano izquierda.

—Guido, ¿qué es todo esto? —le dije por lo bajo.

—Me gustás.

—Sabés que estoy de novia —respondí, aunque en verdad me lo estaba recordando a mí misma.

—Si querés que lo terminemos acá, decímelo y no te molesto más.

Pensé en avisarle que estaba comprometida pero me detuve. Tomé aire mientras decidía qué responder y justo vi que Marianne empezaba a acercarse para terminar la entrevista.

—Te espero a las ocho en la puerta de mi hotel —agregó—. Si no venís, lo voy a entender y te prometo que te dejo en paz.

Me subí al taxi contrariada. Entendía que me estaba pasando algo soñado para cualquiera. Guido me gustaba mucho, pero a la vez, ¿qué sentido tenía? ¿Cuánto tiempo se puede sostener una fantasía imposible? Cuando la burbuja estallara y me tocara despertar, mi vida podía quedar totalmente destruida. O peor, seguir su curso como si nada hubiese pasado, mientras yo trataba de juntar los pedazos de mi corazón.

Fui a la habitación de Ana y la encontré armando las valijas.

—¿Ya te vas para México? —le pregunté.

—En un par de días —respondió doblando las remeras—. Antes me voy con Mr. Liam a Miami.

—¿No era casado? ¿Y precoz?

—Sí, pero conoce a todas las personas correctas, y me hace reír. ¿Tu vuelo a qué hora sale?

—De eso te quería hablar. Guido me invita a viajar a México con él. Hoy a la noche. Como “corresponsal exclusiva” —dije marcando las comillas en el aire—. No sé qué hacer.

Suspiró exageradamente.

—¡Qué decisión tan complicada, mujer! Viajar en un avión privado, follar cual conejos con un *sex symbol* y dormir en un hotel cinco estrellas. Me compadezco de ti.

Me mordí el labio. Le saqué el par de medias que estaba por guardar y se lo arrojé por la cabeza. Nos reímos.

—La vida es una. Si viniste aquí para preguntarme justamente a mí, es que ya sabes la respuesta —sentenció.

260 km/h

Nunca había estado en un avión privado. Las ventanas eran más grandes que las de los vuelos de línea y nos permitían acceder a una vista del cielo en HD. Los asientos, mullidos y espaciosos, eran giratorios.

Además de Guido y yo, a bordo estaban Joe Brown con su novia, el mismísimo John Harris, dueño de la escudería, junto a su segunda esposa y su hija, y Marianne. Pensé que la mánager me trataría mejor en ese contexto. Sin embargo, su antipatía empeoró. Solo sacaba los ojos de su *notebook* para dirigirme una mirada fulminante cuando notaba la química que había entre su representado y yo.

En un momento se acercó hacia nosotros y se dirigió a él con tono cortante:

—Guido, todavía no has subido el posteo de las gafas de sol —le reprochó—. Me están reclamando desde ayer.

—Uy, cierto —el piloto se puso colorado—. Se me re pasó. Te pido mil disculpas.

—Son tu principal *sponsor* y puedes perderlos por cosas como estas —dijo Marianne y me dio una mirada fugaz—. Te pido que dejes lo que sea que estás haciendo y subas la foto ahora, por favor.

—Sí, ya mismo la hago. ¿Qué iba en el texto? —Guido se puso de pie y empezó a tocar cosas en la pantalla de su celular.

—"Solo por esta semana, con la compra de un par de anteojos, te llevás un estuche de regalo" —le recordó
Marianne—. Acuérdate de los *hashtags*. #SemanaDelSol, #MisOjosProtegidos. Y los emojis de siempre: carita con gafas, sol, auto de carreras.

Por suerte Guido tenía con él los lentes. Buscamos una linda pared dentro del avión y lo ayudé con las fotos. Era tan bueno con las poses como lo era al volante. Igual, con esa cara, era imposible que saliera mal. Minutos después de hacer el posteo, ya tenía una lluvia de *likes*. Temí que le explotara el celular con tantas notificaciones.

Por supuesto que durante el viaje nos cuidamos de no demostrar demasiada confianza. Notamos que las cosas con Marianne estaban un poco tensas así que aproveché el resto del vuelo para puntear los artículos que tenía que entregar esa semana, mientras disfrutaba del café, el jugo y la bandeja con quesos, aceitunas, frutos secos y otros manjares que nos sirvieron.

El aterrizaje me resultó más movido de lo que acostumbraba, pero Guido me agarró la mano y

me hizo sentir segura. Una vez en tierra firme, nos pasó a buscar un auto que nos llevó a un hotel boutique, ubicado en San Ángel, un barrio mágico de Ciudad de México. Sus calles adoquinadas albergaban mansiones coloniales cubiertas de buganvillas. Era como un viaje en el tiempo.

Dejamos las cosas y nos fuimos a almorzar solos al restaurante antiguo San Ángel Inn.

—Podrías haber venido acá con cualquiera, ¿por qué yo? —le pregunté a Guido cuando nos sirvieron la comida. Habíamos pedido como entrada el consomé de tomate, que servían con tiras de tortilla tostada, palta y sesos. Él revolvió su sopa azteca mientras meditaba la respuesta. Tomó aire y me miró. Nunca lo había visto tan serio.

—Cuando me mirás a los ojos, me pasa algo que no puedo explicar. Siento que me ves realmente. —Se encogió de hombros—. Nunca sentí que estuvieras intentando seducirme o caerme bien. Y lo que pasa cuando estamos juntos… es explosivo. —Se lamió los labios y bajé la mirada a mi plato. Hubo un breve silencio—. Perdón, no te quiero complicar la vida.

Lo miré y me pregunté hacía cuánto tiempo no aparecían esas cosquillas en mi panza. Lo que había empezado como una fantasía absurda parecía estar convirtiéndose en algo cada vez más real. Calibré el nivel de sinceridad del que era capaz en ese momento y traté de dar una respuesta honesta que, sin embargo, no me terminara de lanzar por el precipicio.

—No te preocupes. Me la estoy complicando yo sola.

Terminamos la comida contándonos nuestras vidas en las cosas más pequeñas, como si todo lo demás pudiera quedar a un costado. Hablamos de las mascotas que habíamos tenido, de las mejores vacaciones de nuestra niñez, del regalo más hermoso que le habíamos hecho alguna vez a alguien.

Por la tarde, le propuse ir a la Casa Estudio de Frida Kahlo y Diego Rivera, dos de los artistas plásticos más importantes del siglo XX. La construcción consistía en dos bloques: uno azul, perteneciente a Frida, y otro rojo, de Diego. Ambos estaban conectados por un puente, que representaba el lazo que los unía.

—Qué raro que no quisieran vivir juntos —comentó Guido.

—Tenían una pareja abierta. También bastante tormentosa. No podían estar juntos, tampoco separados. De hecho, se divorciaron en enero de 1940, pero volvieron a casarse en diciembre de ese mismo año. Y cuando ella murió, él escribió: “Lo más maravilloso que me ha pasado en mi vida ha sido mi amor por Frida”.

—El puente sería la conexión entre ellos —dijo él. Miró alrededor para asegurarse de que no hubiera ningún fotógrafo indiscreto dispuesto a arruinarnos la vida con una foto en primera plana y rozó suavemente mi mano.

Me ruboricé y reprimí una sonrisa. Nos miramos, me mordí el labio.

—¿Volvemos al hotel? —le pregunté.

Entramos al *lobby* a paso acelerado. Apenas se cerraron las puertas automáticas del ascensor, Guido me arrinconó contra la pared y me besó con ansias. Saboreé su lengua temblando de anticipación. Ni bien cruzamos la puerta de la habitación, me sacó el top y lo tiró por el aire. Me alzó y fuimos hasta la cama. Me desabrochó el pantalón y lo deslizó por mis piernas. Besó la cara interna de mis muslos mientras yo acariciaba su pelo. Se incorporó, se quitó la remera, se desabrochó el pantalón. Se recostó arriba mío y me aferré a su espalda. Me besó el cuello y fue bajando. Me miró fijo y me quitó la ropa interior. Su cara se hundió entre mis piernas y cuando empezó a besarme en la zona más sensible, sentí que mi cabeza iba a explotar. Comencé a jadear. Me sostuvo con fuerza desde las cadenas y me aferré al respaldo de la cama. Cerré los ojos y me dejé llevar. Con él, por más que intentara mantener las cosas bajo control, no había caso. Su piel era adictiva, su perfume era embriagador y sabía exactamente qué puntos tocar para volverme loca.

—¿Te gusta? —me preguntó con una sonrisa juguetona. Y grité de placer en respuesta.

Cuando terminé, Guido se acostó al lado mío y me acarició el pelo mientras mi respiración se aquietaba.

—Eso fue increíble —le dije todavía agitada.

Se levantó y fue en busca de un vaso de agua. Volvió dando pequeños sorbos. Lo observé. El torso definido, los brazos torneados, los abdominales marcados, el cierre del pantalón bajo, que dejaba ver el bóxer negro. Era un dios griego. Lo devoré con los ojos y me incorporé en la cama. Me puse de rodillas y estiré mi mano hacia él. Se acercó despacio, apoyó el vaso en la mesita de luz, se quedó de pie enfrente mío, me miró a los ojos. Empecé a empujar de su pantalón para quitárselo.

—Ahora me toca a mí —susurré.

270 km/h

A la mañana siguiente, me despertó el sonido del celular vibrando. Me levanté tratando de no despertar a Guido, y busqué en la cartera. Cuando di con el aparato, me estaba entrando una llamada de Tomás. Pensé en ignorarlo, pero en un gesto impulsivo, agravado por el peso de la culpa, atendí y me encerré en el baño.

—Hola.

—Hola, Vicky.

—¿Cómo estás? —pregunté abriendo la pequeña ventana para que entrara un poco de aire.

—Como puedo… ¿Vos?

Miré fijo hacia el parque que había enfrente del hotel. Era un día soleado y las copas de los árboles se mecían con una brisa calma. Me acerqué al espejo y busqué en mi neceser un broche para el pelo. Brillando en el fondo, vi el anillo que me había quitado antes de viajar.

—Disculpá lo del otro día —dije.

—Está bien, quizás yo no elegí el mejor momento para hacerte un planteo.

—Es difícil desde acá.

—Sí, obvio. No te preocupes. Hacé lo que tengas que hacer. Cuando estés en casa vamos a poder hablar bien.

No supe qué responder. Los ojos se me llenaron de lágrimas pero me propuse no llorar.

—¿Sabés qué? —agregó—. Encontré las macetas cuadradas que te gustaban, las que querías para el balcón. Ahora te mando las fotos. Quedaron muy lindas. Tenías razón.

Su voz sonaba tan llena de ilusión que me sentí la peor persona del universo. Sin embargo, cuando volví a la habitación, después de cortar la llamada, encontré a Guido todavía dormido, envuelto en las sábanas, y no tuve dudas de que estaba donde quería estar.

Después de desayunar, le propuse un trato: yo elegiría el itinerario para el día y Guido el de la noche. Pero me respondió que ya tenía algo pensado. Había alquilado un auto descapotable y quería que nos fuéramos a un pueblito costero que quedaba a 200 kilómetros. Nadie iba a conocerlo ahí y podíamos pasear tranquilos, sin miedo de que los *paparazzis* nos molestaran.

Viajamos escuchando música y me contó su mejor chiste de automovilismo, que era bastante

malo.

—¿Por qué los coches de Fórmula 1 nunca tienen frío?

—¿Por qué? —pregunté ya tentada de risa.

—Porque siempre llevan mantas de neumáticos.

—¡Es pésimo! —dije entre carcajadas.

—Bueno, los chistes no son mi fuerte, algún punto débil tenía que tener —respondió sonriendo con picardía.

Cuando llegamos a nuestro destino, nos sentamos a almorzar en un restaurante típico.

Comimos pollo al chocolate y tomamos limonadas.

—Antes de irme de Italia, fui a visitar a Alessio Ferraresi —me dijo de pronto.

—¿Viste que existía? Soy mentirosa, pero no tanto —bromeé.

—Sí, es muy simpático. —Me entregó una bolsa mientras hablaba.

—¿Qué es esto?

—Tu perfume personalizado.

Me quedé sin aliento.

—*Innamorata* —murmuré al abrirlo—. ¿Por qué lo encargaste si no sabías si íbamos a volver a vernos?

Lo probé, era delicioso. Las notas de rosas rojas eran sedosas y envolventes. Me traían esa alegría que llega con el comienzo de la primavera. La pimienta rosa le daba un toque misterioso y de mayor profundidad. Finalmente, el ylang-ylang completaba la experiencia, dándole una frescura silvestre y delicada.

—Estaba convencido de que, tarde o temprano, iba a pasar. Y si no, en el peor de los casos, tenía conmigo tu esencia.

—O se lo regalabas a otra periodista —bromeé.

Después de comer, decidimos dar una vuelta por una feria que vendía artesanías típicas mexicanas.

—Me gustaría hacerte un regalo yo ahora —le dije de pronto.

—No necesito ningún objeto para acordarme de este viaje —me respondió y rozó disimuladamente mi mano.

Repasé en mi mente todo lo que habíamos visto: tejidos, carteras, sombreros, distintos adornos hechos en cerámica…

—¿Viste las pulseritas rojas que tenían en el segundo puesto? No sé si son lo más lindo que venden, pero me gustaría regalarte una, y tener una yo también.

Me miró con un gesto que no me animé a descifrar.

—Me encanta.

Con esa impunidad que nos daba estar tan lejos de todo, fuimos a buscar las pulseritas y cada uno se la ató al otro en la muñeca, pidiendo un deseo secreto.

Tomamos un café en un local con mesitas en la calle y cuando el sol empezó a caer, subimos al auto y fuimos hasta la playa. La poca gente que había ya estaba empezando a juntar sus cosas para irse. Nos sentamos en el asiento trasero del auto, con el cielo encima de nuestras cabezas, y miramos juntos el atardecer. No hacía nada de frío y las olas eran pequeñas y delicadas.

—¿No te da miedo? —pregunté de pronto.

—¿Qué cosa?

—Tener un accidente, lastimarte.

—En el momento no podés pensar en eso. La adrenalina es demasiada. Y además, cuando las cosas salen bien, la sensación es hermosa. Como si fueras uno con el auto.

—¿Tenés alguna cábala?

Pensó un instante, entrelazando sus dedos con los míos.

—No, no tengo cábalas, solo hay algunas cosas que me gusta hacer antes de las carreras. Tengo una *playlist* que me armó un amigo, que me relaja, y la escucho haciendo unas respiraciones profundas. Pero no mucho más.

—Yo sí tengo una cábala para que te vaya bien. —Busqué en mi cartera y le mostré el autito que había tomado de la Catedral de la Basura—. Se llama Pechito y tiene una energía muy especial.

—Es muy tierno —respondió mientras agarraba el juguete y lo hacía avanzar por el respaldo del asiento delantero.

—Lo tengo siempre conmigo en las carreras. Te va a dar suerte.

Me miró y su perfil brilló con la luz de la luna. Buscó mis labios. Nuestros besos eran cada vez más perfectos, nuestras bocas ya se conocían muy bien. El sol había caído y notamos que no había quedado nadie alrededor. Las luces del pueblo se veían a lo lejos.

—Sos tan linda —me dijo acariciándome la cintura por debajo de la remera.

Lo toqué por arriba del pantalón y crucé mi pierna arriba de la suya. Bajó la mano hasta mi muslo y levantó un poco mi pollera. Abrí las piernas y lo invité a tocarme. Cuando notó lo húmeda que estaba, la cara se le transformó. Me besó el cuello mientras me tocaba cada vez más profundo. Gemí su nombre y dejé caer la cabeza hacia atrás. Escuché que su respiración se agitaba. Me incorporé y me senté arriba de él. Estaba tan excitada que no podía pensar. Desabroché su pantalón mirándolo a los ojos. Nunca había tenido sexo en un auto, y hacerlo con él era perfecto, sabía aprovechar cada uno de los espacios. Lo besé otra vez. Buscó el preservativo. Se lo puso mientras yo vigilaba que no viniera nadie. Me subió y me bajó sobre él con la fuerza de sus brazos musculosos, sin dejar de mirarme a los ojos ni por un segundo. Cuando estuvo adentro mío, tuvo que ahogar un grito de placer en mi pecho. Acompañó mis movimientos con gemidos suaves. Había entre nosotros una intimidad que no había logrado con nadie nunca, una conexión inexplicable y más fuerte que cualquier cosa que hubiera sentido con otras personas.

No tardé mucho en reconocer el cosquilleo previo al orgasmo y lo abracé fuerte para hacer más intenso el contacto.

—Te siento increíble —me dijo y fue todo lo que necesitaba.

Un temblor me erizó la piel, una ola de placer me recorrió desde los pies hasta la cabeza. Apenas terminé, terminó él también, como si hubiese estado esperándome. Me relajé en sus brazos y respiramos acompasados hasta que nuestros latidos parecieron sincronizarse. Me sentía flotar.

Una bocina lejana nos sacó de nuestro trance y contra mi voluntad volví a la realidad. Me acomodé la ropa. En un movimiento reflejo, Guido miró su celular. Su mirada cambió. Frunció el ceño. Tenía veinte llamadas perdidas de Marianne.

—Disculpame, ahí vengo.

Salió del auto y se alejó unos metros con el teléfono al oído. Lo escuché intentando decir algo, aunque enseguida era interrumpido por ella, que al parecer no paraba de hablar. Me hizo una seña y se alejó un poco más, cabizbajo. Lo vi hacer algunos gestos con las manos y mirarme brevemente antes de cortar la llamada.

—¿Qué pasó? —le pregunté cuando volvió.

—Nada, todo bien, pero tengo que volver. —Y se sentó en el asiento del conductor.

Bandera roja

Cuando me quise dar cuenta, volvió la rutina de los entrenamientos previos a la carrera. A Guido lo esperaban varias horas dentro de simuladores para prepararse para el circuito de México. También debía retomar su rutina de resistencia por la mañana, que incluía trotes y bicicleta, y fortalecimiento en el gimnasio por la tarde. Yo, por mi lado, me reencontré con Ana y tuve que contarle con lujo de detalles todo lo que había pasado durante mi luna de miel ilícita. Pero con la que realmente necesitaba hablar era con Pau. Era parte de mi grupo de amigas, y era la única a la que me animaba a confesarle lo que estaba pasando.

La llamé por teléfono.

—¡Vicky, qué sorpresa!

—Pau, ¿cómo estás? ¿Podés hablar ahora?

—Sí, claro, justo terminé de corregir unos exámenes. ¿Cómo estás? ¿Qué tal México?

—Bien, demasiado bien…

Se hizo un silencio y supe que no tenía que decir mucho más.

—¿En qué andás, nena?

Le conté todo. El primer beso en el auto, las caricias en el vestuario, el sexo en el cuartito de mantenimiento, el sexo en el hotel, el sexo, el sexo, el sexo. Y en especial lo que había en el medio del sexo, que era la sensación de que me estaba enamorando cada vez más y que él también sentía cosas por mí y que de pronto la vida que había creído tan organizada y prometedora se estaba desmoronando ante mis ojos.

—Vicky, voy a hablar como tu amiga y te voy a decir, de corazón, que lo que estás haciendo es una locura.

Me senté en la cama de la habitación, sin saber si estaba lista para escuchar lo que se venía. Hasta ese momento solo había encontrado apoyo. Ana me alentaba a que viviera el momento, Guido me pedía más y más, y yo solo podía pensar en cuándo iba a ser la próxima vez que lo viera. Y ahora, la voz de la racionalidad, la amiga responsable y sensata, me recordaba que las cosas no eran tan fáciles como yo me empecinaba en creer.

—Te juro que no es tan fácil —le dije en un intento por ponerla de mi lado.

—Lo sé. Por eso pensá muy bien lo que vas a hacer. Yo voy a apoyarte en lo que decidas. Pero no se puede jugar así con las personas —dijo para terminar. Y nos despedimos con un saludo frío.

—*Se apagó el semáforo, se larga en México* —escuché la voz del relator—. *No arrancó bien Müller. Nagourney va con buen ritmo. Johnson quiere meterse por el medio, a ver si puede. Leroy por afuera. ¡Atención! Se tocaron Leroy y Müller en la primera curva. Increíble.*

La pantalla de la sala de periodistas del Autódromo Hermanos Rodríguez mostró el roce de neumáticos entre el Elysium y el MacKenzie. Me aferré a mi cuaderno siguiendo la posición de Guido, que había largado en el puesto 13.

—*Vuelta 11, acá viene el ataque de Brown, consigue superar a Klein y queda séptimo…*

En la tabla el nombre de Guido bajó al puesto 14 y se me retorció el estómago. El relato de la carrera me llegaba en frases sueltas. Me costaba concentrarme.

—*Se lo ve un poco distraído a Brunelli, perdió tres posiciones desde su puesto de largada. Vemos que intenta pasar a Davis, parecía que lo pasaba, pero movió mal, por poco no se chocan. Eso es lo que no tienen que hacer los pilotos. El auto de Brunelli patina en la pista.*

"Dale, Guido, vos podés", pensé.

—*Tremendo lo de Moretti. Está usando bien esos neumáticos duros…*

El rumor de las voces en la sala de periodistas me aturdía. Ana me hizo algunos comentarios por lo bajo que no pude retener ni responder. Estaba como anestesiada. Me levanté para tomar algo y cuando volví, Guido estaba en el puesto 15. Revoleé los ojos. ¿Qué estaba pasando? De pronto, me sentí responsable. Quizás nos habíamos relajado demasiado la semana anterior. Él se había tomado la vuelta a los entrenamientos con mucha responsabilidad, pero verlo manejar así me preocupó.

—*Bandera a cuadros, señores, ganó Johnson. Moretti segundo. 1 y 2 para Black Blood. Müller tercero. Ese MacKenzie aguantó bastante y no fue el mejor ritmo de carrera, pero llegó al podio.*

Confirmé en la tabla que Guido había terminado en el puesto 18. Sabía que estaría furioso consigo mismo tras la derrota. Di vueltas por la sala, pensando qué decirle cuando hablara con él, pero mis cálculos mentales fueron interrumpidos por Marianne, que me tomó del brazo.

—Tenemos que hablar —me dijo cortante, y me sacó al pasillo—. Hemos revocado tu acreditación para la Fórmula 1. Tu jefa ya está al tanto. Van a mandar a Alejandro Pérez a reemplazarte.

—¿Qué? No entiendo.

—Ya lo creo que no entiendes. Si no, no te comportarías como una adolescente en plena efervescencia hormonal. Guido es un deportista de elite. Su semana de descanso era para recuperarse. Las marcas no gastan millones de dólares en él para financiarle las vacaciones con su noviecita de turno. Él debería haber estado concentrando, no revolcándose contigo. Su pésimo

rendimiento de hoy es exclusivamente culpa tuya.

Me quedé helada.

—Guido es un adulto y toma sus propias decisiones —dije con la voz trabada.

Ella lanzó una risita sobradora.

—Por favor, no seas ridícula. Esto no es un chiste.

—Yo a Guido lo quiero de verdad.

Miró su celular apurada por pasar a lo siguiente en su lista de pendientes.

—Un gusto conocerte, Victoria. Olvídate de él. Te invito a retirarte por las buenas.

Marianne me dejó sola en el pasillo y se fue.

Pasé a recoger mis cosas por el hotel y en mi *mail* encontré el *boarding pass* de mi vuelta con un mensaje de Dolores que decía: "No te preocupes, lo tenemos cubierto, nos vemos en la oficina". Me fui directo al Aeropuerto Internacional Benito Juárez. Tenía bronca y dolor, por supuesto, pero en el fondo también temía que Marianne tuviera razón. Guido y yo íbamos directo a chocarnos contra un paredón. Yo estaba a punto de casarme y Guido tenía toda una carrera por delante que no iba a poner en riesgo por mí.

Cuando pasé migraciones, me senté en un asiento de cara al gran ventanal que mostraba la pista. Los aviones despegaban y aterrizaban mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas.

Jugué con mi pulserita roja pensando en él. Era la persona más increíble y luminosa que había conocido en mi vida. ¿Cómo era posible que algo tan mágico se terminara así? Miré mi celular, pensando en mandarle un mensaje de despedida. Tipeé "Gracias" y lo borré. Tipeé "Suerte" y lo borré. Tipeé "Fue hermoso" y lo borré. ¿Qué iba a decirle? Todo sonaba artificial y estúpido. Respiré hondo e hice lo que correspondía: lo eliminé de mis contactos y lo bloqueé. Después, tiré de la pulserita hasta quitármela.

Pérdida de agarre

No quería que el avión aterrizara nunca. ¿Cuánto tiempo podría sobrevivir así, suspendida en el aire, volando de ciudad en ciudad sin bajar en ningún lado? Ese último mes había sido como vivir en las nubes, y de pronto la idea de volver a poner los pies en la tierra, con todo lo que eso significaba, se sentía como una caída brutal.

Me dediqué el viaje entero a mirar películas románticas y, por supuesto, llorar. *Nothing Hill*, *Sintonía de amor* y una donde Jennifer Aniston hace de mucama y se roba las cremas de sus patronas para ponérselas en los pies. Esa me sacó una breve risita en medio del mar de lágrimas. Por eso me gustaba tanto mirar películas, porque me permitían salir de mis propias miserias y tener un respiro.

Hubiese seguido así, maratoneando películas todo el fin de semana con un pote de helado en una mano y la caja de pañuelos en la otra, pero no iba a ser posible. Ahora convivía con Tomás y se suponía que tenía una vida feliz por delante.

Por suerte, en el horario de mi llegada él estaba trabajando y no pudo pasar a buscarme por el aeropuerto. Me pedí un taxi y, como corresponde a toda persona con cargo de consciencia, después de desarmar la valija me puse a preparar nuestro reencuentro. Si la vida me había puesto en ese lugar y mis decisiones confirmaban que ahí era donde tenía que estar, iba a darlo todo porque funcionara.

Encargué hamburguesas a nuestro lugar favorito y saqué la mesa para comer en el balcón. Prendí velas y puse jazz para ambientar. Me bañé, me puse mi vestido negro favorito y me maquillé un poco. Al regresar a casa, mi novio revoleó el abrigo sobre el sillón y corrió a abrazarme.

—¡Se me hizo eterna la espera! —Me apartó y se quedó contemplándome con los ojos brillantes—. Te queda hermoso ese bronceado, estás hecha un fuego.

—Vos también estás cambiado. Te cortaste el pelo —respondí acariciando el contorno de su cara con una sonrisa.

—Siempre me pedías que me hiciera un peinado más moderno porque parecía un abuelo.

—Me gusta. Estás parecido a Leo Vega —dije mientras me alejaba hacia la habitación en busca de los regalos que le había traído—. Me olvidé de contarte que lo conocí en una fiesta. Estaba muy pasado.

—Por favor no se lo menciones a mamá, que es su amor imposible.

Volví junto a él y le di las bolsas. Le había traído una remera de su marca favorita, chocolates del *free shop*, una cadena de plata que le había comprado en una feria y un tequila para compartir.

—Vamos a estrenarlo —me propuso.

Llenó dos *shots* mientras yo cortaba unas rodajitas de limón e hicimos fondo blanco. Me alegré de que con él sí se pudiera beber. Un trago era justo lo que necesitaba después de tantas semanas de limonada. Fue como si mi cabeza se reseteara. El recuerdo de Guido, con su cara hermosa y su mirada resplandeciente, sus brazos torneados y su espalda fuerte, empezó a disolverse en el aire.

Tomi me llevó al sillón y empezó a besarme. No paraba de sonreír y por un momento supliqué que su amor fuese suficiente para cobijarnos a ambos. Quería estar presente ahí con él, pero tenía miedo de que la desinhibición del tequila me delatara.

—Olés delicioso —dijo hundiendo su nariz y su boca en la cavidad de mi cuello. Empezó a besarme y deslizó su mano hasta mi espalda para bajar el cierre de mi vestido.

—¿No vamos a cenar? —pregunté un poco inquieta.

—¿Perfume nuevo? —preguntó él muy compenetrado en su tarea de desnudarme.

—Sí, *Innamorata* se llama —tartamudeé mientras intentaba zafarme disimuladamente. ¿En qué estaba pensando cuando decidí ponerme el perfume que me había regalado Guido?—. Es italiano.

—Qué refinada se está volviendo mi novia. No sé si podremos seguir compartiendo hamburguesas por mucho tiempo más si seguís así.

—Ya no cubro más Fórmula 1. —Me senté arriba de él para desviar la atención y cambiar de tema—. Se terminó. Soy libre.

Empecé a besarle el cuello.

—Qué pena, ya casi me estaban dando ganas de empezar a mirar las carreras —replicó mientras disfrutaba de mis besos—. Igual siempre te dicen lo mismo y, a último momento, AeroEuropa termina liberando los pasajes para que vayas de nuevo.

—Esta vez es definitivo —lo miré a los ojos—. Le pedí a Dolores que me dejara acá, que quiero enfocarme en los preparativos de nuestro casamiento.

Sonrió complacido.

—Mi mujer —dijo acariciándome el pelo y de pronto sentí un mareo.

Me deslicé para bajar de encima de él. Me recosté en el sillón con la cabeza apoyada en el respaldo.

—¿Estás bien?

—Sí, debe ser el cóctel de *jet lag* y tequila. Mejor me voy a acostar. ¿No te molesta?

Lo miré de reojo.

—¿No vas a cenar?

—No tengo hambre. Comé vos.

Me miró con desilusión.

—Está bien, andá a descansar. Mañana seguro te sentís mejor. —Se estiró para darme un beso en la frente y de paso agarró el control remoto de la televisión.

A la mañana siguiente, me levanté muy temprano y salí a correr. Necesitaba volver a respirar el aire de mi ciudad, reconectar con mi lugar en el mundo. Correr se había vuelto mi descarga cada vez que regresaba. Hice los mismos cinco kilómetros que antes de irme, pero me costaron mucho más. No era solo el cansancio, sino también la pesadez de las preguntas sin respuesta que sobrevolaban mi mente. Cuando terminé, quise sacarme una selfi transpirada para mandarles a las chicas y me entró una llamada desde un número desconocido.

—¿Hola?

—…

Nadie respondió del otro lado. No fue necesario. Su respiración me alcanzaba para reconocerlo. Empecé a temblar. El mundo dejó de girar.

—¿Guido?

—Sí —admitió de repente—. Me siento un imbécil llamándote después de que desapareciste y me bloqueaste de todos lados, pero necesitaba escuchar de tu boca que te aburriste de mí.

Miré alrededor, como si fuera una fugitiva.

—Es imposible aburrirse de vos, Guido.

—¿Entonces?

Respiré hondo, intentando que las lágrimas no inundaran mis ojos.

—Lo nuestro es imposible. Cuando estás conmigo, te va mal en las carreras, te olvidás de tus compromisos, tu mánager me detesta. No puede funcionar. Tenés que concentrarte en tu trabajo, eso es lo más importante ahora.

—Eso es problema mío —sonaba molesto y triste.

—Guido, estoy comprometida, me voy a casar —dije de pronto.

Se hizo un silencio largo. Por un momento, pensé que la conversación se había cortado.

—Okey, no voy a intentar convencerte de nada. No te quiero molestar. Solo quiero decirte que nuestros momentos juntos me hicieron sentir cosas que no había sentido nunca. —Noté que se le había quebrado la voz—. Mi corazón late muy fuerte cuando estás cerca. Quería que lo sepas. Te mando un beso grande y te deseo lo mejor, Victoria —dijo y cortó.

Me tapé la cara con una mano y sentí cómo las lágrimas llenaban mis ojos. Busqué un banco en el parque para sentarme, mientras volvía a asegurarme de que no hubiera nadie conocido que pudiera verme, y me deshice en llanto. Todas mis convicciones se habían hecho pedazos apenas

escuché su voz. Me puse de pie y empecé a caminar sin rumbo, hasta que encontré un Starbucks. Me metí al baño para lavarme la cara y poder volver a casa en condiciones. Las otras chicas que estaban ahí me miraron preocupadas. Saqué mi celular y desbloqueé a Guido. Sabía que ya no volvería a escribirme pero tenía vergüenza de mí misma por haber tenido una actitud tan cruel y tan infantil.

Después, busqué el contacto de Pau y le mandé un audio:

—Amiga, no estoy bien, me llamó Guido, no sé qué hacer —empecé a llorar—. ¿Me ayudás?

Al oír mi voz desgarrada, Pau me dijo que iba a faltar al posgrado y que podíamos almorzar juntas. Pasé por casa a cambiarme y nos encontramos en uno de nuestros lugares habituales. Cuando me vio llegar, se puso de pie para abrazarme fuerte. Yo estaba hecha pedazos. Le conté cómo se había desencadenado todo en México, el enojo de Marianne, mi huida humillante, el vuelo del horror, Tomás, Guido… Ella escuchó atenta y, cuando terminé, pensó unos segundos, tomó aire y me dio su veredicto.

—Tomás es real. Brunelli, una fantasía. Para vos fue especial porque no solés ir a hoteles cinco estrellas, codearte con celebridades, viajar en jet privado ni comer en restaurantes Michelin. Sin embargo, para Guido esa es su vida cotidiana. Lo que hizo con vos, lo podría haber hecho con cualquiera. Perdón, Vicky, no te quiero tirar mala onda, pero creo que es bastante evidente que estar con él no es una opción real.

Sentí que se me revolvía el estómago. Sabía que Pau me lo decía por mi bien, y sin embargo algo adentro mío me gritaba que esa no era la verdad, que lo nuestro no era una fantasía.

—Es que compartimos un montón de momentos muy íntimos. Guido se abrió conmigo, me contó cosas muy personales, te juro que llegamos a conocernos muy profundamente —le dije como si estuviera suplicándole que me diera una esperanza.

—Por supuesto que le gustás. De hecho, es lógico que así sea. El chico que tiene a todas las mujeres detrás de él, ¿con quién se va a enganchar? Con la que se la hace difícil, que lo rechaza, que es más grande y tiene novio. El problema es cuánto le va a durar esa fascinación una vez que te tenga. Lo de Tomás es otra cosa, es un proyecto, es hasta que la muerte los separe. Con Guido es hasta que se saque las ganas.

Bebí un sorbo grande de agua mirando a la nada. Buscaba evitar cruzar miradas con Pau y que se evidenciara la tristeza en mis ojos rojos. Ella me agarró las manos a través de la mesa.

—Tenés un novio lindo, inteligente y que te ama. Se acaban de mudar y van a casarse. Tenés un trabajo en el que estás creciendo. ¿Vas a tirar todo por la borda por una persona que apenas conocés? Hacer un llamado no lo convierte en héroe.

No pude ganarles a las lágrimas.

—¿Y cómo hago para olvidarlo? —le pregunté desolada.

—Volvé a conectar con lo que te hizo volverte de México y con lo que te enamoró de Tomás. El resto es tiempo.

Sabía que Pau tenía razón. No podía tirar mi vida por la borda por una aventura, por más excitante que fuera ir a 300 kilómetros por hora. ¿Pero cómo era posible que me doliera tanto admitirlo?

Despiste

Era sábado y con Tomi aprovechamos para dormir hasta tarde. Preparamos un *brunch* para comerlo viendo una película. Me tocaba elegir a mí y propuse ver *Punto de inflexión*. La protagonista es una joven que trabaja en una multinacional. Es ambiciosa y hace horas extras hasta los fines de semana. El ambiente laboral es competitivo y está dispuesta a todo para ascender. Si bien su vida es lo que la sociedad catalogaría como exitosa, no es feliz. Siente un vacío existencial. Un día, decide emprender un viaje de ayahuasca. Ahí tiene una revelación y se da cuenta de que su lugar está en medio de la naturaleza. Abandona la gran ciudad y se integra a una comunidad que vive en medio del bosque. Kai, el maestro de meditación del grupo, será su guía espiritual. Sus almas, que se conocen de otras vidas, se enamorarán al reencontrarse.

—Qué película de mierda —sentenció Tomás cuando los créditos aparecieron en la pantalla—. ¿Qué le pasó a tu buen gusto durante el viaje? —Se levantó de la cama y agarró la bandeja con los restos del *brunch*.

—A mí me gustó —me defendí encogiéndome de hombros mientras apagaba la televisión.

—¿Qué te gustó exactamente? Es una historia completamente absurda e inverosímil —dijo caminando hacia la cocina.

Me puse de pie y lo seguí.

—Me parece que te deja el mensaje de que no hay una sola forma de vivir. Que uno tiene el derecho de cuestionar sus propias elecciones en cualquier momento y, si lo considera necesario, dar un volantazo.

—¿A vos te parece que esa chica tan linda y limpia podría enamorarse de Kai? —dijo mientras abría la canilla para lavar los platos—. El viejo tiene el pelo más largo que ella, la barba de Papá Noel y usa tantos collares de madera que no entiendo cómo no se cae para adelante. Quiero ver cuánto duran juntos.

—¿Una chica “linda y limpia”? ¿Qué quiere decir eso?

Nuestro tono de voz iba elevándose de a poco. Nos encantaba hablar de cine, siempre había sido algo que compartíamos. Pero su gesto me hizo sospechar que la discusión iba un poco más allá de la película.

—Ya entendés lo que quiero decir, no es creíble.

—A mí me pareció entretenida. Igual quedate tranquilo que la próxima elegís vos. No nos vamos a pelear por esto.

—Yo no estoy peleando.

Nos miramos un instante en silencio. Tomi cerró la canilla y se secó las manos sin decir nada. Me desperecé haciendo unos ruidos exagerados, como queriendo dar por terminada la conversación. Necesitaba un poco de aire fresco porque el de adentro se cortaba solo y estaba irrespirable.

—Me voy a correr.

Me metí en el cuarto para cambiarme. Cuando estaba terminando de ajustarme el pelo en una cola alta, Tomás entró y se acercó a mí con una mirada libidinosa.

—¿A dónde te vas a ir ahora? —susurró Tomás.

—Te dije, salgo a correr un rato, no tardo.

—Qué linda te queda la calza. —Me acarició la cola con firmeza y me miró a través del espejo.

—Ahora no, Tomi, estoy por salir —respondí sacándole suavemente la mano.

—Nunca querés —me reprochó—. Desde que llegaste que me estás evitando.

—No es así. Pero entendeme, estoy destruida, con *jet lag*, recién llegada, con una mudanza a cuestas y convivencia. Fue un regreso movido.

Me acarició el pelo.

—Bueno, hoy a la noche preparo algo rico y nos relajamos.

—Invité a cenar a Mike con su novio así conocen el departamento.

La cara de Tomás se transformó. Abrió grandes los ojos. Se puso rojo de la bronca. Mike no le caía nada bien pero sabía que no podía prohibirme que viniera.

—Ok... —Bajó la mirada y empezó a caminar hacia la puerta, cabizbajo—. Ah, te pido que cuando puedas leas el borrador que te mandé sobre acumulación de reservas que tengo que cerrar la nota mañana. Nos vemos a la noche.

Mientras corría, mi mente iba más rápido que mis piernas y las conversaciones imaginarias se reproducían sin parar.

Kilómetro 1: Tomi, no te aguanto más. No soporto más tus artículos de economía, no soporto a tu familia, no soporto que me toques. Qué aburrido que sos. ¿De verdad pensás que nuestra relación tiene algo más para ofrecer?

Kilómetro 2: Guido, perdoname. Fui una imbécil. Seguro ahora me odiás y con razón. No sé cómo podría hacer para recuperarte. ¿Cómo pude dejarte ir así? ¿Cómo pude creer que Marianne podía decidir sobre nuestras vidas?

Kilómetro 3: Soy una imbécil. Brunelli es la estrella del momento. Tiene 23 años, es talentoso, las mujeres se le tiran encima, todos están fascinados con él. Y yo acá, peleándola para conseguir

una o dos notitas de algún tema que me guste, luchando con mis propios demonios mientras mis planes de una vida estable y maravillosa se caen a pedazos. ¿Qué fantasía me creí?

Kilómetro 4: Guido, me arruinaste la vida. Yo era feliz antes de conocerte. Maldigo el momento en que decidí subir a ese Lamborghini con vos. Tomás es mi compañero, estuvo conmigo en las peores situaciones, me conoce, me cuida, quiere pasar su vida conmigo. ¿Qué más se puede pedir?

Kilómetro 5: Tomi, mi amor, perdoname. No te merecías esto. Estaba confundida pero ya entendí que vos y yo somos un equipo. Y voy a hacer lo que esté a mi alcance para que nuestra vida juntos sea lo que soñaste y más.

Volví a casa energizada y con una sensación que no podía descifrar y que decidí llamar "claridad mental". Lo que había hecho hasta ese momento era jugar todo el tiempo con el límite. Dejarme envolver por esa espiral de delirios románticos que no me estaba llevando a ningún buen puerto. No podía seguir viviendo con un pie en un lado y otro pie en el otro. Tenía que decidirme. Y lo que decidí fue volver a encarrilar mi vida en el sendero correcto. ¡Qué bien hacía correr! ¡Qué buenas consejeras que eran las endorfinas!

Después de bañarme, me hice la rutina de *skincare* y empecé a preparar las cosas para recibir a las visitas. Armé una tablita de quesos, fiambres, aceitunas y almendras. Abrí una botella de vino tinto. Preparé la mesa con la vajilla reservada para ocasiones especiales. Mi energía estaba completamente renovada. Prendí unas velas. Elegí la *playlist* que a Tomi le gustaba para las cenas con amigos. Una vez me había quedado dormida escuchándola pero seguro era un problema mío. Quizás era demasiado sofisticada para mí.

Cuando él volvió de trabajar, lo recibí vestida y maquillada como una verdadera futura esposa reina del hogar. Le ofrecí una copa servida y le di un beso prometedor. Noté la ilusión renovada en sus ojos.

Sonó el timbre mientras él terminaba de cambiarse. Cuando abrí la puerta, Mike me dio un abrazo fuerte y me presentó a Roberto, su novio, que era decorador y nos trajo de regalo un florero.

—¡No sabés todo lo que te perdiste! —disparó Mike apenas nos acomodamos alrededor de la mesa. Su sonrisa vaticinaba chismes frescos y jugosos, su mayor debilidad y la razón de su existencia—. Echaron a Juan Figueroa.

—¡No! ¡No lo puedo creer! —Lo miré a Tomás y le expliqué divertida—. Era el mejor eligiendo títulos con gancho. —Volví a mirar a Mike—: ¿Qué pasó?

—Parece que escribe muy bien pero roba mejor. Lo mandaron a cubrir las elecciones de Colombia y falsificó *tickets* para cobrar más viáticos.

—Tan bueno para robar no era porque lo descubrieron —acotó Roberto.

—Espero que vos tengas todo en regla con tu viaje —dijo Tomás.

—A mí me sobró plata, de hecho, porque hubo muchas cosas que no pagué —dije y me arrepentí enseguida. Tomás me miró con desconfianza, por lo que me justifiqué—: en la Fórmula 1 hay muchas comidas de cortesía. Son muy amables con la prensa. Nada que ver con *InfoAhora*.

—Y tengo un chisme más que te vas a morir —interrumpió Mike.

—¿Qué?

—Martina Campolongo se fue a *N&E*.

—Ufff… ¿Se fue a la competencia? Dolores debe estar en llamas.

—Es que se quedó muy enojada cuando te dieron a vos el viaje internacional. Pensó que lo tenía asegurado por su nota de los cachorritos de labrador. Viste que las notas de perritos siempre funcionan muy bien. Y ya venía frustrada porque no le daban más espacio en la sección de Espectáculos. Así que se fue. Chau, Martina.

Me quedé pensativa. Siempre me impresionaba cuando alguien tomaba la decisión de irse así de un trabajo. Lo consideraba un acto de valentía, aunque en su caso parecía más un gesto de revancha que otra cosa.

—¿Y vos, Tomi, en qué andás? —interrogó Mike—. Hace mucho que no nos vemos.

—Bien, trabajando mucho y obviamente ya empezando a planear el casamiento. —Me miró sonriente—. Hablando de eso, estaba pensando hacerme un cambio de *look*. ¿Cómo creen que me quedaría un arito en la nariz?

La cara se me deformó al punto que Mike me hizo un gesto para que disimulara.

—¿Un arito cómo? ¿Una argollita? —preguntó Mike.

—No sé, tengo que ver…

—Creo que te quedaría muy bien —celebró Roberto llevándose un quesito a la boca—. Con esa cara tan angulosa vas a quedar divino.

—¿Vos con un aro en la nariz? —pregunté con la voz aflautada. Tuve que beber un sorbo de vino para humectar mi garganta.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Tomás.

—Vos no sos así, no pega con tu personalidad.

—¿Cómo soy yo?

—No sé… —balbuceé—. Más serio, más formal. Siento que no va con tu *look*.

—¿No puede tener un aro en la nariz alguien que usa camisa y corbata?

—No estoy diciendo eso. Pensé que no era tu estilo.

—¿Soy demasiado aburrido para un *piercing*? —En ese momento, afortunadamente, sonó el timbre. La pizza había llegado—. Yo bajo —dijo enseguida. Agarró las llaves y salió por la puerta.

Apenas sonó el portazo, levanté los ojos hacia Mike y Roberto, que me miraban atónitos.

Recogí la tabla de quesos y fui a la cocina en medio de un silencio sepulcral. Escuché unos susurros tímidos que no llegué a descifrar. Cuando volví con los platos limpios, intercambiamos unas miradas incómodas.

—Qué lindo es el departamento —dijo Mike para romper el hielo.

—Sí, muy lindo, después nos pueden hacer un *tour* por las habitaciones —agregó Roberto.

Sonreí aunque me costaba disimular la tensión.

—Estamos nerviosos por el casamiento —dije—. Ahora cuando Tomi vuelva, cuéntennos cómo se conocieron.

280 km/h

El lunes, entré a la redacción con una mezcla de nerviosismo y resignación. Dejé en la cocina los chocolates Toblerone reglamentarios, que eran el suvenir obligado para los viajeros, y allí me encontré con algunas compañeras a las que les conté brevemente mi paso por Estados Unidos y México. Ellas me escuchaban fascinadas. Por suerte, no entendían nada de automovilismo y por eso no tuve que entrar en detalles. El tema de esa semana, por otra parte, era el escándalo de Juan Figueroa y sobre todo la renuncia de Martina Campolongo.

Apenas terminé de acomodarme en mi escritorio para empezar a trabajar, llegó Dolores y me llamó a su oficina.

—Dolo, te quiero explicar qué fue lo que pasó en México —me adelanté, lista para sobreactuar un guion inventado con lujo de detalles durante el fin de semana.

—No hace falta. Puedo imaginármelo —respondió mirando el monitor de su computadora—. Quedate tranquila, Vicky. No vas a ser ni la primera ni la última periodista que se acuesta con un entrevistado. Yo también tuve tu edad. En mi caso, me gustaban los rockeros. —Me miró con un dejo de nostalgia—. Es comprensible lo que te pasó. Y es comprensible que Marianne haya reaccionado así ante una situación que ponía en riesgo el rendimiento de su protegido. No necesito más explicaciones.

—No, pero lo que pasa es que… —balbuceé mientras me secaba la transpiración de las manos.

—Ya está, Vicky. Cumpliste con creces lo que te pedimos. Ahora enfoquémonos en las notas de esta semana. Conseguimos una entrevista con el protagonista de *El camino de Max*. Me dijeron que están en pleno rodaje pero si te apurás te pueden recibir un rato. Te reenvío el *mail* con la dirección.

Me mordí la lengua, asentí y me levanté para volver a mi escritorio. Al parecer, yo me había quedado detenida en un tema que ya no tenía ninguna importancia para nadie más que para mí y cualquier explicación que quisiera dar era totalmente irrelevante. Marianne se había salido con la suya; Dolores estaba más allá de todo; Guido y yo, separados para siempre, y listo. Lo que a mí me pasara con eso no tenía el menor interés.

Fui al lugar que me indicó mi editora y, al llegar, me encontré con una plaza vacía. No veía ni un *motorhome*, ni luces, ni cables, ni cámaras por ningún lado. Solo me crucé con una señora, a la que le comenté que buscaba al protagonista de *El milagro de Max*.

—Es él —dijo, señalando al perro callejero que estaba olfateando un árbol.

No sabía si me hablaba en serio o me tomaba el pelo. Me disculpé, me alejé unos metros y llamé a Dolores.

—Max es un perro —susurré para que la mujer no me oyera.

—Y bueno, Victoria, entrevistá al perro —replicó ella con total normalidad.

—¿Cómo voy a entrevistar a un perro? —casi grito de la indignación. Miré a mi alrededor buscando todavía encontrar un set de filmación en algún lado.

—Miden muy bien las notas de animales. Si tiene un pasado trágico, mejor. La gente ama esos contenidos. Volvé con algo que haga reír o llorar, así se viraliza.

Me acerqué a la señora, que resultó ser la dueña de Max, aunque prefería que la llamara "tutora". Me explicó que le resultaba menos cosificante. Nos sentamos en un banco y Max se acercó. Le acaricié la cabecita. Su pelaje era suave, aunque se notaba que tenía sus años. Tenía canas en el hocico, ojitos medio tristones y una pequeña cicatriz en la oreja. Era adorable, había que admitirlo. Encendí mi grabador.

El actor de cuatro patas que se robará tu corazón

Max, el perro que pasó de vivir en una terminal a brillar frente a las cámaras

Por Victoria Hache

Max vivía en una estación de tren, hasta que una organización no gubernamental lo rescató y se lo entregó a Marcela, su tutora. Hoy es el perro más querido de las redes y está a punto de protagonizar su primer film.

La terminal de tren es un ir y venir constante de personas que buscan llegar a su destino como queriéndole ganar al tiempo. Caminan rápido, corren y vuelven a caminar. Ahí agonizaba Max, sin que nadie reparara en su presencia. "Cuando llegó era puro huesos. No quería ni comer de lo asustado que estaba". A base de mimos y paciencia, lograron que ganara peso y recuperara la alegría.

La mujer documentó todo el proceso en redes, sin sospechar que esto lo catapultaría a la fama. El animal fue ganándose el cariño de la comunidad digital y algunas marcas se sumaron a la causa, regalándole comida y juguetes. Sin embargo, su vida dio un vuelco cuando el productor Fran Steve se topó con su perfil. "Nos escribió contándonos que creía que Max era perfecto para el papel pero necesitaban hacer una prueba de cámara. Al verlo, fue amor al primer ladrido", recuerda Marcela, mostrando las fotos de ese momento. Si bien el personaje se iba a llamar Manchita, al final Max logró imponer su nombre real a fuerza de personalidad y mucha ternura.

Este es Max, mucho más que un perro. La vida le dio una nueva oportunidad y él se

abrazó tanto a ella que llegó a convertirse en una estrella que trasciende la pantalla.

Quizás fue el cambio de tema, de la velocidad de las pistas a la lentitud de esa tarde gris en la plaza. Quizás fue la ternura con la que Marcela me contó la historia de Max. Como fuera, escribí la nota conmovida. La imagen del perrito detenido en medio de la vorágine de la estación me había impactado. Me sentía un poco como él, paralizada y triste mientras los demás seguían con su vida. Quieta en el andén a la espera de que alguien viniera a rescatarme.

La nota fue un éxito. Era innegable que Dolores era buena en detectar tendencias y yo, al parecer, no había perdido mi toque. Había sido récord de clics escribiendo sobre cuatro ruedas y ahora también sobre cuatro patas. Cuando recibí el mensaje de mi jefa para felicitarme, tomé fuerzas y me animé a dar un paso a mi favor:

Yo:
Dolo, te pido que vuelvas a considerar mi pase a Turismo. Creo que me lo gané.

290 km/h

Llegué al fin de semana agotada y decidí tomarme esos días de descanso para realmente descansar. No hice ningún plan. Quería estar en casa tranquila. Aproveché para ordenar el balcón, arreglar las plantas y acomodar mi ropero para recibir el verano. El domingo, terminamos de almorzar y me puse a lavar los platos mientras me preparaba mentalmente para dormir una siesta inolvidable. Pero de pronto un plato se me resbaló y casi se cae al piso cuando el eco de los motores rebotó en las paredes del departamento. Tomás había encendido la televisión y había puesto la transmisión del GP de Brasil a todo volumen.

Se me aceleró el pulso. Me había ocupado toda la semana de evitar el tema. No había visto nada sobre las prácticas, ni la clasificación, mucho menos sobre la carrera. Tampoco había leído nada. Casi no había entrado a redes sociales. ¿Qué era esa pesadilla?

—¡Vení, mi amor! Preparemos un cafecito y vemos la carrera juntos.

Me asomé al living con el ceño fruncido y encontré a Tomás sentado en el sillón sacudiendo el control remoto y dando pequeños saltitos en su asiento como un niño llegando a un parque de diversiones.

—¡Dale que empieza!

—*Se apagan las luces rojas del semáforo, se larga la carrera en San Pablo. Movió muy bien Johnson, pero Müller lo superó por adentro en la primera curva. Gran largada. Se despistó el Nova Spectrum de Sánchez. Por suerte pudo recuperar el control antes de irse a la pared.*

Volví a la cocina. Intenté distraerme mientras acomodaba los vasos en su lugar, aunque mi atención ya no podía depositarse en ninguna otra cosa. Mis oídos se agudizaron a la espera de que alguien pronunciara ese nombre que tanto miedo me daba volver a escuchar.

—Uhh, mirá cómo chocó ese. Debe ser por ese fierro que tienen arriba de la cabeza, obstruye su campo de visión. Es claro que por eso no pueden ver bien y terminan chocando —comentó Tomás como si supiera de lo que estaba hablando. ¿Qué era esa emoción repentina? ¿Estaba actuando o era real? Solté un suspiro y fui al living.

—Ese *fierro* se llama “halo”. Es una protección que tienen que tener sí o sí los autos para que el piloto esté seguro frente a cualquier cosa que pueda golpearlo. En un vuelco, el halo les salvaría la vida.

Me acerqué a la pantalla, temerosa.

—*Ahí viene Brunelli sobre Leroy en la curva 3. Brunelli batallando con el Elysium. Se*

enfervorizan sus seguidores en las gradas. Se ubica en el quinto lugar.

Apreté los labios. “Bien, Guido”.

—¿No se supone que este principiante tendría que quedarse atrás de su compañero? ¡Mirá en dónde lo dejó! Eso no es saber trabajar en equipo —dijo Tomás con tono despectivo. Obviamente tenía muy bien ubicado a Guido. Nunca se iba a olvidar de aquel rumor del almuerzo.

—Si Brown quedó en el puesto 9, es su responsabilidad —respondí con evidente irritación mientras me sentaba a su lado—. Cada uno pelea por lo suyo. Y no se dice “equipo”, se dice “escudería”.

—Vuelta 20. Brown está tratando de acercarse a Davis, pero se le escapa. Escuchemos lo que le dice su ingeniero: “Klein está detrás de ti a 2 segundos”. “No me interesa, dime sobre Guido”, respondió el piloto. Bueno, parece que hay alguna lucha de egos en el equipo Harris.

—¿Ves que sí se dice “equipo”? —me provocó Tomás.

Lo miré con fastidio, revoleé los ojos y me fui a la cocina.

—Me voy a hacer el café.

—Ahí va Nagourney para poner la goma dura en la vuelta 31. Parece que la estrategia es a una sola parada de boxes. Vamos a ver si les va bien. Müller vuelve a ser el líder del gran premio de Brasil. Brunelli también a boxes. Tarda en salir, eso puede perjudicarlo.

—¡Me parece que a tu amigo se le rompió el auto! —gritó mi novio desde el living.

Tomé la lata de café y cuando la quise abrir se me cayó al suelo. Insulté en voz alta y me estiré para alcanzar la escoba. Empecé a limpiar el desastre pero enseguida me quedé de pie, como congelada, mirando a la nada, con la escoba en la mano, parando las orejas para escuchar lo que fuera que estuviera pasando en la televisión.

—Brunelli bajó mucho la velocidad, parece que hay algo mal en el auto.

Salí de la cocina sin pensar y me acerqué a la pantalla. Guido había bajado a la posición 11.

—Me parece que…

—Callate, Tomás.

Escuché que el ingeniero le pedía a Guido que se retirara de la carrera y se me paró el corazón. Había un problema de refrigeración en el motor. Volví a la cocina sin escuchar los comentarios de Tomás, que seguía haciendo preguntas estúpidas y acotaciones fuera de lugar, mientras pensaba en Guido, en lo que estaría sintiendo al quedar afuera de la carrera. ¿Pero qué podía hacer yo desde ahí? Había sido expulsada de su vida, tenía que aceptarlo de una vez por todas. Barrí el café del piso y me fui a recostar.

Esa noche, durante la cena, Tomás empezó a explicarme lo fascinante que le parecía la política monetaria de Dinamarca, y yo, una vez más, pretendí escucharlo. Se lo veía radiante. Realmente creía que ese día le había ganado un punto a Brunelli desde la comodidad de su sillón. Qué iluso.

—¿No es fascinante que Dinamarca, siendo miembro de la Unión Europea, no haya

implementado el euro?

“Increíble”, fue lo que dije. “Me importa un rábano”, fue lo que pensé. Si hay algo más frustrante que fingir un orgasmo, es fingir interés por las cosas que te cuenta tu pareja. ¿Qué clase de vida era esa? ¿Cómo había aceptado seguir atrapada en una relación tan gastada, tan poco emocionante?

—Siguen utilizando la corona danesa, ¿entendés? —continuó—. ¿Vos qué harías?

Lo observé masticando sus zanahorias glaseadas con ese rictus de superioridad y no lo soporté más.

—Separarme —me salió sin pensar.

—¿De la Unión Europea? —Me miró sorprendido.

—No, de vos. Tomi, no estamos bien y no podemos seguir así. Quiero que nos tomemos un tiempo.

No tenía ningún plan. No sabía que iba a ser en ese momento ni de esa manera, pero me salió de lo más profundo. Había llegado a ese punto en el que ninguna garantía de seguridad era suficiente para hacerme resignar mi felicidad.

Tomás me miró decepcionado, como si descreyera de la verdad de mis palabras. Y entonces hizo la pregunta más esperable.

—¿Esto es por ese pendejo Brunelli?

—No. Esto es por vos y por mí.

Hizo un breve silencio, apoyó los cubiertos en la mesa, se puso de pie lentamente y se fue a la habitación. Escuché que encendía su *notebook* y empezaba a tipear. Me había contado que tenía que escribir un artículo, pero me sorprendió que eligiera ese momento, como si nada estuviera pasando. Supe que le costaba concentrarse, porque tipeaba poco. Me asomé a la puerta y ni me miró. Sus ojos estaban fijos en la pantalla, su cara tenía el gesto más neutral e inexpresivo del mundo. Volví al living, salí al balcón. ¿Acababa de aprovechar la oportunidad de una conversación sobre política monetaria danesa para terminar una relación de años? Sonaba ridículo.

Esa noche, Tomás durmió en el sillón. Sabía que lo que estaba pasando era lo mejor, era lo que yo necesitaba, y sin embargo estaba muerta de nervios, como si acabara de dar un salto al vacío. Pero no lo busqué y él tampoco me buscó. Mientras intentaba conciliar el sueño, lo escuchaba caminar por los pasillos de la casa, para un lado y para el otro: se había convertido en un zombi. Miré mi mano en la oscuridad. Me quité el anillo de compromiso y lo guardé en el cajón de la mesita de luz.

Recupero

Yo:
Ma, hoy voy a verte. Te llevo tus regalitos.

Mi madre era fanática de las artesanías, por lo que había aprovechado mi paso por México para comprarle algunas. Cuando las vio, noté la alegría en su mirada. Eligió su favorita y la puso en la vitrina: un autito de barro pintado a mano.

Tomamos el té con torta de manzana y por fin pude tomar coraje y, con un nudo en la panza, contarle lo que estaba pasando. Mi mamá tenía buen vínculo con Tomás. Era una decisión dolorosa para ella también. Después de tantos años, las separaciones no eran solo de la pareja sino de toda la familia.

—Sabía que él siempre te iba a querer, solo no estaba segura de que fuera mutuo —me confesó—. Es importante ser querida pero no por eso te prives de la experiencia de amar.

No solíamos tener conversaciones tan personales. Nuestra relación era cordial pero el último tiempo de nuestra convivencia nos habíamos distanciado. Era lindo volver a hablar con ella en confianza, sin malentendidos ni comentarios hirientes. Solo una madre ayudando a su hija a construir una vida propia.

—Hay otra persona —le dije de pronto—. No me estoy separando por eso, los problemas con Tomás vienen de hace tiempo, pero lo que sentí por esa otra persona no lo había sentido nunca por nadie.

Me agarró la mano a través de la mesa.

—Me alegra mucho. Es lo que yo sentí por tu papá. —Se le llenaron los ojos de lágrimas y tragué con dificultad—. Esa pasión que te atraviesa es lo más lindo que puede pasarte.

—Sí. Igual es algo muy complicado —dije bajando la mirada.

—Cuando el motor del deseo se enciende, no hay marcha atrás. O te ajustás el cinturón y tratás de pilotearla, o vas a fundirte por dentro.

Mamá me ofreció quedarme con ella hasta que resolviera qué hacer. Aprovechamos que Tomás estaba trabajando y fuimos al departamento a buscar algunas cosas. Fue muy importante contar con su compañía porque estaba empacando mucho más que ropa y objetos. Lo que guardaba en esas bolsas eran mis sueños y proyectos.

Podía parecer una derrota el hecho de estar volviendo a la casa familiar. Sin embargo, esa noche dormí como un angelito. Me aliviaba haber dado un paso tan importante y mi mamá se ocupó de mimarme con una ternura que hacía tiempo no tenía.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, supe que yo estaba lista y ella también: el momento de abrir la caja con las cosas de mi papá había llegado.

—¿Estás segura? —me preguntó. Asentí con la cabeza.

Fue a su cuarto y volvió con una enorme caja negra de cartón. La noté emocionada e intenté disimular mis nervios. Quitó la tapa y una lágrima rodó por su mejilla. Lo primero que sacó fueron las revistas deportivas que lo tenían en la tapa. “Carlos Hernández, el nuevo rey del Turismo Carretera”, “La gloria sobre ruedas”, “Nace una leyenda”.

—Este fue el traje que usó cuando ganó la carrera de 24 horas de Le Mans —me explicó mostrándome una foto.

—¿Veinticuatro horas compitiendo?

—No es un solo piloto, es un equipo, pero es agotador. —Mamá negó con la cabeza sonriendo —. No sabés en los hoteles inmundos que dormíamos cuando competía. Ni agua caliente había.

—¿Nunca intentaste convencerlo de que se dedicara a otra cosa?

—Jamás. Esa era su pasión. No te enamorás de un pájaro para cortarle las alas. Antes de tu padre salí con un estudiante de odontología que era peor que tener caries: más aburrido que un hongo. Cuando el abuelo se enteró que lo había dejado por un piloto, casi se infarta.

Nos reíamos como hacía tiempo no ocurría. Continué revolviendo la caja. Había fotos de papá en el podio agitando botellas de champagne, papá manejando, papá posando con el casco y también en unas vacaciones en la costa con mamá.

—Tengo miedo de seguir sacando cosas y llegar a los recortes de diario del día del accidente —confesé.

—Revisá sin miedo que no vas a encontrar nada de eso —me tranquilizó—. Por supuesto que la noticia salió en todas partes. Pero yo elegí quedarme con lo bueno.

—¿Cómo hiciste para no buscar culpables? Los mecánicos…

—El auto se salió de pista. Es difícil encontrar un solo responsable para eso. —Soltó una de las fotos adentro de la caja y me miró—. Tu padre era un gran piloto, y también tomaba sus riesgos. Y es cierto que en el equipo había algunas personas nuevas, que quizás tenían poca experiencia, pero es muy fácil echar culpas. Yo pude aceptar lo que pasó. Deberías hacer lo mismo, hija.

Yo estaba muy lejos de perdonar. Cada vez que pensaba en el tema, la furia y la impotencia me endurecían el pecho. Parecía tan injusto, tan cruel. ¿Cómo podía ser que no hubiera un culpable?

Me animé a revolver un poco más y encontré una foto de ellos cuando mi mamá estaba embarazada de mí. La miré con los ojos empañados.

—Si pudieras volver el tiempo atrás, sabiendo que las cosas iban a terminar así, ¿no te hubieras alejado de él para intentar tener una historia más convencional y dur…?

—¿Duradera? —completó la frase—. Yo no cambiaría nada de lo que viví con tu papá ni por todo el oro del mundo. Cada día a su lado era una aventura. Tenía una pasión que contagiaba. Era la persona más motivadora que conocí. Disfruté cada segundo que compartimos y me dejó el regalo más hermoso que tengo, que sos vos. ¿Te acordás cuál era tu cuento favorito de chiquita?

—Por supuesto: *Alicia en el país de las maravillas*. Te pedía que me lo leyeras todas las noches a pesar de que me lo sabía de memoria. —Me sequé las lágrimas con la manga de la remera.

—Cuando Alicia pregunta cuánto tiempo es para siempre, ¿qué le contesta el conejo blanco?

—Le responde: “A veces, solo un segundo” —respiré profundo—. Tenés razón, ma. A veces una felicidad eterna puede durar tan solo un segundo. O tres minutos.

Nos abrazamos y pensé en todas las cosas que tienen que pasar en la vida para llegar a los lugares verdaderos y profundos. Nosotras nunca habíamos podido compartir eso hasta esa mañana y ahora nos sentíamos más unidas que nunca.

Sobrepaso

El jueves amanecí con una ansiedad particular. Ese día trabajaba remoto y se realizaría el segundo *Media Day* que no presenciaba, antes del Gran Premio de Las Vegas. Esa vez sí estaba decidida a mirarlo. Me había acostumbrado tanto a estar ahí que le pedí a Ana que me diera acceso a la transmisión en vivo de su portal de noticias. Cuando vi a Guido en la pantalla, una mezcla de emoción y amargura me agitó el pecho.

—*Würdest du dich als einen risikofreudigen piloten bezeichnen?* —inauguró la ronda de prensa un periodista alemán.

—Claro que me considero un piloto arriesgado —respondió el *rookie*—. Coincido con la frase de Mario Andretti que sostiene que, si todo está bajo control, es que no vas lo suficientemente rápido.

—*What do you expect from Las Vegas circuit?* —preguntó el norteamericano.

—Espero vivir el show de luces que dicen que es el circuito de Las Vegas. La carrera se corre de noche y pasa por lugares icónicos, así que seguramente será muy especial. Es una pista rápida, con lo cual estaremos preparándonos muy fuerte. Y además, planeo una visita por los casinos… Uy, ¿eso lo dije o lo pensé? —bromeó Guido, haciendo estallar de risa al auditorio.

Joe Brown, a su lado, lo miraba con fastidio. Había quedado completamente opacado por el carisma de Guido, quien era siempre el centro de atención y el favorito de los periodistas.

—Guido, soy Alejandro Pérez, de *InfoAhora.* —Reconocí a mi compañero con una puntada de resentimiento—. Quería preguntarte cuáles son tus referentes más importantes.

Tuve el impulso de apagar la computadora pero la intensidad en la mirada de Guido me obligó a quedarme.

—¿*InfoAhora* dijiste? —Alejandro asintió con la cabeza—. Sin lugar a dudas, uno de mis referentes siempre fue Carlos Hernández. Un piloto completo, aguerrido y arriesgado. Es una gran inspiración y creo que merece más reconocimiento del que tuvo. Por suerte dejó un hermoso legado.

Al oír esas palabras, me quedé congelada. La sensación de que estaba hablando de mí, de que esas palabras me iban dedicadas, me hizo suspirar. Y que hablara así de mi padre, no hizo más que confirmar el tipo de persona que era Guido, su sensibilidad, su honestidad.

Al terminar la conferencia, el nombre Carlos Hernández era *trending topic*. Por redes sociales, empezó a circular un montón de material, fotos y videos. Todos querían saber quién era ese

piloto que Brunelli había mencionado. Ahora que me había vuelto una especialista en el tema, pude ver los videos de mi papá y valorar lo maravilloso que era al volante.

—Qué divino es —exclamó mamá cuando le mostré la declaración de Guido—. Deberías escribirle para agradecerle.

—¿Te parece?

—Por supuesto. Me encanta que seas tan independiente, así te crie, pero, por una vez, hacele caso a tu madre. Y, sobre todas las cosas, a tu deseo. Nadie se arrepiente de jugársela, aunque pierda.

Ella lo decía como si fuese lo más fácil del mundo, sin darse cuenta de que para mí, dar un paso después de tantos días sin hablar, con todo lo que había pasado en el medio, era demasiado difícil. Miré una y mil veces el video hasta memorizar todas las palabras que Guido había dicho y la cadencia y la respiración al decirlas. Sabía que estaban dedicadas a mí. ¿Pero qué podía decirle además de “gracias”?

Ana:
¿Y qué tal? Ese mensaje fue dedicado, eh.

Yo:
No puedo creer lo que dijo. Sobre todo porque él todavía piensa que yo estoy comprome…

Dejé de tipear… Borré y corregí la frase.

Yo:
¿Vos le contaste que me separé?

Ana:
Mi memoria es tan mala que no sabría decirte. Tú sabes lo intensos que son aquí los días.

Yo:
¡Ana!

Ana:
Nunca me ha gustado Tomás. Tu sonrisa ahora traspasa el teléfono, así que de nada.

Di unas vueltas por el departamento planeando mentalmente mi próximo movimiento. Tenía que escribirle. Él ya sabía que me había separado. No podía dejar pasar esa oportunidad.

Yo:
Gracias por lo que dijiste hoy. Están circulando imágenes espectaculares de mi papá. Me alegraste el día.

Apreté enviar y me quedé mirando la pantalla, como si el celular fuese a explotar si yo quitaba los ojos de ahí. La ansiedad era insoportable. A los pocos minutos, llegó la respuesta.

Guido:
Solo dije la verdad.
Gracias a vos por desbloquearme.

Yo:
Fue una tontería haberlo hecho, perdoname.

Guido:
Te perdono con una condición.
Si en la carrera del domingo termino entre los primeros diez lugares, vamos a tomar algo para festejar.
Y no me digas que no permutás perdones por citas.

Yo:
No puedo creer que recuerdes textual nuestra primera charla.

Guido:
Me acuerdo de eso y de mucho más.

Un *shock* de adrenalina me aceleró el pulso. Me sonrojé y con una sonrisa enorme me aferré al celular.

Yo:
¿De qué más te acordás?

Tipeó unos segundos y se detuvo. Volvió a tipear y se detuvo. Volvió a tipear.

Guido:
Por ejemplo, del sabor que tenía tu boca la primera vez que te besé.

Y de la suavidad de tu piel la primera vez que te toqué.
Y de lo bien que me sentí durante esos días en México.

Un cosquilleo subió por mi columna vertebral. Tipeé y me arrepentí. Volví a tipear.

Yo:
¿Y cuántas chances hay de que puedas sumar puntos en la carrera?

Guido:
Pocas, pero voy a dar todo para lograrlo.
¿Eso significa que tenemos un trato?

Respiré profundo y me mordí el labio.

Yo:
Sí, tenemos un trato.

320 km/h

El viernes fui a la redacción a terminar algunas cosas y a tener una reunión con Dolores. No la encontré en su oficina y una compañera me avisó que me estaba esperando en la sala de reuniones. Me pareció raro pero hacia allá fui.

Cuando llegué, encontré a Dolores acompañada por Julián Torres, el director de *InfoAhora*. Era un hombre intimidante. Alto, siempre impecable, un poco seductor. Al llegar, mi editora me indicó con un gesto que me sentara y así lo hice.

—Vicky, estuvimos revisando tu pase a Turismo —explicó mi jefa—. Nos pone en una situación un poco incómoda porque, si te cambiamos a donde querés, el resto va a pretender que hagamos lo mismo con ellos.

Asentí con la cabeza. Ya me había resignado a la idea de que nunca ocurriría.

—Por otra parte —agregó el director—, hay que admitir que te luciste en cada desafío que emprendiste y demostraste tener un gran compromiso con tu trabajo.

Los miré expectante. Una leve sonrisa empezó a dibujarse en el rostro de Dolores.

—Por eso, ¡queremos darte la bienvenida a Turismo!

Julián también sonrió al notar mi expresión de desconcierto. Ambos me estrecharon la mano y me felicitaron. Luego, me acompañaron a mi nuevo escritorio y le comentaron la novedad al resto del equipo. Me presentaron a Blanca, quien sería mi nueva editora. Tenía fama de ser bastante exigente, por no decir insoportable, pero me dio un cálido saludo.

Llegué a la casa de mi madre con un nivel de excitación que me desbordaba. Le conté las buenas noticias y preparó una comida especial para festejar.

Pau:
¡¡¡Felicitaciones, Vicky!!! ¡¡¡Lo lograste!!! Estamos muy orgullosas de vos.

Cande:
No lo puedo creer, ¡justo estamos en Mercurio retrógrado! ¡Venciste el poder de los astros, Vic!

Sol:
¡Qué buena noticia! ¡Tenemos que juntarnos a celebrar!

Yo:
Me encantaría, pero mañana a la noche hay carrera y obviamente voy a verla.

Sol:
¿Querés que nos juntemos? ¡Podemos hacer una pijamada!

Yo:
Mi mamá me pidió verla juntas. Se siente bien estar acá con ella, hacía mucho que no compartíamos cosas así.

Pau:
Me parece genial. Pásenla lindo. Y ánimo, amiga. Sé que venías triste por lo que pasó con Tomi, pero seguro este cambio de trabajo cambie la mala racha.

No sería fácil conciliar el sueño esa noche. Debía dormir bien como fuera porque la carrera del sábado era nocturna, y debía aguantar despierta hasta las tres de la mañana para verla. Ya había hecho esa locura para mundiales de fútbol, pero nunca creí que fuera a replicarlo por el Gran Premio de Las Vegas.

Guido había quedado en el puesto 12 en la clasificación. Por ende, no solo debía procurar que nadie lo pasara durante la carrera, sino que además debía adelantar dos posiciones para sumar puntos. ¿Lo lograría?

Para ayudar a mantenernos despiertas, mamá preparó su torta de manzana como ¿postre?, ¿desayuno? Hicimos maratón de comedias románticas para hacer tiempo y cuando llegó la hora nos acurrucamos en el sillón con nuestras porciones de torta y preparamos todo para ver el GP. Más que una carrera era un espectáculo de luces y colores. El circuito incluía lugares emblemáticos como el Caesars Palace, el Bellagio y el Venetian. Durante la primera hora, Brunelli avanzó una posición. Nada mal para ser un *rookie*, aunque yo cruzaba los dedos para que avanzara una posición más y así pudiéramos concretar nuestro encuentro. Crucé los dedos.

Hacia el final, cuando los demás comenzaban a sentir el agotamiento, él sacó fuerzas y sorprendió con maniobras que hicieron estallar a los relatores.

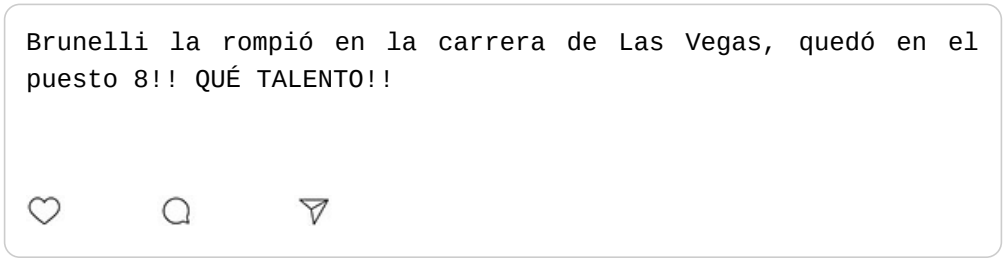
—*La audacia de Brunelli es para destacar. En estas cosas es donde puede verse lo que es un gran corredor. Esperemos que pueda conseguir un asiento para la temporada del año que viene* —dijo uno de ellos.

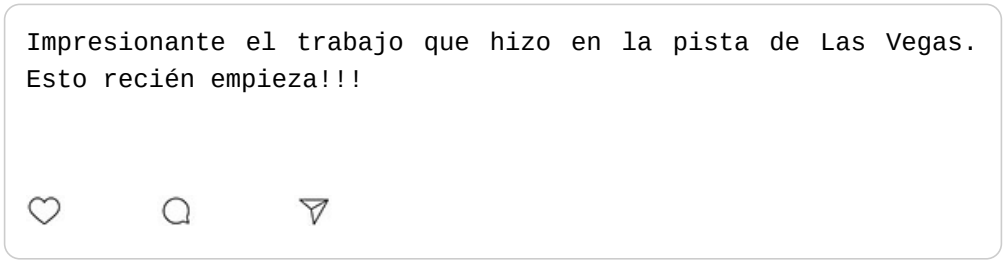
—¡¿Qué está haciendo?! —me escandalicé en una de las curvas más peligrosas.

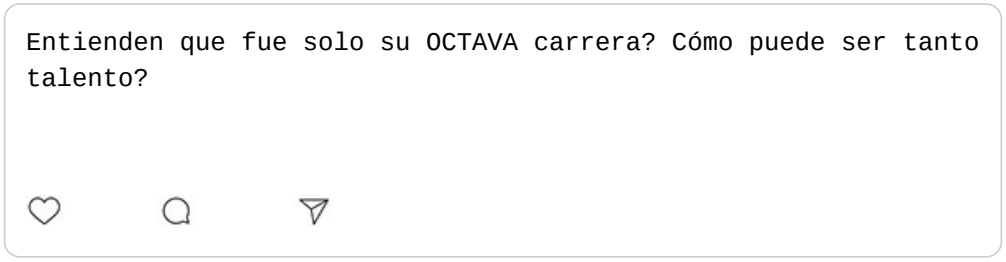
—*Dive bombing*. Es cuando el piloto estira lo máximo posible el frenado durante la curva para pasar al auto de adelante —me explicó mamá y la miré asombrada de su nivel de conocimiento

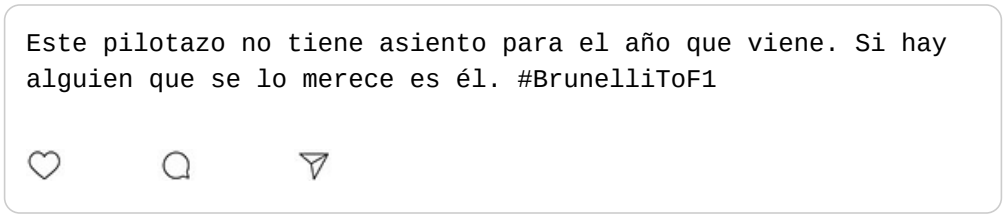
—. Este chico sí que tiene agallas.

Volví a mirar la pantalla y en la tabla encontré que Guido iba a terminar octavo. Me tapé la boca con las manos. Sí, iba a sumar cuatro puntos para Harris. Sí, íbamos a volver a vernos. No sabía cómo, pero un trato es un trato.











Cuando terminé mi catarsis en X, me sonó el teléfono. Era Ana, llamándome desde el autódromo.

—¡Anaaaa! Guido es un genio. ¿Viste lo que hizo? —grité al teléfono. Mi mamá me hizo un gesto para que no despertara a los vecinos.

—¡Sí, cariño! En Harris están maravillados con él.

—Además estaba tan hermoso. Ay, por favor, qué sexy que es con el mameluco…

—Vicky…

—Estaba para meterlo entre dos pancitos y comerlo.

—Vicky…

—Ay, bueno, perdón, es que me vuelve loca.

—Ya lo sé, cariño, pero estás en altavoz.

—Hola, Vicky. —Oí la voz de Guido y casi se me cae el teléfono de las manos.

—Guido, hola. Eh…

—Ya cumplí mi parte, ahora me debés la tuya.

—¡Ja! Sí, es cierto —dije con la voz entrecortada, como si quisiera disimular que lo único en lo que podía pensar era en nuestro posible reencuentro—. Me encantaría. Avisame cuando estés por acá y arreglamos para tomar algo en…

—Te mandé un pasaje a tu *mail*. Llegás justo para la fiesta postcarrera.

—¿Un pasaje? —Me agaché para hablar más bajo, ante la mirada curiosa de mi mamá—. No puedo viajar ahora, Guido. Tengo un trabajo.

—Ya está todo solucionado. Marianne me debía una disculpa por lo que te hizo. Le pedí que hable con tu jefa. Además ahora trabajás en Turismo, ¿o no? Les va a encantar tu crónica de Las Vegas.

330 km/h

Y ahí estaba yo nuevamente, en un aeropuerto, con mi valija armada en quince minutos, el pelo hecho un bollo, una media de cada color y el corazón latiendo a mil kilómetros por hora. ¿En qué se había convertido mi vida?

Me despedí de mi mamá, que insistió en acompañarme. Y me senté a esperar el embarque.

Yo:
Chicas, no sé qué decir, esto puede salir muy bien o muy mal.

Cande:
¡Va a salir muy bien!
Hoy hay luna llena en Libra ❤

Pau:
¡Mucha suerte, Vicccc! ¡¡Te queremos!! Y más le vale a ese chico que te reciba como te merecés, si no lo vamos a buscar.

Sol:
¡Guido es divino!
Preguntale si ya tiene asiento para el año que viene, ¡que necesitamos verlo en las pistas!

Catorce horas después, aterricé en la ciudad del pecado y fui directo al hotel. Le escribí a Ana, que se alojaba en otra parte de la ciudad, y acordamos encontrarnos en la fiesta. Me había llevado un vestido corto de *paillettes* y unos zapatos con plataformas. Al llegar al salón, me felicité por mi *outfit* porque todo era brillos. Habían reservado un club nocturno iluminado con luces de neón y pantallas led que proyectaban figuras en 3D. Los atuendos de los asistentes mezclaban modernidad extrema con reminiscencias de los años veinte. Había acróbatas colgados del techo que hacían piruetas aéreas y mozos desfilando con coloridos cócteles con hielos de plástico encendidos.

A lo lejos, divisé a Ana coqueteando con uno de los camareros. Cuando me vio, dio un grito que hizo voltear a varias personas.

—Él es León, mi futuro marido —me presentó al hombre a su lado.

—¿Ana, bebiste mucho?

—Nada. —La miré con los ojos entrecerrados—. Bueno, tal vez unas copas. Pero no tiene nada que ver.

—León, es un gusto. Ana, ¿podemos hablar a solas un minuto? —Me la llevé aparte para que su prometido no nos oyera—. Yo sé que dicen que lo que pasa en Las Vegas, queda en las Vegas, pero si te casás acá el acta tiene validez real. No sé hace cuánto conocés a este hombre, no creo que sean más que un par de días. ¿No se supone que tenés un novio en España?

—Tía, con José nunca me pasó lo que sentí por León. Cuando dos almas gemelas se encuentran, lo sabés con una mirada. León es un gran artista, no imaginas las cosas que dibuja.

—Pensé que no creías en el matrimonio.

—Eso era antes de conocer a León —dijo con las pupilas resplandecientes—. Con él, quiero sentar cabeza.

—¿Y cuándo es la boda? —pregunté escéptica.

—Esta noche. Y quiero pedirte que tú y Guido sean nuestros testigos.

—¿¿Cómo??

—¡Sí! Son las mejores personas que conozco aquí. Y León me dejó elegir. Nos darán suerte.

—Pero Ana…

—Nos vemos en la capilla en dos horas. Tengo que ir a cambiarme. ¡Alquilamos trajes! Yo voy a ir como Marilyn en *The Seven Year Itch* y él como John Travolta en *Grease*.

—Ellos no eran pareja.

—¿Qué importa? —rio—. Lo importante es que nos amamos.

La vi alejarse y un soplo de esperanza me hizo sonreír. Quizás realmente Ana había encontrado a su alma gemela. Busqué a Guido entre el tumulto de gente, con los nervios latiendo en mis sienes. Cuando finalmente lo vi, tuve que acomodarme en mis zapatos para mantener el equilibrio. Caminé hacia él y se sintió como si el mundo alrededor hubiera desaparecido. Solo él se mantenía en foco para mí, sus ojos, su boca, su pelo. Me mordí los labios mientras me acercaba. Él se dio vuelta y, al hacer contacto visual, me regaló una sonrisa brillante. Cuando lo tuve enfrente permanecimos en silencio un momento. Me acarició la cara, como queriendo recordar cada uno de mis rasgos con la yema de sus dedos. Se acercó apenas y le di un beso rápido en la boca, sin pensar. Sus labios se posaron en los míos con la suavidad del algodón. Duró lo que un aleteo de mariposa pero para mí fue la eternidad.

—Hola —me dijo al fin.

—Hola.

—Hoy hay festejo al parecer —me dijo entre risas y lo vi sonrojarse.

—Sí, me contó Ana que se casa vestida de Marilyn. No puedo creerlo.

—A mí me parece espectacular. Nosotros no podemos ser menos.

Lo miré extrañada.

—¿Qué quiere decir eso?

Me tomó de la mano y me llevó hacia uno de los cuartos de guardarropa. Buscó una bolsa grande que estaba escondida en un rincón y sacó una peluca dorada para mí, otra peluca fucsia para él, un sombrero enorme de gomaespuma y unos anteojos inmensos de plástico.

Lo miré dudosa.

—Digamos que ya tengo un *look.* —Di una vuelta para que pudiera ver mi vestido desde todos los ángulos.

Se mordió los labios.

—Lo sé, y estás hermosa, pero esta es una boda en Las Vegas, hay que ponerle algunos condimentos.

Salimos del cuarto vestidos con nuestros atuendos y corrimos hasta la capilla intentando no derribar las bandejas de los camareros. Empecé a reírme sin parar, mientras me dejaba llevar por él. La alegría de verlo, la magia de ese lugar que parecía un sueño, la sorpresa de que Ana se casara y nos eligiera como testigos, todo me hizo sentir una plenitud que desconocía.

Cuando llegamos a la capilla, encontramos a los novios en sus posiciones, unos pocos invitados sentados y la jueza lista para dar comienzo a la ceremonia. Ana nos vio llegar con nuestras pelucas, el sombrero y los anteojos gigantes y largó una carcajada. León también empezó a reírse y la jueza nos miró con simpatía y nos indicó dónde debíamos pararnos. La ceremonia fue de lo más bizarra pero no por eso menos emotiva. Un Elvis bastante bien logrado empezó a tocar una canción en la guitarra y la jueza pronunció unas palabras muy bonitas a los novios. Fue breve, no habrá durado más de diez minutos. Guido y yo intercambiamos miradas sin parar. Sus ojos estaban encendidos, su sonrisa no dejaba de insinuarme todo lo que íbamos a hacer cuando estuviéramos solos.

Una vez que se hizo la entrega de los anillos, los novios se dieron un beso superapasionado, como no podía ser de otra manera. Ya fuera de la capilla, hubo un brindis y empezó el baile.

—Se los ve muy felices —me dijo Guido señalando a los recién casados, mientras nos acomodábamos en un rincón para terminar nuestras copas de champagne.

—Sí, la verdad que sí.

—¿Y vos cómo estás? —me preguntó acercándose lentamente a mí.

Lo miré y no pude más que rendirme.

—Ahora que estoy acá, bien.

Se acercó, me quitó los anteojos gigantes, se quitó el sombrero y apartó los filamentos dorados de mi peluca. Me besó como si hubiéramos pasado meses separados. No nos importó que todo el mundo pudiera vernos. Ya no había nada que ocultar.

—¡Antes de que salgan corriendo a buscar una habitación, tienen que bailar esta canción conmigo! —gritó Ana de repente y nos tomó de las manos.

Fuimos a la pista y bailamos junto a Marilyn, John Travolta, Elvis, Madonna, Morticia Addams, dos princesas de Disney que no pude reconocer y un muñeco Chucky muy bien logrado. Guido era bastante torpe para bailar, pero eso lo hacía todavía más perfecto. La tensión que habíamos acumulado durante esas semanas se liberó en la pista. Después de mucho tiempo, me sentí, por fin, feliz.

350 km/h

Al día siguiente, viajamos a Catar. Guido tenía una semana libre y quiso aprovecharla al máximo. El primer día, me sorprendió con un paseo en camioneta 4x4 por el desierto. Atravesamos las dunas a toda velocidad. Por lo visto, él no podía vivir sin esa adrenalina sobre ruedas. A pesar de los saltos que daba el vehículo, había algo muy relajante en la sensación de que no éramos más que un grano de arena frente a la inmensidad del universo.

También hicimos *sandboarding*. Por más que terminé con la ropa interior llena de arena, fue muy divertido. Luego montamos en camello y terminamos sumergidos en el mar interior del Khor Al Adaid. Se trataba de uno de los pocos lugares en el mundo donde la arena se fundía con el agua.

Cada día terminábamos exhaustos y, al volver al hotel, nos bañábamos juntos y de paso hacíamos algunas otras cositas más. Fue un reencuentro intenso, lleno de experiencias nuevas, sexo desenfrenado y un amor que de a poco se animaba a salir al mundo exterior, sin vergüenza ni miedos.

Una noche, fuimos a cenar. Probamos *majboos*, el plato nacional. Se trataba de un cordero cocinado a fuego lento, acompañado con arroz especiado. Todo delicioso y regado de champagne y risas.

Ni el lugar más recóndito era una zona libre de fans. Nos encontramos con un grupo de jovencitas que le pidieron a Guido un autógrafo. Como no tenían hojas, firmó un par de zapatillas, una remera y una le pidió que le escribiera la pierna y prometió tatuarse.

—No puedo creer que nos hayamos besado en tantos países en tan poco tiempo —le dije a Guido mientras me llevaba un pedazo de *kousa mashi* a la boca.

—Deberíamos comprar un mapa e ir pinchando los lugares.

—Hay que ver cuál es el próximo. Y cuándo.

—¿Cómo cuándo? Yo no te voy a dejar ir de nuevo.

De pronto, mi gesto se ensombreció al pensar en las cosas que tenía que resolver para poder estar definitivamente con él. ¿Iba a dejar mi vida entera? ¿Mi trabajo?

—Lo que pasa es que… —dije con timidez— yo no puedo vivir siguiéndote.

—¿Qué quiere decir eso?

—No sé, las mujeres de los deportistas de elite como vos viven vidas que siempre me parecieron… vacías. No quiero ser prejuiciosa, pero yo tengo una vida propia y no quiero

resignar eso. ¿Entendés?

Pensó un segundo.

—¿A vos qué te gusta hacer? —me preguntó como si tuviera la solución a todos mis problemas.

—Escribir —dije sin dudarlo.

—Entonces dedicate a escribir, pero no en ese portal. Buscá algo que te apasione.

El camarero se acercó para retirar los platos vacíos mientras nos mirábamos en silencio. Se fue y volvió con dos tazas pequeñas de *gahwa* y un platito con dátiles.

—Si me sigue yendo bien, no necesitarías trabajar —aclaró encogiéndose de hombros.

—¿Y qué haría todo el día? ¿Esperarte en casa? ¿Vivir el mundo a través tuyo?

Lo vi pensar, buscar soluciones en su cabeza. Después de un silencio, me miró, me agarró la mano a través de la mesa y me habló con esa seguridad que me había cautivado desde la primera vez:

—Mi lugar es con vos. Algo se nos va a ocurrir.

A la mañana siguiente, Guido se fue con un fotógrafo a hacer contenidos para sus *sponsors* y yo me quedé trabajando en el hotel. Le envié a Blanca, mi nueva editora, mi sumario de notas.

- Comidas típicas cataríes: cinco platos que tenés que probar.
- Safari por el desierto.
- Cómo postularse para trabajar en los hoteles de lujo de Catar.
- Katara Towers: cómo es un hotel 6 estrellas por dentro.
- Qué hacer en Catar en 24 horas.
- Diez datos curiosos sobre Doha.

Al rato, vi su respuesta: “Aburrido”. Me pidió que buscara algo más cliqueable y, si no lo encontraba, que lo inventara. Era la tercera vez que me rechazaba la totalidad de mis propuestas. Sentí bronca. Y justo me entró una llamada de Dolores. ¿Habría recibido quejas de Blanca? Atendí con temor.

—Dolo.

—Hola, Vicky, ¿cómo va todo?

—Bien, estoy en Catar con Guido. Es increíble.

—¿Y estás escribiendo? ¿Cómo te trata Turismo?

—Bien, aprendiendo, será cuestión de tiempo hasta que me acomode —intenté parecer despreocupada.

—Sé que Blanca no es la jefa más sencilla.

—No le gusta nada de lo que le mando.

—Vicky, dale lo que te pide y hacé las notas que te gusten por tu cuenta. Hay cosas que no cambian, por mucho trabajo duro que hagamos. Podrías armarte un canal de YouTube y hacer videos de viajes. O un pódcast…

¿Yo, un pódcast? Nunca había trabajado con la voz, pero algo me decía que la idea era realmente buena y posible. Le prometí a Dolores que lo iba a pensar.

Cuando Guido volvió de trabajar, nos recostamos en el sillón de la habitación, uno en cada punta. Tomó uno de mis pies y empezó a masajearme.

—Me parece espectacular la idea del pódcast. Con lo bien que escribís, podrías armarte los guiones vos sola y grabarlos. Tu voz es muy linda.

—¿Te parece?

—Sí, es muy sexy, yo te escucharía todo el día —me dijo con una sonrisa pícara mientras hundía los dedos en la planta de mis pies.

Gemí de placer y eso lo animó a incorporarse y subir con sus manos por mis tobillos, mis gemelos, hasta llegar a mis muslos y mis caderas. Abrió mis piernas cuidadosamente y se acostó arriba mío. Me acarició la cara, me dio un beso tierno.

—Podrías grabar vos también el pódcast, con esa voz de galán que tenés.

—A mí dejame manejar, mejor.

Nos abrazamos y besó mi cuello, mis mejillas, mis ojos cerrados. Cuando lo miré, noté que estaba a punto de decir algo importante. Sus labios se separaron despacio y tomó aire.

—Te amo, Vicky —me dijo de pronto.

Sentí que el corazón se me iba a salir del pecho. Sonreí.

—Yo también te amo, *rookie*.

Pinchadura

Nos despertamos acurrucados. Guido me besó con suavidad. Me gustaban todos sus olores, incluso los matutinos. Solo hay una cosa más linda que amar a alguien y es cuando el sentimiento es correspondido.

—Buen día, mi amor —me saludó.

Qué bien sonaba oír esas palabras con su voz ronca de recién levantados. Se paró, se desperezó y fue al baño. Al salir, se acercó a la ventana y corrió las cortinas. Su cara se transformó al mirar al exterior. Cerró las cortinas de nuevo y me miró atónito.

—¿Qué pasa? —pregunté todavía un poco dormida.

—No lo sé, pero afuera está repleto de cámaras y algo me dice que tiene que ver con nosotros.

Me levanté de un salto y me acerqué a mirar. Corrí disimuladamente las cortinas y enseguida la multitud de periodistas y fotógrafos se alborotó. Las cámaras apuntaron como rifles hacia nuestra ventana y estallaron algunos flashes. Volví a la cama y busqué mi teléfono para intentar averiguar qué pasaba. Me encontré con un mensaje de Mike.

Mike:
Mirá a la santa de Martina Campolongo la que se mandó. Parece que con esta nota sí va a tener los clics que no consiguió con los cachorritos de labrador.

Me enviaba un enlace. Entré en el acto.

Entrevistamos a Tomás de la Fuente, exnovio de Victoria Hache
La verdad jamás contada sobre la nueva pareja de Guido Brunelli

Por Martina Campolongo

Tomás y Victoria vivían un cuento de hadas. Salían desde hacía tres años, se acababan de mudar juntos y se iban a casar. Ambos periodistas, compartían sus intereses y pasiones. Sin embargo, todo cambió cuando Guido Brunelli ingresó a Harris para competir en la Fórmula 1.

Tomás de la Fuente es un hombre decidido pero sensible. Llega a la redacción con un suéter bordó escote en V, unos *jeans* gastados y un *blazer* arremangado hasta los codos, dispuesto a abrir su corazón. Conocelo en esta nota.

—¿Cuándo comenzó el principio del fin?

—Victoria era una periodista muy buena hasta que en el medio para el que trabaja la mandaron a cubrir la Fórmula 1. Ahí cambió todo. Ella se desesperó por conquistar a Brunelli y no paró hasta conseguirlo.

—¿Qué llegó a hacer para seducirlo?

—Me han contado cosas terribles. Me dijeron que lo acosaba, que lo esperaba en la recepción del hotel hasta que saliera, que se metía en el vestuario y hasta hay rumores de que le hizo un amarre.

—¿Creés que Victoria te quiso alguna vez?

—Yo la amaba con todos sus defectos y virtudes. Ella tenía mi apoyo incondicional en lo que emprendiera. Pensaba que era mutuo, a pesar de que todos mis amigos me advirtieron que me usaba por el departamento que nos compró mi papá. Ahora que encontró a otro con más plata, ya no me necesita.

Dicen que de los cuernos y de la muerte nadie se salva. Tomás fue engañado pero no pierde la fe en el amor. Es un hombre atractivo y exitoso, que solo espera encontrar una mujer que sepa valorarlo.

Dejé de leer la nota y entré en pánico. En mi cabeza empezaron a pasar a toda velocidad las imágenes de la historia de amor con Tomás. Busqué en esos *flashbacks* las señales de alerta que podrían haberme advertido de que era una persona capaz de hacer algo como eso. ¿Con quién había estado saliendo?

Guido estaba enfurecido. Estaba listo para tomarse el primer avión, aterrizar en la casa de Tomás y agarrarlo a piñas. Traté de calmarlo, pero la bronca no cesaba. Estaba rojo, caminaba de un lado para el otro y tenía las venas del cuello marcadas como nunca. En eso le entró un llamado de Marianne, que le indicó que no se moviera de ahí hasta que ella resolviera la logística. También le avisó que ella y su equipo estaban redactando un comunicado para subir a sus redes sociales. Mientras tanto, el equipo de abogados de Harris evaluaba iniciar acciones legales contra Tomás por difamación.

Estuvimos en la habitación un rato largo, ordenando nuestras valijas, hasta que diseñaron un plan de escape por la cochera trasera. Nos pasó a buscar Marianne para llevarnos a otro hotel, alejado del centro.

—Esto es el colmo —me dijo la mánager por lo bajo mientras me tomaba del codo—. No puedo creer que en medio de todo lo que tenemos en nuestra agenda tengamos que ocuparnos

también de la venganza de tu exnovio. ¿Tienes alguna otra sorpresita guardada?

No supe qué contestarle. Esto ocurría un día antes de que Guido compitiera en el GP de Catar. No podía ser casualidad. El hipócrita de Tomás y la resentida de Martina habían pensado muy bien su venganza.

Cambio de neumáticos

Tuve que mirar la carrera del domingo desde el hotel. Marianne me prohibió volver a pisar un autódromo hasta que la situación se calmara. No lograba concentrarme, no podía pensar en otra cosa más que en Tomás y su nota de mierda. Daba vueltas en la habitación imaginando todo lo que le diría. Me enfurecí tanto que no pude soportarlo más. Contra los consejos de mis amigas y los abogados, agarré el teléfono y lo llamé.

—¡¿Te volviste completamente loco, Tomás?! —le reproché cuando me atendió. Le quité el sonido al televisor.

—Antes que nada, hola, ¿no? O se te subieron tanto los humos a la cabeza ahora que sos del *jet set* que ni saludás —me respondió él con un tono burlón y gozoso.

—Tanto me criticaste la nota de Pity y terminaste convirtiéndote en un chimentero barato. Pero ojo con escupir para arriba porque te va a volver. Esto no solo afecta mi reputación, sino también la tuya.

—Vos no tenés vergüenza. ¿Tenés idea de lo humillante que fue para mí lo que pasó? Me negaste que lo nuestro tuviera que ver con él. Y ahora tengo que ver las fotos de ustedes por todos lados.

Hice un silencio. Miré la pantalla. No podía prestar atención a la carrera pero en la tabla veía que Guido había bajado cuatro posiciones desde su puesto de largada. Me concentré en Tomás. Entendí que para él debía haber sido muy duro separarse así. Seguro necesitaba desahogarse. Quizás con un poco de empatía podíamos llegar a una tregua.

—Tomás, vos me conocés, sabés que nunca hubiese querido lastimarte. Las cosas se dieron así, traté de ser lo más cuidadosa posible —suavicé el tono. Sin embargo, mis palabras no causaron el efecto deseado.

—No te hagas la víctima, Victoria. Te cagaste en mí sin pensar en las consecuencias. Teníamos un proyecto juntos, te di los mejores años de mi vida. Sos una egoísta.

—¿Egoísta, yo? Durante toda nuestra relación fui supercompañera con vos, todas nuestras charlas giraban en torno a tu trabajo, tus planes, tus malditas columnas económicas. ¡Te leía los borradores, Tomás!

—Podrías haber aprendido algo. Pero vos creés que te las sabés todas. Y ese novio que tenés ahora…

Dejé de escuchar y volví a mirar la pantalla. Guido seguía bajando posiciones. Estaba en el

puesto 17.

—... tendría que haber escuchado a papá cuando me dijo que te veía rara… —seguía Tomás.

—¿Pero qué sabe tu papá? —lo interrumpí—. Sos un nene despechado, Tomás. Lo que hiciste es una bajeza absoluta. ¡Sos un hipócrita! ¡Podés meterte tus sermones donde no te dé la luz del sol!

Corté el teléfono hecha una furia. Desconocía a la persona con la que había estado en pareja y también me desconocía a mí misma por haberle gritado así. Toda la situación estaba sacando lo peor de nosotros, incluso de Guido. Agarré el control remoto y subí el volumen.

—*Cuatro vueltas para terminar* —dijo el relator—. *Ahí vemos la última maniobra peligrosa de Brunelli, que hoy mostró muchas imprecisiones. Se puede ver cómo tardó en frenar y casi se va de pista. Hace un rato pudieron escuchar cómo pedía por radio que no le hablaran porque le estaba costando concentrarse…*

Penalización

Los días siguientes fueron raros entre nosotros. Yo todavía sentía algo de culpa por Tomás y, más que nada, por poner a Guido en esa situación. La temporada estaba terminando y todos los ojos estaban puestos en él, que todavía no sabía si iba a conseguir un asiento para el año siguiente, cuando su compañero volviera de su lesión. Le quedaba solo una carrera por delante. Tenía que lucirse y despertar el interés de alguna otra escudería.

El estado de nerviosismo de ambos era documentado de manera permanente por la prensa. Marianne había logrado que el acecho disminuyera pero no lo había erradicado del todo. Cada día salía alguna nota que reflotaba la entrevista de Tomás.

En ese contexto, viajamos a Abu Dabi, capital de los Emiratos Árabes Unidos. Allí nos hospedamos en Emirates Palace. Se trataba de un antiguo palacio que se había convertido en un impactante hotel de lujo. Uno de sus rasgos más distintivos era su cafetería, Le Cafe. La noche anterior al comienzo de las prácticas, después de cenar, decidimos pasar por ahí para probar su *gold cappuccino*, un café aromático rociado con polvo de oro de 24 quilates. Lo acompañamos con un cuadrado de *brownie* de chocolate.

—¿Cómo estás para el domingo? —le pregunté.

—Nunca estuve tan nervioso. Es la primera vez que ni la charla con el psicólogo me tranquiliza. Todo mi futuro depende de dos horas. Vengo de carreras muy desparejas. No tengo margen de error. Un mal movimiento, una equivocación milimétrica puede dejarme sin ninguna chance de conseguir asiento el año que viene.

El camarero se acercó y apoyó en la mesa la vajilla dorada con nuestro pedido. Guido se llevó la taza a la boca y dio un sorbo. Tras degustar unos instantes, lanzó su veredicto.

—Es rico pero parece café normal. No se siente el oro.

—Qué desilusión —respondí sonriendo. Bebí un trago y coincidí con él. De todos modos, el lugar era precioso, ideal para despejarnos—. En estos momentos, quisiera que mi papá estuviera acá. Más allá de lo que yo pueda decirte, él te entendería y te daría mejores consejos.

—Igual me hace bien hablar con vos. Que me escuches y me apoyes significa mucho para mí. —Puso su mano sobre la mía. Se lo veía sinceramente afligido.

—El *brownie* está riquísimo, probalo —dije para intentar levantarle el ánimo—. Pero es diferente, mi papá te habría podido transmitir su experiencia.

Noté que su expresión se agravaba aún más. Apoyó la cuchara sobre la mesa y me miró serio.

Respiró hondo.

—Vicky… hay algo que tenés que saber. No sé por dónde empezar…

Apoyé la taza en el plato y lo miré preocupada.

—Me estás asustando.

—Vicky, yo te amo como nunca amé a nadie, lo sabés, ¿no? —balbuceó.

—¿Qué pasa, Guido?

—Mi papá era mecánico. Trabajaba en el equipo de tu papá cuando fue el accidente.

—¿Qué? —El pulso se me aceleró mientras intentaba comprender el significado de lo que me estaba diciendo. Un calor sofocante subió desde mi pecho y me hizo arder los ojos. Guido no podía mirarme, revolvía su café sin parar.

—Mi papá jamás hubiera querido que eso ocurriera. Todos los que manejamos sabemos que se trata de un deporte de riesgo —continuó.

—¿Tu papá estuvo a cargo del auto en el que mi papá murió? Tu papá… es un asesino —dije con la voz quebrada, sintiendo cómo las lágrimas rodaban por mis mejillas.

—No era el único mecánico, eran un equipo. Fue un accidente. Esas cosas pasan. Más aun en esa época, en la que los autos eran mucho más inseguros. Mi viejo la pasó horrible.

—¿Cómo duerme de noche? El mío está muerto, por culpa de incompetentes que no saben hacer su trabajo —hice una pausa para tomar aire—. ¿Desde cuándo sabés esto?

—Traté de decírtelo…

—¡¿Por qué no me lo dijiste antes?!

Me tomó del brazo para intentar calmarme y yo lo quité con brusquedad. El resto de los comensales nos miraron extrañados. Si bien no hablaban español, era evidente que estaban presenciando una discusión. El conserje reparó en lo que ocurría y se acercó.

—¿Está todo bien por aquí? —preguntó servicial aunque con evidente preocupación.

—Perfecto. —Me levanté de un salto y me dirigí al *lobby* del hotel—. Vamos a necesitar una habitación más para el señor —le dije al recepcionista mientras Guido me susurraba que por favor me tranquilizara, que habláramos. Pero yo no tenía nada para decir. De pronto sentí que no podía confiar en nadie. Tomás me había traicionado de la peor manera y ahora Guido me confesaba algo que cambiaba por completo nuestra relación. No iba a vivir entre mentiras. ¿Cómo podría mirarlo a los ojos, formar parte de su familia, sabiendo que su padre había sido parte de la peor tragedia de mi vida?

Esa noche dormimos separados. Miré el techo durante horas, estaba vacía, rota. Mi mamá me había dicho que no se trataba de buscar culpables, pero yo no podía dejar de pensar que ese hombre había sido responsable de las fallas del auto en el que iba mi papá, y que por eso yo había crecido sin él. Tuve el impulso de irme, volver a casa. Aunque ya no sabía dónde estaba ese lugar.

Última vuelta

No hablamos durante esos días. Guido me escribió varias veces para conversar pero la primera vez le dije que no me molestara y las siguientes directamente no respondí. Todavía no podía ordenar mis emociones y las conversaciones con mis amigas no me estaban ayudando a ganar claridad. A su vez, él estaba en plena concentración para su última carrera, por lo que debía mantenerse más enfocado que nunca.

El sábado, durante la clasificación, me pedí un auto que me llevara al Distrito Cultural de Saadiyat y me relajé trotando por Corniche, el paseo marítimo ubicado en el barrio de Ain Diab. Mi cabeza no paraba. Empecé a anotar ideas en una hoja. Arrancó como una catarsis pero poco a poco fueron tomando forma. Era la primera vez que me permitía una escritura tan personal.

Esa noche cené en la habitación. Pensé si llamarlo, desearle suerte para la carrera del día siguiente, pero no encontré las palabras y tampoco quería generar una nueva discusión justo cuando él necesitaba estar más tranquilo que nunca.

El domingo pasé el día en mi habitación. No quería cruzarme con nadie. Me distraje escribiendo e hice una llamada con mis amigas. Pero al caer la tarde, cuando se acercaba el horario de la carrera, empecé a ponerme nerviosa. Pensé si mirarla o no. Por supuesto, no pude contenerme. No había manera de que no la viera. A pesar de todo, no me lo perdonaría si algo le pasaba y yo no estaba ahí. Me pedí un café, me senté en la cama y encendí el televisor unos minutos después de la largada, que era el momento que más ansiosa me ponía.

—*Johnson quiere la punta, pero no puede pasar a Müller. Ahí va Brunelli sobre Sánchez. Doblan los autos a la par y Brunelli lo adelanta quedando en el puesto 8. El hombre de Harris está peleando desde el arranque.*

Los nervios me apretaron el estómago. Respiré profundo.

—*Se fue a boxes Klein, lo sigue Brunelli. A ver quién sale primero. Mala parada para Klein. Esto beneficia a Brunelli, que entra en el puesto 10. Johnson se le acerca a Nagourney, tiene mejor ritmo…*

Sonó el teléfono. Era mi mamá. Decidí atender.

—¿Estás viéndola? —le pregunté sin saludar.

—Por supuesto. No me la iba a perder. Me volví hincha de Brunelli.

—Bueno… —dije revoleando los ojos.

—Hija, estuve pensando mucho en lo que me contaste. Por supuesto que es impactante y me

imagino que debe resultarte difícil de digerir, pero encontrar un chivo expiatorio no va a volver el tiempo atrás —dijo y bajé un poco el volumen del televisor—. El padre de Guido no tuvo la culpa de nada, y Guido menos todavía. Acá no hay dos bandos. Todos eran del mismo equipo e hicieron las cosas lo mejor que pudieron. El rencor no es buen consejero. No dejes que el pasado te arruine el futuro.

Reflexioné unos segundos y negué con la cabeza.

—No puedo perdonarle que no me lo haya dicho antes. Hablamos de papá muchas veces.

—Te lo dijo cuando pudo, pero te lo dijo. No debe ser fácil para él. Te quiere.

—Yo también lo quiero…

Miré la pantalla. Guido seguía subiendo posiciones. ¿Cómo estaba haciendo eso?

—Si dejás que el resentimiento te domine, no vas a ser feliz nunca —sentenció mi madre—. Buscá adentro tuyo todo el amor que tenés y el perdón va a llegar tan rápido como quieras.

Su última frase quedó flotando en el aire. Sonreí.

—Me gusta eso: tan rápido como quieras. Suena bien. Es un buen título.

—¿Para qué?

—Viste que te conté que estoy empezando a pensar en hacer un pódcast.

—¡Es cierto! ¿Y cómo vas con eso?

—Bien, estuve escribiendo estos días.

—Ahí va Brown sobre Brunelli con DRS abierto y le gana la posición. Continúa la pelea entre los pilotos de Harris. Brunelli no se deja, va por dentro, se pone delante de Brown, recupera su puesto 7.

—Este Guido es muy bueno, no pierde oportunidad. Tiene una picardía que me hace acordar a alguien —dijo mi madre.

—Brown lo debe odiar. Le bajó el ego de un hondazo —reí.

Terminamos la llamada y subí el volumen. Todos los ojos estaban puestos en Guido, que estaba haciendo una carrera impresionante.

—Brunelli pasó a Moretti, el hombre de Black Blood, y queda en el puesto 5. Sus neumáticos ya tienen muchas vueltas y está sufriendo.

Me moví en mi asiento. “Vamos, Guido, vamos”, pensé. ¿Puesto 5? Era una locura. “Aguantá, por favor, no te pinches ahora que falta poco”.

—Nagourney está luchando contra Brunelli por el tercer puesto. El rookie *está dejando todo en esta carrera. Va por fuera en la curva 2 y lo sobrepasa en una maniobra limpia. ¡Tercer puesto! Si puede mantener su posición por las próximas vueltas, será el primer podio de la temporada para Harris.*

Agarré a Pechito, mi amuleto de la suerte, y lo apreté fuerte. Me puse de pie y empecé a caminar por la habitación. ¿Qué estaba pasando? ¿Guido en el podio? ¿Y yo ahí, en la habitación del hotel, sola?

—Últimos metros para una nueva victoria de Müller, lo espera la bandera a cuadros. Segundo Johnson ¡y tercero Brunelli! ¡Una carrera excepcional para el rookie*! ¡Su primer podio, toda una proeza!*

Los fuegos artificiales estallaron en el cielo del atardecer, el comentarista seguía hablando, estadísticas de carreras, conteo de las victorias ganadas por Müller, pero yo dejé de oír. Me quedé paralizada frente a la pantalla y empecé a llorar como una histérica. Guido había llegado al podio. Eso no le aseguraba un asiento el año siguiente, pero le daba muchísimas chances. Era el mayor logro de su carrera.

Las cámaras lo enfocaron mientras salía del auto en el lugar reservado para el piloto del tercer puesto. Se bajó con agilidad y corrió hacia sus compañeros de equipo, que lo esperaban detrás de la valla. Lo abrazaron, lo sacudieron, le palmearon la espalda. Se los veía extasiados. Guido se quitó el casco, estaba sudado y con la cara roja. Su sonrisa radiante me llenó los ojos de lágrimas. Pasó por el control de peso y después acomodó sus cosas en su puesto antes de colocarse la gorra del equipo y acercarse al periodista a cargo de las entrevistas.

—Brunelli, ¿cómo te sientes?

—Agotado y feliz. Con miedo a despertar de este sueño. Solo había sentido algo similar cuando me convocaron para formar parte de Harris. Esto supera a mi mejor fantasía. Quiero agradecerle al equipo. Terminar de esta manera es un broche de oro perfecto. Y compartir podio con Müller y Johnson, que son dos leyendas del automovilismo, es un honor para mí.

—¿Qué pensabas durante la carrera?

Se mordió el labio y miró a la cámara.

—Pensé en que la única victoria que me importa es Victoria Hernández. Solo un beso suyo superaría lo que siento en este momento.

La tribuna estalló en vítores y gritos, y Guido respondió algunas preguntas más pero yo ya no podía escuchar nada más de lo fuerte que me golpeaba el corazón. Con las manos temblorosas, corrí a ponerme las zapatillas y bajé así como estaba, en *jogging* y remera, al *lobby*. El taxi llegó antes de que pudiera atarme los cordones. Fui directo al Yas Marina Circuit y usé mi pase de invitada para ingresar. Corrí como una loca por el *paddock* hasta el *garage*.

En el camino, me crucé a Marianne, que abrazaba a Ángel. Los mecánicos corrían de un lado a otro dando saltos. Y en eso, lo vi. Me acerqué caminando rápido. Me vio llegar y su gesto se transformó. Cuando estuvimos frente a frente, me quedé sin palabras. Lo abracé como si hubiéramos estado separados una eternidad.

—Felicitaciones, mi amor —le dije al oído.

—No lo hubiera logrado sin mi amuleto de la buena suerte —me susurró señalando su pulsera.

Nos dimos un beso que despertó una ola de gritos y aplausos a nuestro alrededor. Guido me llenó de transpiración y restos de champagne pero no me importó en absoluto. Volví a abrazarlo.

—Perdón por las cosas horribles que te dije.

—Perdoname vos por no habértelo contado antes. Te prometo que nunca más voy a ocultarte nada. —Me tomó la cara entre sus manos y me miró a los ojos—: Te amo para siempre.

Un mes después...

El *rookie* Brunelli consigue asiento para la próxima temporada de Fórmula 1

Por Alejandro Pérez

Guido Brunelli terminó su primera temporada en la Fórmula 1 con varios equipos interesados en tenerlo. No es para menos: superó todas las expectativas para un debutante, dejó algunas maniobras que quedarán en el recuerdo y logró un podio final que terminó de consagrarlo como la gran promesa del automovilismo.

En un ambiente implacable, al que solo llegan los veinte mejores del mundo, el joven *roockie* supo ganarse su lugar. Demostró tener grandes habilidades al volante y la mente fría para soportar la presión. Por eso, no es sorpresa para nadie que Harris lo haya confirmado para el año que viene. La escudería decidió rescindir el contrato de Joe Brown, que hizo una temporada para el olvido. El lesionado Mateo Smith, a quien Brunelli reemplazó desde el GP de Países Bajos, ya está listo para retomar los entrenamientos.

Si bien aún tiene mucho por aprender y le queda un largo camino por recorrer, parece que la historia de Brunelli en los grandes premios de la F1 recién comienza y que hay nafta para rato.

—¡Qué lindo se ve ese lugar! —gritó Pau apenas me conecté a la videollamada.

—Esperen que les muestro —dije cuando Sol y Cande se conectaron. Levanté la computadora y les mostré el departamento. Mónaco era un lugar soñado y las vacaciones con Guido ahí estaban siendo las mejores de mi vida.

—¿Eso azul al fondo es el mar? —preguntó Cande.

—Sí, es un paraíso —respondí mientras me acomodaba de nuevo en la mesa.

—¿Guido no está? ¿Cuándo vamos a conocerlo? —preguntó Sol.

—Se fue a una reunión con los directores de Harris —dije orgullosa—. Igual el mes que viene vamos a viajar para allá y ahí haremos la presentación oficial.

—Vicky, ¿y cómo estuvo la conversación con Dolores y Blanca?

—Bien. Ya se imaginaban que no iba a seguir en *InfoAhora* mucho tiempo más. Les conté que

el pódcast está funcionando muy bien y entendieron perfectamente mi decisión. Dolores incluso me pasó algunos contactos para promocionarlo y me dio algunas ideas buenísimas.

—¡Escuché el último episodio! ¡Me hiciste llorar un montón! —dijo Cande.

—A mí el que más me emocionó fue el primero —agregó Pau—. La historia de tu papá es muy fuerte.

—Sí, tengo varias ideas para los episodios que siguen, estoy escribiendo todos los días.

Las tres me escuchaban sonrientes. Estábamos a kilómetros de distancia, pero las sentía muy cerca y eso era lo más importante.

—¿Y ustedes? ¿Qué novedades tienen?

—Yo me decidí y finalmente me voy a anotar para estudiar periodismo deportivo —empezó Sol—. Me di cuenta de que me encanta. Gracias a vos, Vicky, conocí el automovilismo y ahora no puedo parar. Estoy mirando de todo.

De pronto, noté un movimiento extraño en la imagen de Cande. Una mano masculina se cruzó en la cámara y las tres nos quedamos en silencio. Me empecé a reír.

—Cande, ¿estás acompañada?

Mi amiga hizo un gesto y se acomodó los auriculares.

—Por acá, bien, todo tranquilo. —Nos levantó los pulgares y entendimos que su última cita había prosperado.

—Más te vale que después nos mandes un audio con todos los detalles —le exigí. Me guiñó un ojo.

—¡Que cuente Pau sus novedades! —gritó Sol.

Pau se acomodó en el asiento y miró a la cámara con solemnidad.

—Amigas, tambores por favor… ¡Me salió la beca! Me voy a cursar seis meses a Londres.

Me tapé la boca con las manos. No lo podía creer. Lo que más me costaba de estar lejos era, justamente, tenerlas a ellas lejos. La idea de que Pau fuese a pasar seis meses tan cerca de mí se sintió como si me quitaran una mochila de la espalda.

—¿Cuándo llegás? —le pregunté.

—Viajo en dos meses, así que andá preparando la lista de lugares que me vas a llevar a conocer.

Después de terminar la videollamada, me quedé escribiendo un rato.

Siempre había pensado que la vida era un camino lineal. Sin embargo, en ese momento caí en la cuenta de que en realidad era un sendero sinuoso, a veces incluso espiralado. Vamos pasando por los mismos puntos pero mirándolos desde otro lugar. En un autódromo se conocieron las personas que me darían la vida y en otro me encontraría, veinticinco años después, con mi gran amor. Empecé como periodista para escribir noticias sobre los demás y terminé compartiendo mis propias ideas.

El camino de nuestra historia lo recorremos a nuestro propio ritmo. Podés estar tres años sin

sentir nada o enamorarte con solo una mirada. Están quienes van a paso firme a 10 km/h y los que se estrellan a 350 km/h y no se arrepienten de haberlo hecho. Algunos dan muchas vueltas hasta dar con la ruta que buscaban y otros van derecho, sin cambiar nunca de dirección.

¿A qué ritmo debemos ir? Eso depende de cada uno. Podemos ir despacio, meditando las cosas. Incluso detenernos para reflexionar. También es válido retroceder. O tal vez a veces prefieras la adrenalina que te da la velocidad. La carrera de tu vida hacela tan rápido como quieras.



¿ES POSIBLE FRENAR LA VELOCIDAD A LA QUE LATE UN CORAZÓN?

Victoria es una joven periodista que está dispuesta a escribir sobre cualquier tema para ganar una reputación. Cualquiera menos uno: automovilismo.

Y ese es justamente el nuevo desafío que su jefa le propone. Deberá viajar como corresponsal para cubrir la temporada de Fórmula 1. El motivo del viaje tiene nombre y apellido: Guido Brunelli, la nueva promesa de la escudería Harris, un piloto debutante que está causando furor entre los fanáticos. Victoria sabe que esa puede ser una oportunidad única, pero ¿qué puede tener de interesante ese *rookie*? Las dudas se terminan cuando lo conoce personalmente. Guido es magnético. Y cuando posa sus ojos en ella, todo lo demás desaparece: el novio que la espera en casa, los vaivenes de su vida profesional e incluso el dolor de una vieja herida que no termina de cerrar.



FLOR ZIMMERMAN

Nació en Buenos Aires, Argentina.
Es licenciada en Comunicación, con un posgrado en Marketing. Corre y vive a las corridas. A través de las redes sociales, motiva a miles de personas a moverse. Comunicadora todo terreno, se desempeña como conductora televisiva, creativa publicitaria, escritora y docente universitaria.

@ imflorza

Foto de la autora: © Luciano Bongiorno



Otro título de la autora en penguinlibros.com

Zimmerman, Flor
Tan rápido como quieras / Flor Zimmerman. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Montena, 2024.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-6620-18-7

1.Libro infantil y juvenil. I. Título.
CDD A863.9282



Ilustración de tapa: © Damián Lluvero (@pint0rcito)
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Raquel Cané

© 2024, Flor Zimmerman

Edición en formato digital: diciembre de 2024
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-631-6620-18-7

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Instagram: **novelasparachicxs**
Tiktok: **novelasparachicxs**

Índice

Tan rápido como quieras
Dedicatoria
Vuelta de formación
En la grilla de salida
Luces rojas encendidas
Largada
Curva cerrada
Bloqueo de neumáticos
80 km/h
Vuelta rápida
100 km/h
Peligro de choque
120 km/h
140 km/h
160 km/h
Llamada a boxes
Interferencia en el radio
Roce peligroso
Safety car
Amenaza de lluvia
Baja potencia
180 km/h
200 km/h
220 km/h
DRS activado
Bandera amarilla
250 km/h
260 km/h
270 km/h
Bandera roja

Pérdida de agarre
Despiste
280 km/h
290 km/h
Recupero
Sobrepaso
320 km/h
330 km/h
350 km/h
Pinchadura
Cambio de neumáticos
Penalización
Última vuelta
Un mes después..
Sobre este libro
Sobre la autora
Otro título de la autora
Créditos